

D. NIN FRÍAS  
SORDELLO  
ANDREA

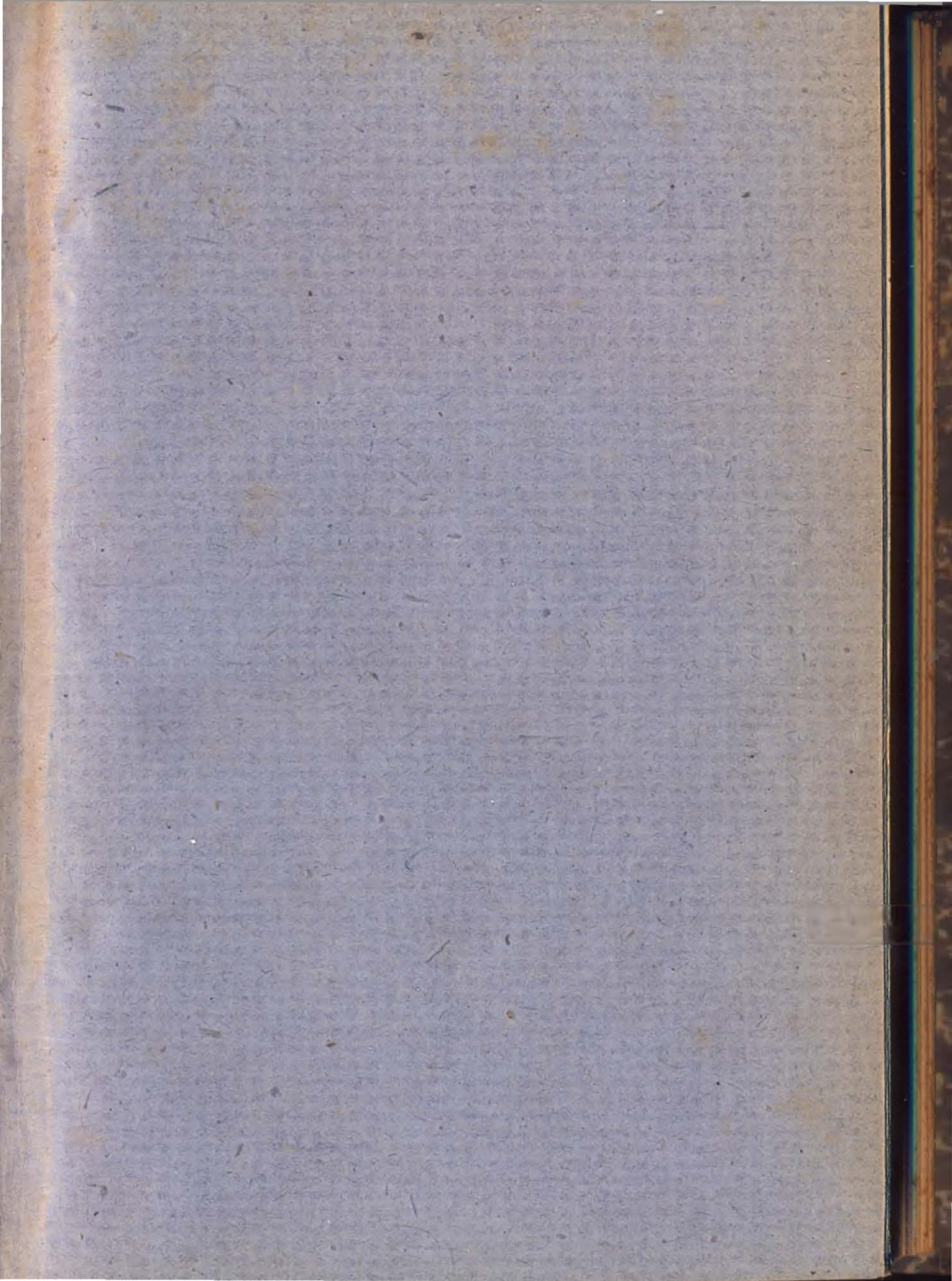
83.3

863.3

N

1. NOVELA URUGUAYA  
I. Tit.





10  
I

SORDELLO ANDREA

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

---

*La novela del Renacimiento.*—Una peseta.

*Ensayos de crítica é historia.*—Una peseta.

*Estudios religiosos.*—Una poseta.

*El árbol.*—Una peseta.

27/10  
Oto 22. 1

**ALBERTO NIN FRÍAS**

---

# Sordello Andrea

---

**SUS IDEAS Y SENTIRES**

(NOVELA DE LA VIDA INTERIOR)



**F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES**  
**VALENCIA**

---

*Esta Casa Editorial obtuvo Diploma  
de Honor y Medalla de Oro en la Expo-  
sición Regional de Valencia de 1909 y  
Gran Premio de Honor en la Interna-  
cional de Buenos Aires de 1910.*

---



# LA COPA DE ORO

---

## PÓRTICO

*Este libro es una copa de oro vivo y perfumado, y aquel que para acercarlo á sí toma en su mano el eje simple y cándido como pieza forjada á una infantil memoria, la siente abrirse luego esplendorosa y abundante, como obra cincelada en gloria y plenitud de inspiración.*

*...Y el oro es vivo porque ha brillado en todos los ambientes, recogiendo al pasar el alma diversa de muchos pueblos y de muchas edades, á la luz y á la sombra, entre el fuego y la nieve, ante el fragor evolutivo y la quietud de las contemplaciones, proyectando en las imágenes antiguas un lampo original, y sobre el prisma vano el rayo de un eterno fulgor; prendiendo en la tiniebla bárbara una estrella del cielo cristiano, y sobre la aureola de los dioses sagrados la claridad de una sonrisa griega; luciendo en la quimera profana la solidez de su veta pulcra y en la profunda noche del enigma los matices fantásticos de un mito legendario... las patrias y las épocas con sus hábitos y sus teorías, sus triunfos y sus derrotas, sus pompas y sus decadencias, sus monumentos y sus ruinas fraternizan en un tibio reflejo,*

*de modo que la historia se hace presente, la verdad se irisa, el horizonte crece, y hasta sobre la filosofía flota un vaho de primavera.*

*... Y el oro es perfumado porque el soplo humano y personal que le animó, soplo de un alto espíritu, le ungió también con la gracia perfecta del arte, y en el vaivén ilimitado y curioso de su excelsa vía, nunca turbó la propia guta espiritual, ni el surtidor de la emoción interna, ni le dejó perder jamás la pureza clásica y melódica del estilo.*

*Este libro, que es una copa de oro vivo y perfumado, está pleno de un sacro estímulo ideal, como un cáliz fecundo abierto al pensamiento infinito.*

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

---

# Alberto Nin Frias

---

## I

La personalidad de Alberto Nin Frías destaca admirablemente sobre el fondo gris de la nueva literatura americana. Posee relieve natural, luz propia, grandes cualidades que lo hacen casi único, mereciendo el respeto, la simpatía de cuantos dan á la obra literaria algo más que el esfuerzo mecánico de la costumbre y no vacilan en escribir con sangre para probar que escriben con su espíritu.

Las letras americanas suelen ser, por desgracia, distracción de desocupados, cuando no pasatiempos de necios. Hubo una época en que el arte noble de la creación literaria quedaba relegado para los políticos en vacaciones y para los niños en las primeras demostraciones de su actividad mental. Vuelto el político á la agitación de los comités y de las sesiones legislativas, hecho hombre el niño y atraído por ocupaciones de «carácter serio», no había nadie que se preocupara de la literatura, á no ser los políticos que á su vez quedaban vacantes y los nuevos jóvenes que salían á la vida, buscando unos y otros la notoriedad que por aquellos días daba un soneto ó un ensayo de novela...

Sin llegar hoy á tal extremo, tampoco el arte literario es lo que debiera ser. La vida agitada y tormentosa de América, esa vida llena de cosas inesperadas que crea la confusión hete-

rogénea de razas aquí mezcladas, hace que las labores del pensamiento, las tareas dignificadoras de la creación intelectual, sean tenidas en menos de lo que valen, cuando no despreciadas en absoluto y juzgados como desertores de la fortuna colectiva los hombres que se dedican á algo más que á la reproductiva labor de acumular moneda sobre moneda...

Y ese equivocado juicio, ese concepto desgraciado del valor de la obra de arte dentro de los pueblos, cualquiera que sea su estado mental y su posición dentro de la marcha civilizadora, es la que aleja á muy altas y muy nobles inteligencias, forzadas á seguir otros caminos por la incomprensión general, obligadas por las necesidades del vivir á buscar más lucrativo campo de acción.

Esto hace que el arte literario sea en América labor secundaria, labor para los momentos de asueto, cuando el cuidado de la fortuna ó la difícil lucha por el pan dejan un momento de reposo. No es la constante y pertinaz actividad de los que en ello ponen su vida, ni es la insistencia gloriosa del que lucha porque esa lucha es su modalidad vital. Los más escriben cuando pueden, cuando las circunstancias del vivir se les permiten, cuando más urgentes ocupaciones no oponen un obstáculo á la obra de creación. Y así, esa obra carece de continuidad, muestra las vacilaciones, la inconsistencia de lo fragmentario, el mérito escaso de lo que no se apoya sobre toda una vida, entregada con generosidad que exime toda idea de sacrificio en aquello que constituye la propia modalidad, la esencia íntima del ser.

Algunos hay, empero, que á la vida del pensamiento le entregan por completo. Seres excepcionales, seres extraordinarios, desequilibrados en un medio donde el equilibrio es la vulgaridad mercantil, viven aislados, fuera de ambiente, desconocidos unos, olvidados otros, menospreciados casi todos por la masa burguesa, tan metódica, tan grave, tan aprovechada y «práctica». Son hombres aparte, hombres que aun creen en la bondad de lo bello; hombres que mantienen la ilusión de lo justo. Sobre ellos caen las sombras del olvido, pero



no lo lamentan. Felizmente, no han olvidado que la indiferencia del vulgo es una forma del silencio y del secreto, preparada por el destino. Viven en paz consigo mismos, entregados á la dulce labor de desarrollar su propia inteligencia, sin la preocupación de lo ajeno, sin la estólida pretensión de creer que con un libro, con una sinfonía, con una estatua pueden cambiar de inmediato la faz de la tierra. Saben ellos que la Venus de Milo dió á los hombres belleza y bondad, pero sólo después de haber permanecido largos siglos sepultada. El pensamiento sereno, la obra que se apoya en una idea de verdad y de bondad, necesita también de esa tierra de siglos que es la indiferencia. En la paz del olvido la obra arraiga. Cuando llegue el momento surgirán á la luz del sol las florecencias maravillosas. He ahí por qué debemos creer en la grandeza futura del arte americano: después de largas generaciones de menosprecio, de indiferencia brutal y bárbara, llegará la apotheosis y entonces se hará justicia. Entonces se reconocerá la importancia de esas vidas serenas, de esos hombres que hoy se obstinan en crear, viviendo su existencia sin la preocupación de un futuro que presienten glorioso.

## II

En medio de la turbamulta de espíritus groseros, en medio de la *gens* literaria de nuestro tiempo y de nuestro ambiente, el nombre de Alberto Nin Frías ha resplandecido desde mucho como una promesa, hoy convertida en la más bella y esplendente de las realidades. Sobre los demás de su generación tiene la enorme superioridad de una educación excepcional. Esta le ha alejado de todas las mentiras de un arte que se mecaniza hasta convertirse en un oficio, más ó menos digno, según sean las condiciones morales del ambiente en que actúa.

La inconsistencia del medio americano se demuestra con harta claridad en la obra de sus escritores y artistas. Si éstos son menos grandes de lo que prometían y si el resultado de los esfuerzos laboriosos no es el que hacían suponer las grandezas materiales del ambiente, culpa es de la educación suministrada, muy diferente en verdad de la que reclaman las necesidades morales de la vida. No es este lugar apropiado para comentarios extensos en torno de ese problema; pero el sólo hecho de comparar la obra de Nin Frías—tan grave, tan seria, dignificada por un soplo de bondad—, con las de los más de su generación, basta para decir que las diferencias se deben á algo más fundamental que á las simples aptitudes personales de cada uno.

Mientras los escritores de esta parte de América pierden su tiempo en la absurda gestación de obras sin valor duradero, fáciles y triviales, como demostrando la inconsistencia de su propia mentalidad, Nin Frías se distinguió desde el primer momento por el entusiasmo reflexionado, por la constancia meditada y digna con que asumió sus funciones de escritor, que no podían ser las de «entretener» al público, como haciéndose perdonar el ser un prófugo de la actividad mercantil ó agrícola. Por el contrario, fué al desempeño de sus funciones literarias con gravedad inusitada entre nosotros, practicando un noble sacerdocio de alta cultura y de elevación moral.

Desde el primer momento, sin vacilaciones, sin desfallecimientos de ninguna especie, serenamente, se entrega á la crítica, y esto es lo que obliga á suponer y á afirmar que no es la diversificación de su gusto lo que así le encamina en la hora temprana en que el alma adolescente se entrega al azar de las facilidades cuando no le guía una sana educación superior. Nin Frías, en la edad en que otros vacilan, inquietos de un porvenir que no aciertan á definir completamente, ya tiene su camino trazado. Y es confortador verle aparecer en aquella hora temprana de su vida con un libro que por su carácter especial revelaba las excepcionales condiciones de su autor.

La aparición de Nin Frías entre los escritores del Río de la Plata, allá por 1899, puede señalarse como un acontecimiento de capital importancia. Era, después de muchos fracasos, la repetición de la bella promesa de un alto espíritu. Como él otros muchos habían comenzado, como él no pocos habían hecho concebir la esperanza de una firme y serena mentalidad dedicada á los estudios superiores, pero sobre la mayoría de ellos—y esto no ocurría en el caso de Nin Frías—, la educación, mala en todo sentido, había dejado paso á las ideas disolventes del medio ambiente, haciendo fracasar todas las ilusiones tejidas en torno suyo.

Nin Frías venía de Europa: habíase educado en Inglaterra y en Suiza: su espíritu estaba contagiado de las ideas modernas y en su fondo había la base de una sólida creencia religiosa, contrastando con los indiferentismos que forman el concepto general de la juventud americana para cuanto se refiere á religión.

Su educación y sus sentimientos eran europeos; pero como su espíritu permanecía ligado á lo uruguayo por lazos de afectos familiares, su obra no resultó ajena al ambiente, ni aun en aquellos días difíciles del comienzo, cuando las orientaciones del joven escritor podían ser tomadas á cuenta de imitaciones, cuando la malevolencia disfrazada de crítica podía ir oponiendo peros y levantando suspicacias en torno de sus producciones.

Pero no importó la malevolencia de los eternos envidiosos, de los incapaces de nada serio, de nada útil. Nin Frías, después de establecer netamente su personalidad en aquel primer libro, *Ensayos de crítica é historia*, continuó la tarea difícil de enseñar, de instruir, de ser algo más que un hombre capaz de divertir á la masa en un momento de tregua de sus labores. Prosiguió su labor, y hoy, á los pocos años, puede ofrecer al aplauso de su pueblo el ejemplo valioso de una obra crítica del más largo alcance moral, digna y fuerte como una lección de vida. Ahí están los *Nuevos ensayos de crítica*, los *Estudios religiosos*, *El árbol*, *SORDELLO ANDREA*, *La fuente en-*

*venenada* y muchos otros trabajos, porque esa misma realidad que valoriza su labor, seriedad altiva y digna, le hacen producir mucho, y no hay publicación, no se encuentra revista de algún valor, uruguaya, brasileña, argentina y hasta la misma prensa diaria, donde frecuentemente no aparezcan sus producciones, demostración de una firme voluntad.

Estudiar esa personalidad, seguir analizando su vida al través de su obra, puede ser de gran utilidad en los momentos presentes, cuando en el alma de la juventud americana se está produciendo una gran evolución.

Será, al mismo tiempo, rendir el debido homenaje á su constancia, á su infatigable voluntad, á su tesón, honrando en él á uno de los espíritus más altos y más dignos de la nueva generación, llamada en su país á muy altos destinos.

### III

En un estudio crítico que al primer libro de Nin Frías dedicó Unamuno en *La Lectura*, de Madrid, hacía notar cómo la idea cristiana que constituye el fondo, la base de la obra de nuestro autor, le libraba de caer en el literatismo en que de ordinario sucumben no pocos literatos americanos. Evidentemente, la serenidad, la gravedad, el recto y sano criterio que informa toda la labor de Nin Frías, tiene su base en el cristianismo, en la idea cristiana, practicada, ampliada por un alto concepto filosófico, dando á la vida y á la obra todo el mérito de un alto ejemplo. Hacer literatura es en realidad cosa fácil. Hoy que la difusión de la educación permite ciertos lujos á todos, hasta al más inútil de los hombres, haciendo, como dijo un pensador francés, «de un imbécil inofensivo un imbécil ofensivo y armado», escribir es uno de los oficios más

fáciles y cómodos, aun cuando no sea, por eso mismo, uno de los más productivos. Pero como en la mayor parte de los casos no se trata de un medio de vida, sino de un sistema para satisfacer vanidades, son cada día más los que se lanzan á la tarea literaria.

Pensar, en cambio, ya es más difícil, y para pensar se necesita algo más. Necesítase, ante todo, una sólida base de educación y de cultura, necesitase un fondo de moral que sólo puede dar el ambiente en que la inteligencia despierta. Y esto es, precisamente, lo que se encuentra en la obra de Nin Frías, diferenciada de la de los jóvenes escritores de su tiempo y de su país por esa idea cristiana, noble, serena y digna, aunque incomprensible en el ambiente de América, donde la fiebre de los negocios no permite pensar en esas cosas del espíritu dándoles toda la importancia de que han menester.

Ese cristianismo, á veces batallador, ha llevado á Nin Frías lejos de las corrientes habituales del pensamiento contemporáneo; pero en otras, por comprensible desviación de esas mismas ideas, le ha aproximado á ciertos aspectos de la gran lucha social. En todo caso, siempre ha dado valor extraordinario á toda su producción, alejándola de las trivialidades insustanciales de la juventud americana, tan escasamente resistente á las influencias de ciertas novedades peligrosas. Ha sido ese cristianismo el que le ha evitado caer en la exageración de algunas doctrinas filosóficas que tanto atractivo encierran para la juventud. El atractivo de esas teorías consiste en ser accesibles, puesto que se limitan á la facilidad de una destrucción sistemática, sin necesidad de esfuerzo mental de ninguna especie, como lo exige toda especulación filosófica de verdad, que es siempre una construcción. Esta manera de ser no le ha puesto en el trance difícil de detenerse á medio camino para hacer una rectificación de valores, si bien con la satisfacción del que por lo menos conoce los medios de que se valdrán sus enemigos para atacarle, también con el dolor de reconocer una equivocación, con la angustia de sentir media vida fracasada.



Adelantar sin vacilaciones, adelantar sin volver la cabeza para despedir una ilusión, para esconder un remordimiento, eso es lo que pocos, muy pocos, pueden hacer actualmente. Todos hemos sido un poco exagerados, todos hemos entendido la juventud por locura y disipación, y todos ahora, en el momento grave de las responsabilidades, tenemos que proceder á una revisión de valores, negando mucho de lo que afirmáramos, volviendo á aceptar, como verdad más ó menos discutible, casi todo aquello que habíamos rechazado.

Pero felices aún aquellos que al volver la cabeza pueden reconocer ideas que ya habían sido suyas. Felices los que al buscar en el mar de la vida una idea salvadora á que asirse pueden ver brillar á lo lejos la luz que iluminó las noches suaves de su infancia... No importa la idea; todas ellas son buenas cuando se practican con serenidad y elevación; lo malo es carecer de ellas, lo peligroso es continuar, como en los días locos de la adolescencia, formando entre las filas de los que nunca tuvieron un principio, una moral, una fe... La idea cristiana útil ó despreciable, según la interprete Renán ó la comente Nietzsche, siempre merece agradecimiento, siempre se la debe respetar como una fuente de sana moral.

Acéptese ó no, la idea cristiana permanece en el fondo de nuestro vivir como un admirable foco de luz; y es dulce, es confortador en las horas tristes, en los momentos difíciles, volver atrás la mirada y saber que no estamos solos. La idea cristiana, aun desde lejos, aun abandonada, es sólida base para toda obra elevada y digna.



## IV

«En el arte sólo tienen importancia los que crean almas y no los que reproducen costumbres.»

EÇA DE QUEIROZ.

La primera obra de Nin Frías le presenta como discípulo ferviente del autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, el famoso y nunca bastante ponderado Taine, cuyo positivismo mal parece adunarse con el misticismo que llena el alma del joven escritor uruguayo. Algo, empero, les une, y ese algo es el amor común á Inglaterra; la admiración que ambos sienten por la patria de tantos pensadores.

Taine es para el nuevo escritor americano algo más que un simple historiador y crítico. Es un verdadero maestro—entendida esta palabra en su más vasta significación—, tanto que algunos de sus trabajos de aquella época merecen llevar el sello del gran pensador. Merece citarse, como característico de esa inconsciente asimilación de un método, el *Ensayo sobre la vida y obras de Taine*, en que la aproximación de los espíritus ha producido la más exacta de las similitudes.

Los *Ensayos de crítica é historia* (1902), así como los *Nuevos ensayos de crítica* (1904), revelan la existencia de una personalidad vigorosa, cuya firme voluntad y serena inteligencia levantábanle muy por lo alto, por encima de un ambiente de vulgaridades insubstanciales y superficialidades dolorosas.

Son esas obras bellas promesas que el tiempo no ha desmentido. Á medida que pasan los años se comprende la segu-

ridad que ya en aquel entonces animaba el espíritu del joven escritor, empeñado en tareas de dignificación colectiva, precisamente en los días tristes en que sus hermanos llenaban las vastas llanuras en el afán de la guerra y de la destrucción.

Siempre se ha distinguido el Uruguay por la constante producción de sus artistas y pensadores. Tierra privilegiada, donde el vivir parece concentrar en actividades excepcionales, la pequeña República Oriental se ha señalado en América por sus hombres, inteligentes y activos como pocos. En esa actividad, empero, ha habido siempre algo anormal; es una actividad un tanto enfermiza, como la de sus multitudes afanosas, constructoras admirables, que sin contar con lo porvenir se han lanzado siempre á largas y difíciles guerras civiles, destruyendo en un año la labor de veinte, y haciendo luego una paz apresurada—tregua más que paz—con objeto de reponer sus fuerzas, y haciendo de la normalidad lo anormal.

Hasta Nin Frías no hemos visto en la literatura del Río de la Plata al verdadero hombre de letras, al pensador que siguiendo una línea rectamente trazada hace de su vivir fuente fecunda de enseñanzas. Antes de él era la irregularidad, el tumulto; él ha enseñado la compostura, el orden, la sana reglamentación de la labor cotidiana.

Á los *Ensayos* siguieron los *Estudios religiosos* (1909), en que analizó el idealismo cristiano al través de un criterio protestante, y en los que se acerca más al ideal sajón, un tanto reflexivo, que al nuestro, latino, todo impulsión y entusiasmo.

En 1910 publicó *El árbol*, libro de bondad y de cariño, dedicado á los niños uruguayos, con objeto de enseñarles á comprender y á amar la Naturaleza en los árboles, y que alcanzó el más grande de los éxitos.

En 1911 publicó *La fuente envenenada*, ensayo de novela que más adelante estudiaremos, considerándola como parte integrante de SORDELLO ANDREA, especie de autobiografía introspectiva. Y en los momentos en que escribo estas líneas está en curso de publicación una obra de alto interés espiri-

tual, *Marcos, el amador de belleza*, que se relaciona íntimamente con el ensayo publicado sobre el Renacimiento italiano.

Esta última faz de su producción es la que más nos interesa, pues viene á descubrirnos un nuevo Nin Frías, un nuevo temperamento, una nueva manera de ser. La frialdad que á su espíritu comunicaba la sequedad austera del protestantismo parece fundirse al calor del arte. Sobre su espíritu, donde helaba sus tristezas la apacibilidad del dogma cristiano, florece ahora la flor del arte, alimentada por esa luz ardiente que viene hasta nosotros desde la época maravillosa del Renacer.

## V

En *SORDELLO ANDREA*, que tiene no poco de autobiografía bajo la apariencia novelesca, se hace notar ya su evolución hacia los campos maravillosos de la idea serena y límpida que el helenismo inspira.

Erroll Lionel, griego de nacimiento, resume en el más admirable de los tipos literarios ese encaminamiento hacia la grandeza de un ideal más humano y más puro. Como dice Nin Frías, sintetizando su propia aspiración, «quiso reunir en un mismo abrazo la virgen de los ojos claros y el Cristo del soñoliento mirar».

*SORDELLO ANDREA* cautiva desde las primeras páginas. Algo incoherente, algo deshilvanada, como obra de memorias en que el autor pasa de lo vivido á lo imaginado sin transición de ninguna especie, tal vez desagrade á los artistas puros, á los amadores de la forma perfecta, de la corrección literaria limada hasta el exceso. Mas cuantos gusten de la idea pura y agrade seguir la evolución de un espíritu, desde los primeros y tardos pasos infantiles hasta la consagración viril del hom-

bre, han de ver en **SORDELLO ANDREA** una síntesis de sus aspiraciones y anhelos.

«Novela de la vida interior» la subtitula Nin Frías, y ese subtítulo explica suficientemente la enorme cantidad de impresiones vertidas por el autor, que se ha complacido esta vez en volcar lo más íntimo de su espíritu—cosa por otra parte no nueva en él, pero nunca con tan grande y espontánea sinceridad.

Los capítulos referentes á la infancia y á la pubertad del héroe merecen detenido estudio. En ellos Nin Frías hace interesantes observaciones sobre psicología infantil, sobre educación y sobre moral, consiguiendo dar mayor interés á la que podría ser monótona relación de hechos sin importancia, como pueden serlo los que llenan la vida de un niño en ambiente de facilidades y placideces.

Las reflexiones que Sordello viene haciendo en torno de su existencia de niño le revelan creyente, monárquico convencido, hombre de autoridad y de fuerza. El arte viene después; el arte, para Sordello, es una espiritualización. Pero la aplastante filosofía práctica del ambiente sajón ahoga las expansiones artísticas, hasta que un momento más oportuno llega. La amistad desdobra el espíritu, ensancha el horizonte de los conocimientos, permite ver más claro y más hondo.

El hombre, en la soledad, interioriza en su propio ser, devorándose en su propia llama. La amistad liberta, enseña á ver el mundo y á admirar y comprender las cosas. La contemplación de la Naturaleza enseña el secreto del vivir, y Sordello Andrea, en su viaje á Italia, tuvo la revelación maravillosa de la vida.

Esta era algo más que la frialdad temible de las meditaciones religiosas; había en ella mayores encantos que los de la reflexión en la hora triste de los grandes abandonos morales.

La visión de Italia, el estudio de la historia gloriosa y magnífica del Gran Renacer, la contemplación de sus obras de arte, llevan á Erroll Lionel—digamos mejor á Alberto Nin

Frías—á pensar en la grandeza moral de la vida y en los múltiples encantos que ofrece al artista capaz de interpretarla.

Y es desde este momento, con su estudio sobre el *Renacimiento*, con *Marco, amador de belleza*, cuando Nin Frías parece decir su adiós conmovido y entusiasta á las meditaciones filosóficas de que llenó su alma la influencia del ambiente sajón, para entrar, gozoso y alegre, en la senda luminosa del arte, inspirado en los eternos ideales helenolatinos.

## VI

La disparidad de criterio entre las dos razas que se han disputado el reino del mundo y que continúan disputándose, aparece visible en esta evolución de pensamiento en el joven escritor uruguayo, que se ha entregado con alegría inusitada al descubrimiento de esos nuevos horizontes que antes ni siquiera sospechaba.

La belleza no se le muestra ya como un arte del demonio. La gracia de lo existente aparece como una compensación de las amarguras sufridas, y el espíritu comprende que la vida se ha obtenido para gozar de ella, para vivir la plenitud del esfuerzo.

Un nuevo ideal surge en el alma cuando se estudia de cerca la época luminosa y ardiente del Renacimiento. Estudiando esa edad maravillosa se comprende la dualidad histórica, el equilibrio moral que sustenta el mundo, las grandes afirmaciones y las negaciones terminantes, la sombra y la luz, que ponen de relieve las acciones humanas.

La historia, á partir del Renacimiento, ha sido sofisticada. Se nos ha enseñado que todo el esplendor de aquellos días ocultaba la más honda miseria moral, y en vez de permitir el análisis comprobador pretendióse cerrar con triple llave el

arca de los secretos. Harto tiempo se respetó la voluntad del misterio; pero al fin se ha impuesto la verdad y hemos podido comprender que en el fondo de ese grandioso drama del Renacimiento no había lo que se nos dijera; no era la verdad lo que triunfaba con Lutero; como bien dice Peladan, «un triple amontonamiento de mentiras nos oculta el radioso Renacimiento: el odio de los septentrionales contra la hegemonía meridional que llena todos los manuales; la sistematización de los reformados que se comprometieron en descubrir el Anticristo al Vaticano y la pusilanimidad del mismo Vaticano, que se avergonzó de León X y de su humanismo».

El odio á la verdad radiante y esplendorosa de los cielos latinos empujó la mentira y la sostuvo durante cuatro largos siglos. Pero al fin se ha comprendido cómo debía interpretarse la historia, y ya no se avergüenza el espíritu de lo que hace medio siglo causaba rubor.

Hemos aprendido á interpretar la vida y no se nos oculta que la rectificación de muchos errores se impone. Macaulay mismo, uno de los grandes genios de la literatura crítica, se avergüenza en sus *Estudios literarios* de aquella obra maravillosa que se llama *El príncipe*. Macaulay, en el fondo un hombre sencillo, repleto de escrúpulos á la manera sajona y protestante, no podía comprender «sin escándalo y horror», el célebre tratado. Decía Macaulay que «un lujo tan cinico de perversidad, expuesta en toda su repugnante desnudez, fría y sistemáticamente, y elevada á ciencia, antes parece obra del infierno que no producto del ingenio humano».

El famoso crítico, á pesar del talento político demostrado en sus campañas contra los *tories*, no podía comprender la importancia de la obra famosa de messer Nicoló Macchiavelli. ¿Cuestión de orientación moral? Á nuestro entender, más bien cuestión de raza, impenetrabilidad física y mental.

El Renacimiento se entiende é interpreta ya como se debe. Nada de aquella época puede sernos extraño, y más aún, aceptamos sus ideales y compartimos sus muertas esperanzas.

Alberto Nin Frías, salido del campo opuesto, llega á nos-

otros, conducido de la mano del arte, rumbo á la belleza, y es para nosotros una satisfacción comprender que con ello se impone el triunfo de un ideal.

La serenidad de los primeros días no se altera. Sólo que antes era una serenidad fría, indiferente, como la de un mármol, y ahora es la misma serenidad que llenaba el alma de los grandes en la Gran Época en que Leonardo comenzaba con una oración su tratado de Anatomía...

## VII

De su excursión por los campos del pensamiento de la raza opuesta, donde sopla el viento frío del análisis, ahogando todo entusiasmo, queda en el espíritu de Alberto Nin Frías la costumbre de serenidad, y sobre todo de la austeridad.

El gran pecado helenolatino ha sido el sensualismo. Nin Frías ha extinguido sus grandes llamas bajo el hielo de la austeridad sajona. El cristianismo, entendido en esa forma, ha sido á su vez un auxiliar de la vida. Y si Nin Frías ha podido entrar al campo del Renacimiento sin sentirse arrebatado por la exaltación lírica de ciertas tendencias malsanas, es porque en su alma el sentimiento religioso ha impuesto la serenidad sobre las bajas pasiones latentes de la carne.

La obra de Nin Frías comienza ahora. Sus treinta y tres años de edad le aseguran horas brillantes en lo porvenir. Tiempo tiene para extender su vuelo y triunfar en definitiva. Por hoy, su obra sólo puede ser considerada como un ensayo; ensayo de importancia por lo valiosa; pero ensayo al fin y al cabo, por lo fragmentaria, por lo dispersa, y sobre todo por la modificación trascendental que se impone en las dos últimas, entrando en el campo del humanismo, abandonado desde el siglo XVI.

No ha sido solamente Nin Frías; toda una generación inteligente y entusiasta se siente arrebatada por el recuerdo de las brillantes glorias del Renacer, augurando soberbias perspectivas. Que así como los Convencionales del 89 y del 93 pretendían suceder á los romanos de la República, una generación surge, colocando las bases de una nueva Enciclopedia que se prenderá á la obra ardiente, vital y noble de aquel Renacimiento maravilloso, agostado por el viento frío del Norte que desencadenó el odio de un teólogo lleno de envidia y rebosante de rencor.

La belleza inmortal ha de resplandecer en día no lejano sobre la tierra que entristecen las sombras materialistas, y ese triunfo, después de cuatro siglos, será el producto de inteligencias nobles y altivas que acertarán con el secreto del vivir.

...Y Cristo puede tener la seguridad de un gran respeto, porque él también es una fuerza, digna de ser respetada, como auxiliar de la vida, cuando se la interpreta con dignidad y altivez.

De Alberto Nin Frías, en su nuevo plano de vida, esperamos la obra que trace esos rumbos, abra esas perspectivas y nos dé la satisfacción del vivir.

JUAN MAS Y PI.

---



# Juicio sobre "Sordello Andrea,,

por el profesor DAVID ALLEN GREEVE

---

(De *La Razón*, 8 de Septiembre de 1911)

Publicamos á continuación algunos párrafos de la carta que el profesor de literatura española en una escuela de enseñanza secundaria de California ha dirigido á nuestro compatriota el señor Alberto Nin Frías. Se refiere á la hermosa producción que, con el título de *SORDELLO ANDREA*, publicó aquel compatriota en Río de Janeiro. He aquí los párrafos á que aludimos:

«Agradezco mucho su deferente atención de enviarme, juntamente con sus libros, los números de *La Reforma* de Buenos Aires y de *La Revista Americana* de Río de Janeiro, donde en manera simultánea, se publica *SORDELLO ANDREA*, la última de sus producciones literarias.

»Con el andar del tiempo, creo que juzgará que es ella su obra maestra. Novela de la vida interior, lo es, como usted mismo lo ha connotado en un subtítulo y aun más, un libro de alta educación.

»Cuanto puede estimarse útil para el cultivo de sí mismo, para el engrandecimiento de la personalidad, está allí, sugestivamente enlazado con los actos de una vida interesante.

»Se advierte de seguida al discípulo de Goethe que ha resuelto vivir por entero en lo total, lo bueno y lo bello: *Dem Ganzen, Guten, Schönen resolut zu leben*.

»En los capítulos que tengo bajo mis ojos, que abarcan los períodos de la infancia y de la adolescencia, persigue usted su ideal con una tenacidad que ya es en sí el más acendrado de los ejemplos para la culta juventud á quien usted se dirige.

»Me figuro que usted amará repetir con Novalis: *Philosophiren ist vivificiren*, dada la preocupación constante de ir á lo más hondo del pensamiento filosófico.

»Usted realiza con sus libros aquel apotegma de Stevenson: «No hay libro enteramente bueno sin moralidad.»

»Y se ajusta su sed de perfectibilidad con aquel versito de tanto encanto como candor moral:

» *I am bound to win, but am bound to be true*. (Estoy obligado á vencer, pero es mi deber permanecer verídico.)

»Con ese temperamento de escritor no se ve en el arte sino la idealización de la vida.

»Me sorprende esta tendencia en un sudamericano, así como una comprensión tan absoluta de la civilización superior de Europa. En este sentido, le veo pocos rivales en la literatura hispánica contemporánea. Este carácter no estrecha la esfera de su acción, porque por un feliz consorcio de circunstancias educativas, usted puede descubrirse con religioso recogimiento ante Pallas Atenea y también comprender el llanto de Paúl Bourget, cuyo hijo, seducido por un falso espejismo de ciencia, muere trágicamente sin haber logrado la lucidez espiritual que acompaña al cristiano de verdad en todas sus crisis.

»Respecto á las elevadas ideas religiosas, esparcidas bellamente en la narración, anuncian al creyente del cristianismo de las primeras edades, cuando su esencia era todo amor. Se nota en esto, como en su hermoso estilo, que usted progresa y marcha hacia una religión en la cual la fe ciega tendrá la más mínima parte; el altruismo, la mitad; y el culto á la belleza, el resto, si es que esta última no acaba por absorberle por completo.

»Su protestantismo es más fruto de la herencia y del ambiente inglés en que se deslizaron sus primeros años juveniles, que de su propio temperamento elevadamente helénico, á la manera de nuestro gran maestro Wálter Pater.

»Ya que he nombrado á ese insuperable esteta (sin por ello herir su modestia), quiero expresarle que pienso que la tarea de aquél como educador de jóvenes, no me parece distinta de la que usted se ha impuesto á usted mismo.

»Enseñar á sentir noblemente, hermosear, elevar la existencia cotidiana á la altura de las vidas más trágicas de antaño.

»La susceptibilidad á las emociones de lo bello; su pasión por el éxtasis de la experiencia intelectual en sus relaciones con la vida del individuo, son cualidades que no he encontrado en las letras españolas en tan generosa medida.

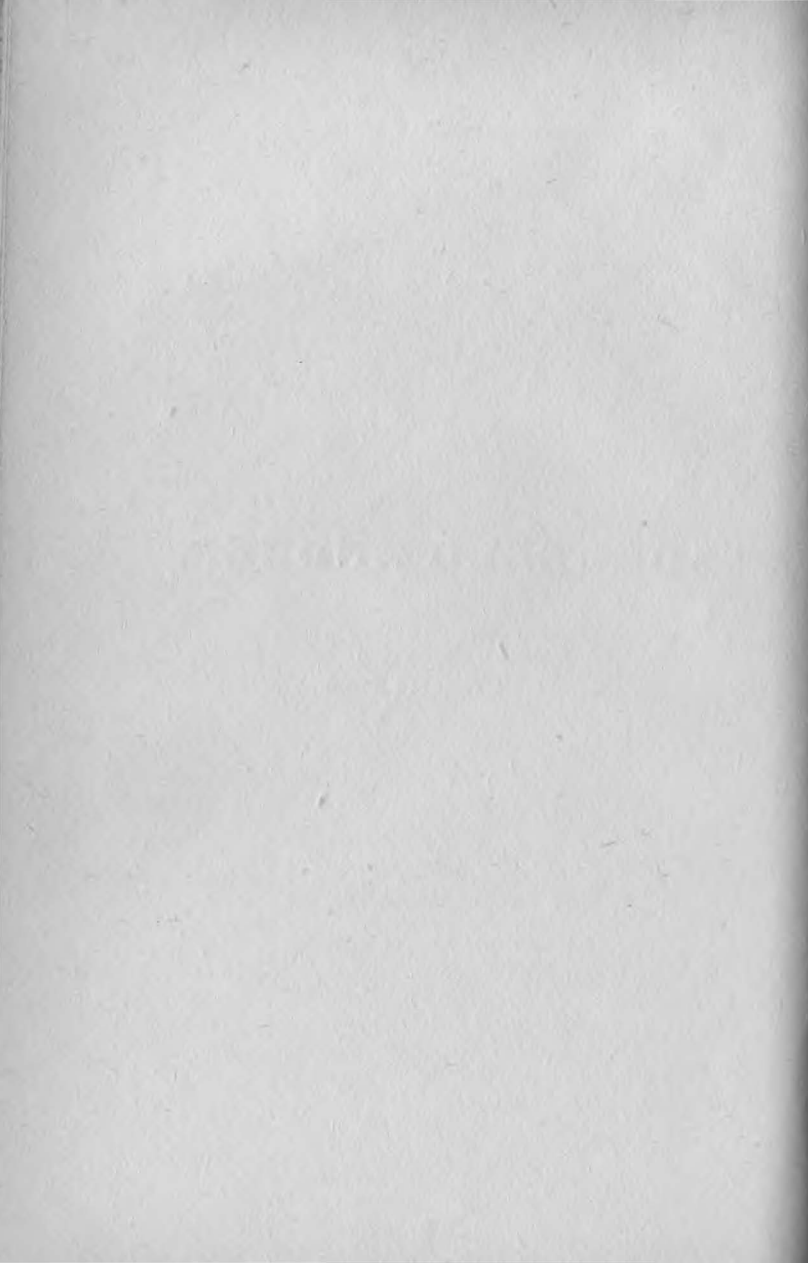
»Su obra protesta contra la vulgaridad, la insinceridad artística y el materialismo sensual en que ve sumidos á los jóvenes de su raza.

»El propósito que lo guía al escribir este breviario de la cultura, es un ardor sin desfallecimiento por la espiritualización de la América latina.

»Si áurea es su idea, pienso con justicia que, una vez terminado su libro, con la experiencia y sabiduría que seguramente continuará agregando á su ya vasta inteligencia, será, lo presiento, el «libro de oro» de esa juventud que, cual usted, atisba en el continente americano un nuevo campo para la grandeza de la raza blanca...»

---

**SORDELLO ANDREA**



# Sordello Andrea <sup>(1)</sup>

(NOVELA DE LA VIDA INTERIOR)

---

## A'MANIERE DE PRÉLUDE

Une vision de l'autre monde dans celui-ci: idéaliste, chrétienne, plein de lyrisme.

Combien de saints pourrait-on rencontrer parmi les vrais talents littéraires? Je crois franchement que l'homme de lettres sincère, le véritable artiste est l'homme le plus penché à chercher, dans la solitude de son art et la beauté de son silence, l'élévation morale. Les plus grands entre eux ont passé par ce travail de purification interne, car adopter la vie à leur vision intellectuelle a été leur but.

Oui, l'art est une religion; la beauté, une foi; le chef d'œuvre, un évangile de la vie plus harmonieuse, plus douce et plus noble. Le poète, au tant dire l'artiste littéraire, c'est le législateur non reconnu du monde, selon la vigoureuse pensée de Shelley.

Belle vérité, trop longtemps méconnue par les Barbares. Les Grecs, dans leur époque glorieuse, l'ont vécu.

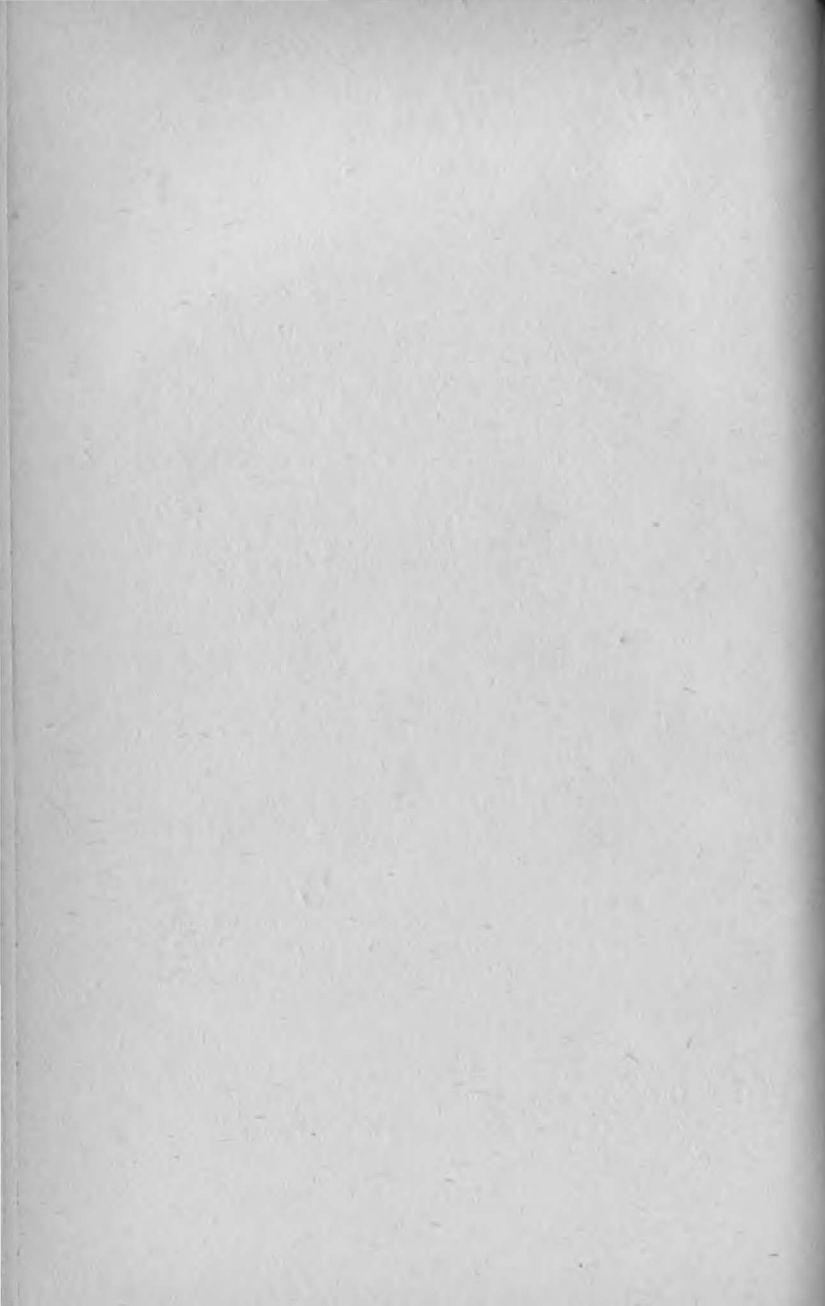
L'écrivain doit être un esprit d'élite ou il ne doit pas être. Tous les grands et souverains dons son achetés au prix d'immenses sacrifices.

Une vision claire de la beauté et de la vie, comptent parmi les choses que l'on acquiert qu'à travers la souffrance et dans le silence.

Ou ne parvient qu'en faisant de sa vie une œuvre de sagesse et d'harmonie.

La vanité doit disparaître entièrement; le dehors et ses jugements ne comptent pas, tandis que nous devons aimer passionément notre âme et son progrès.

(1) El nombre *Sordello* aparece en *La Divina Comedia*, atribuido á un paisano de Virgilio, poeta y contemporáneo suyo. El encuentro entre los dos bardos acontece en las afueras de los siete círculos del Purgatorio. También encabeza un poema de Browning un tauto enigmático, pero muy bello.





# Cæsis et vigilibus oculis <sup>(1)</sup>

---

## Á MANERA DE PRÓLOGO

Hace unos cinco años que llevo en mi poder infinidad de páginas heredadas de Erroll Lionel, griego de nacimiento y fallecido en París.

Hace diez años que no le veía, desde trabar amistad con él en un colegio de Ginebra. Después de nuestra tristísima separación quedé por largo tiempo sin saber de su vida, á la que me ligaba todo lo superior, bello y sincero despertados por la libertad y la juventud... *in recessu divinius aliquid*. A su lado pasé mis mejores días. Su recuerdo es mi culto silencio. *L'art dans le silence*. Al morir en París encomendó á su augusta madre me enviara todos sus bosquejos literarios.

Escribía en francés, en inglés, cuando no en griego moderno, su verbo predilecto. He traducido, como mejor ha sabido hacer mi grande amor por el pensamiento del hermano, este diario íntimo donde la crítica se hermana con la poesía y la cruel realidad. En cuanto al griego, debo al

---

(1) Expresión tomada de la biografía de Pico de la Mirándola, por su sobrino Marsilio Ficino, cuyo sentido es: como alguien que habla desde su tumba.

doctor Juan Cordellas, de Atenas, la versión francesa, que incluyo en el texto sin modificarla.

«Sólo comunicad la sabiduría á los perfectos...», parece haber sido un artículo del credo literario de Lionel.

Su vida fué serena como su arte. Gloriosa, la consagró á una actividad espiritual, valiente, tranquila, sana, sugerida por un ideal que lo consumió, á pesar de realizarlo en un todo.

Era la bondad y el silencio mismos.

Por do quier donde vivió en Grecia, Inglaterra, Francia ó Suiza, conoció siempre el entusiasmo del verdadero artista-sabio. Autodidáctico, la historia de su aprendizaje mental desmiente en absoluto la sujeción á la pedagogía.

Cautivaba por la dulzura indulgente. Creció sabiamente prendado de los encantos del mundo y de la vida. Nunca le abandonó su quimera generosa. Quiso reunir en un mismo abrazo la virgen de los ojos claros y el Cristo del soñoliento mirar. Fué su deseo engrandecer tanto estos conceptos, por el símbolo, hasta que pudiese flotar entre ellos el universo de Kepler y la inquietud de Leonardo da Vinci. Como los héroes de antaño, nunca pensó en lo hecho, sino en lo por realizar.

Cuando el misticismo sutil no le obscurece la visión mundanal, habla voluptuosamente del vivir: *Revivre est-il plus merveilleux que vivre* (1).

Explicada lapidariamente está su vida en una carta á un sacerdote amigo:

«Un día, como en la parábola del hijo pródigo, pedí al padre toda la heredad mía para vagar por el vasto mundo. He regresado sereno y ahora me regocijo para siempre de estar en el hogar de mi Padre.»

---

(1) Javelle. — *Mémoires d'un Alpiniste*.

*One day as in the parable of the Prodigal son I asked of my Father all the inheritance to wander over the wide, wide world, I am now peacefully back and rejoice for eve in my Father's horne.*

En pocas personas vivió más armónica la inteligencia y la espiritualidad: *la candeur dans la force, la spontanéité dans la plénitude de la conscience* (1).

Erroll amaba el misterio de la vida y buscó, entre dos momentos de frivolidad estudiantil ó pose de mundano, anotar las contradicciones que en su espíritu coexistían tan ledamente.

A veces se muestra pagano hasta la médula; otras, amanece en su alma el sol pálido de un misticismo eslavo. Cuando el fin que se impone un escritor es la verdad, puede decirnos lo más recóndito de su vida diaria. La literatura, como él la entendía, era una anotación de los momentos del alma humana: el goce del vivir templado por la razón. Para ilustrar mejor su pensamiento, acudiré á dos memorablos ideas suyas:

*La victoire du vrai hellénisme, celui qui s'ouvrit á l'esprit aux mystères d'Eleusis, était le triomphe de la liberté par l'analyse profonde et spirituelle du monde. La victoire de Samouthrace en est la ravissante image. Quel fou lui aura oté la tête tout en lui laissant les ailes? Est ce qu'on va au ciel par l'élan de la foi ou le travail de l'intelligence?* (2).

En una carta á su madre prorrumpió en esta elegía:

*Parfois mon âme ne peut plus contenir son émotion comme la «Pensée» de Rodin, au Luxembourg. Elle veut s'épanouir, inonder le monde de sa joie,*

---

(1) Ed. Schurè.—*Les santuaires d'Orient*.

(2) Carta á Perdicas Tricaupi.

*de sa divine allégresse, refléter sa splendeur mais hélas: elle est captive dans la matière inerte. Ah comme on voudrait alors trouver les ailes des songes dans le pinceau d'un Raphael, les images d'un Goethe, la comprehension d'un Taine, la grace infinie d'un Renan, la vaporeuse analyse d'un France — peut être, avec ces outils là on pourrait sortir du sortilège des sens et du réel quotidien.*

A medida que nos internemos en el breviario de su alma, acaso nos choque, ora el realismo, ya la infinita poesía con que mira y describe la vida sentimental.

No he vacilado en esta época del documento humano, el publicarlo tal como lo encontré: franco, hermoso, lleno de la sed de lo infinito del cielo y de la tierra.

A fin de quitarle en lo posible el matiz autobiográfico, me he permitido bautizarlo: SORDELLO ANDREA.

Al regresar de los Estados Unidos, el año pasado, di á leer trozos del manuscrito á una señora americana de tanta ilustración como exquisito gusto por las cosas de la mente. Al devolvérmelo díjome: «¡Cuánto me recuerda el carácter de Erroll Lionel al del joven Sordello que Browning immortalizara en un poema pensativo!» Y de seguida me dió la obra á leer. A ella debo, pues, esta sugestión encantadora.

La publicación de este diario, mitad verdad, mitad fantasía, no sólo responde al deseo postrero del más querido de mis amigos, sino á una convicción íntima de carácter ético.

Nuestra sociedad carece de vida interior. Desconoce lo sublime de la institución, lo rico de la sinfonía interna que nos arrebatara desde adentro. La literatura de Lionel produce ese *frisson*.

Admiración ante la obra de Dios y el anhelo de llegar á lo bello de las cosas son los dos factores elementales de su talento. La materialidad de la sociedad moderna, su tendencia á sustituir lo bello por lo útil, su anhelo funesto de nivelación social, forman la trilogía contra la cual se abate su alma, cuyas raíces se pierden en Grecia y el Renacimiento. Como los más divinos del clarividente renacer, descubre la sabiduría en la antigüedad y en la Naturaleza.

En su busca peregrina por todos los conocimientos y todas las iluminaciones del ideal religioso ó el inquietante amor: *ein Lebendiges für die Lebendigen geschrieben, ein Leben selbsts* (1).

Sus dioses tutelares fueron la voluntad ardiente, un corazón tranquilo, una mente serena, el alma grande.

Nuestros impulsos son hartos movidos por lo material y externo.

La superioridad de la vida europea y aun la de los Estados Unidos, en algunas de sus manifestaciones, estaría en la existencia intuitiva, trascendente.

Todavía aguardamos en el umbral del reino interno, mas todo anuncia ya que abiertas las áureas puertas del alma, multitudes ingresarán á la nueva escuela de la dignificación humana. *Self redemption by spiritual uplift*. La redención de sí mismo por la elevación del espíritu.

Hacer amable la vida por el ejemplo, el esplendor del pensamiento, la fuerza positiva de la fe y el encanto poderoso de la bondad, resume la filosofía de SORDELLO ANDREA...

---

(1) Expresión de Goethe: una cosa viviente escrita para los vivos, breve una vida misma.

*A child in love, a more than mature spirit wrought with tat inborn experience gives institution: that was Sordello Andrea.* Niño enamorado, un espíritu más que maduro, trabajado por la innata experiencia que presta la institución: eso fué Sordello Andrea.

Fué de aquellos que percató la Naturaleza como un proceso psíquico, cual un tabernáculo donde finalmente el alma encontrara su reposo.

Todo ser sufre de soledad: posee íntimos arcanos que no expondría jamás al ser más querido. En un consorcio inexplicable hermanaban en este hombre misterioso el temperamento ascético de los hebreos y el artístico de los griegos.

El corazón suyo albergaba un santo y un disipado, ávido de todos los placeres. Hojeando el libro en que conservaba piadosamente los más ligeros movimientos de su mente activísima, halló unas líneas, ¡pero qué líneas! sobre un volumen que había amado con terneza extrema. Era la obra maestra de Wálter Pater: *Mario, el epicúreo*. Al juzgar en forma tan lírica aquel breviario de la juvenil idealidad, estaba lejos de dar el más cabal juicio de su propia obra; sin embargo lo ha hecho.

El mejor retrato de un ser es el que él mismo pinta, ó mejor, aquel que jamás se pintara. Nuestros más hermosos momentos, cuando nos allegamos al fondo de nosotros mismos, serán siempre ignorados.

«¿Qué habría de decir del libro de Pater que no tuviese el eco de la música?», dice Sordello.

Parece haber sido escrito sobre los cantos de una urna griega cual aquella que cantara Keats.

Vivo por su locura. Temprano por la mañana de oro, cojo el impreso dilecto y respiro mejor por el solo hecho.

¡Qué lumbré arroja sobre mi vida interior; sobre sus humores que como hondas se mueven sobre las superficies del alma!

Cuanto amo sobre la turbia senda, cuanto adoro en el glabro presente, están ahí.

Este libro me conmueve cual una oración; tranquiliza y serena.

Jamás lo he abandonado sin expandir la mente en meditaciones, de las cuales uno sale más rico y más vecino de Dios.

Un libro se agiganta y se enriquece si, como el opio, éter ó morfina, nos sensibiliza iluminando el sol soberano de lo que sólo se percibe al través del éxtasis.

*Back to the primal gloom  
where life began  
as to my mother's womb  
Must I as a mau retura.*

*Not to be born again  
but to remaen;  
and in the school of Darkness learn  
what mean  
the things unseen.*

Á la tiniebla primavera,  
donde empezara la vida  
en el vientre materno,  
retornar, como hombre, debo,

no para renacer,  
sino seguir viviendo;  
y en la escuela obscura aprender  
lo que significan las cosas invisibles.

---





## LA INFANCIA

Conócete á ti mismo.—*Sócrates*.

Quand on est jeune on a de matins triomphants.—*Ernesto Renán*.

Et partout où fleurissent l'olivier pale et le cyprès ornement profond sur le bleu de l'infinie—sur là mon âme désire vivre toujours sans fin.—*Palamis*.—«Hymne á l'Athénée».

Saber es existir... Vivir intelectualmente es aprender... Todo es posible al que sólo quiere lo verdadero.—*Elipras Levi*.

Las impresiones de una observación cosmopolita vista por un joven curioso.—(*The Studio*.)

The firmest friend, the first to welcome, foremost to defend.—*Byron*.

Thou werst so full of song and strength and life.—Had such keen pleasure in small things and great.—It hardly can seem real to know thy State.—Is with the ancient dead.—*Bourke Marston*.

## Una noche de plenilunio...

Deseo armonizar con las melodías de mi vida el sonido de una voz que parecerá provenir de la eterna quietud.

Una noche de plenilunio, á la hora en que todo se bañaba en la luz tibia y suave, soñé revivir todos los hechos salientes de los primeros años. Al día siguiente traté de fijarlos y es así como comencé á escribir esta parte abandonada de mis memorias.

Nací hace treinta años en la divina Atenas, á la sombra del inmortal Partenón, égida aún de la civilización. Creo fué un día feliz para mí, pues, pensándolo bien, amo mucho la vida y me parece profundamente hermosa. Como una medusa luminosa y transparente, mi alma pasó ese día de lo universal á lo particular.

Mi padre, según lo supe veinte años después, no estaba del todo contento de mí en esa tierna y gelatinosa edad. No era un niño llorón de esos que son una orquesta de circo perpetuo. Decía que eso auguraba un futuro pacífico. Á él no le gustaban los hombres de paz: era luchador y de bríos.

La luz de mis padres fué la mía hasta los siete

años, en que hice algo memorable. Acostumbrado desde pequeño á nuestro buen vino, creyendo ver en una botella de kerosene el delicioso licor, me la empiné al encontrarme solito.

Al darme cuenta de mi equivocación, pegué un grito terrible y así anuncié la travesura á mi padre. Mi estómago ardía. Lloré amargamente, lo suficiente para no olvidar nunca aquel lejano episodio.

De niño era miedoso. Mis padres acostumbraban á leer ó conversar juntos en cuarto contiguo adonde dormía. Á veces quedábanse hasta altas horas de la noche. Una vez se le ocurrió á mi madre leer el espeluznante relato de un crimen.

Suponían que yo durmiese profundamente; velaba, escuchando con infantil emoción. Me asusté, hasta ponerme en una sobreexcitación nerviosa que se tradujo en gritos y fatiga. Al oirme, mis padres vinieron á ver lo que ocurría y permanecieron á mi lado toda la noche. Su presencia me calmó. Como fui hijo único durante cuatro años, mis padres por no dejarme solo me llevaban á menudo al teatro, lo cual me deleitaba sobremanera. Ayudó á desarrollar mi imaginación y sensibilidad, mis dos facultades salientes en ese lejano entonces. La primer pieza que presencié fué una ópera cómica: *La fille de Mad. Angot*. Al dia siguiente tarareaba: *Je suis la fille...* parodiando á actores y actrices. La volví á ver muchas veces y luego la imitación que hacía de la Angot y su hija era perfecta.

Todos reían al verme parodiar y me hacían representar.

*Doña Juanita*, de Suppé, aun me fascinó más que *Madame Angot*.

El día entero remedaba al alcalde, afectando su picaresco donaire cuando examina á la hermosa Juanita y piensa para sí: *Si viellese pouvait, si jeunesse savait*. Todas mis relaciones me solicitaban para que representase la famosa escena.

Al lado de casa vivía, acaso feliz, el médico de la familia, el doctor Tricaupi. Tenía dos hijas. Su esposa era una mujer regia; parecía la encarnación de la Venus de Milo. Siempre me mandaba buscar, y repetía hasta el cansancio las piruetas de las operetas célebres. Ello fué que me regalaron un teatro de títeres. Durante años las visité. Les llamaba «mis amigas grandes».

Paralelamente á esta pasión por el teatro, muy dominante en mí, se desarrollaba una gran veneración por la religión, especialmente por el ceremonial pintoresco de nuestra Iglesia. Decía misa, dirigía procesiones. Sobre mi camita construí un altar, y ponía á diario flores á la Virgen y á San Nicolás.

En la infancia feliz no se conoce la división del trabajo. Se hace todo aunando en un solo afán las cosas más opuestas, como á ser, el teatro y la iglesia.

Un gran acontecimiento tuvo lugar entonces para el mundo infantil.

Bajo los auspicios de la reina (1) se dió un gran baile de niños.

Yo concurrí vestido de alcalde de *Doña Juanita*. Esta opereta estaba entonces en auge; su música era popularísima. Mi traje fué un inmenso éxito. Tocarón la *ouverture* y yo salí al proscenio pirueteando y llevando el impertinente á los ojos. Fuí aplaudido enormemente y se me conoció después por «el alcaldito de *Doña Juanita*».

La fotografía perpetuó la gentil figura. Ahora que miro tranquilo el trajecito de fantasía, me doy cuenta de cuánto se crece. Apenas si los pantaloncitos cubren la mitad del brazo. Había en el baile trajes más lujosos, caras más bonitas, pero ninguno era tan característico como el mío. Mi pasión por el baile hizo escogiera por compañera á una niña vestida de paloma mensajera. Hasta hoy no sé por qué, al cabo de unas vueltas reñimos, y tanto, que de un empujón hice caer á mi compañerita. La pobrecita lloró mientras yo me eché á correr.

Seguro estoy de que sufridas mamás profetizaron que cuando hombre sería yo por lo menos un Barba Azul. Mi acción descaballeresca no era para menos.

El colegio es buen campo de acción para las energías del niño. Lo fué para las mías. Aunque de cualidades excelentes, era un niño molino.

Esta nerviosidad, que me hacía comparable á

---

(1) La esposa del actual rey Jorge I de Grecia.

las hormigas, inducíame á inocentes travesuras. Era tenaz en mis propósitos.

El primer colegio que frecuenté fué mixto y dirigido por dos viejecitas, madre é hija. La primera pudiera estimarse viuda de Noé; la segunda, hija de Matusalén. Aun vive la hija, para gloria de la enseñanza que, por lo visto, no mata.

No tengo recuerdo preciso de mis travesuras, pero sí retengo indeleblemente los castigos que me impusieron para corregirme. Una vez, irritada la maestra, descolgó una pesada fiambarrera de su rondana y alzóme en peso. Estuve dos horas en alto, penitenciado, creía ella. Yo me divertí sobremanera: desde la altura olímpica contemplaba á la humanidad sufriente (los niños que delectaban, y á quienes se les exigía el catecismo de memoria). Reía sólo de vez en cuando y otras veces con algunos ojos que encontraban los míos.

La vida en suspensión es deliciosa; paréceme majestuosa. ¡Feliz debió ser la raza de Ícaro!

La maestra, apercibiéndose del resultado negativo de su experiencia penal, no la generalizó á mis compañeros.

Á esa edad hasta de los castigos se saca partido. Bajé radiante cuando me vinieron á buscar para el almuerzo. Mis camaradas me saludaron complacidos: ese día fuí un héroe para ellos.

En otra ocasión me sentaron fuera, en un balcón. De las orejas colgaba una lengua de trapos.

Creyó avergonzarme la maestra con esta expo-

sición al aire libre. Se equivocó: no me inmuté. Sereno presencié el desfile de las gentes, y cuando me sacaron le dije en tono impertinente: «No se me hubiese importado aunque hubiese pasado nuestro rey.»

Mi madre, muy temerosa de las corrientes de aire y de las mojaduras, acostumbraba tenerme en casa cuando llovía.

Invariablemente se arrepentía de ello al cabo de la ruda jornada.

«Irás á la escuela, aunque lluevan chuzos, otra vez», me decía la pobre. Llegaba otro día lluvioso, y con su instinto de madre cuidadosa triunfaba de todas las molestias, haciéndome quedar á su lado, ocioso.

La paciencia y la abnegación son cualidades en verdad femeninas.

## II

Ya por esa época... leal y fehaciente

Ya por esa época, aunque juguetero, mostrábame hombrecito cuando las circunstancias así lo exigían. Mi círculo de amigos se había ensanchado. Era el niño mimado de varias familias donde no había pequeñuelos.

Tenía á veces expresiones de viejo y asumía

actitudes filosóficas (el estar quieto es el principio del filosofar en esta tierna edad). Esto tenía que suceder por fuerza, pues siempre andaba entre personas de edad.

Era muy discreto. Mucho apreciaban en mí esta virtud. Mis padres se adoraban, pero como bien dice el proverbio: *Qui se disputent s'adorent*. La familia Colas, á quien veía todos los días, me preguntaba en tono de chanza por lo que pasaba en casa; á menudo enteradísimos, hablaban con certeza, pero á pesar de mis ocho años no me sacaban palabra. Si se trataba de alabar á mis padres, entonces no sabía cómo ponderarlos.

Mi único *gros péché* en esos tiempos era el no poder estar quieto so ninguna circunstancia. Un día que inflaba un globito, salté tanto al hacerlo, que me lo tragué. Hubiesen visto mi espanto. Parecía Hamlet antes de enunciar el célebre monólogo.

Aunque mi pobre y pequeñísimo cerebro no podía urdir tan elevadas reflexiones, díjeme lívido: «¿Viviré ó no viviré?»

No conocía entonces, dichoso pasado, á Shakespeare; sin embargo, su sutil pensamiento se encendía en una mente infantil. Corrí hacia la más anciana de la casa, matrona de niveos cabellos y de encantadora bondad: «Misia Corina, me he tragado un globito.»

Mi espíritu, hasta entonces estoico, desfalleció: lloré, lloré...



Ella se echó á reir y cuantos supieron del suceso. No pude comprender cómo pudieran hacerlo ante mi inmensa desgracia. Me dijeron todos á una estuviese quieto, muy quietecito, porque si no volaría. Ante semejante perspectiva no me moví más de un sillón en toda la santa tarde. Sufría horriblemente: la idea de volar para siempre me importunaba. Dejar á mis padres, á mi teatro, á mis grandes amigas, á mis padrinos, á mi hermanita, era terrible para mí. Cuando más tranquilo estaba, tanto más febril era la actividad del cerebro y del corazoncito. La gente no podía conciliarse con la idea de mi inquietud; tenía más de *derviche* que de *fakir*. Mi aventura era pasto para risas sin fin, mientras yo estaba triste, tristísimo, por el temor de volar. Si Santos Dumont me oyere, llamaríame bruto y tímido.

Cuando tenía que caminar hacíalo con calma. Después de cenar me quedé dormido en un sofá. Antes de acostarme me llevaron á ver á mi gran amigo el doctor vecino. Le dijo á mamá que no se preocupase del suceso. Quedé satisfecho, pero receloso.

La noche entera viví pendiente de la salida del globito. Por la mañana siguiente, después de tomar el café, ocurrió el hecho anhelado. Me sentí de nuevo feliz, corrí, salté, cargosí como de costumbre. Había pasado por uno de los sustos mayúsculos de mi vida.

## III

## No muy lejos...

No muy lejos de este episodio ocurrió un suceso felicísimo para mi imaginación poblada de bailarinas, a'tores (me comía el *ac* de esta palabra), del primer acto, del segundo y tercero.

Debo confesar que junto á toda esta *féerie* del escenario, vivían para mí los santos en la más envidiable armonía. La unión de la Iglesia y del arte teatral era para mí un hecho fácil y consumado.

¡Si dejaran gobernar á los niños, cuántos milagros no obrarían, cuántos prodigios no se realizarían!

Sarah Bernhardt había desembarcado en el Pireo y daba quince representaciones en Atenas.

Había oído mucho hablar de ella: que era la más célebre artista del mundo, que ganaba millones, etc. En una población chica, una circunstancia semejante se hace bien pronto el tema de todas las conversaciones. Yo escuchaba cuanto se decía al respecto con toda la atención de que era capaz. Hícele prometer á mamá me llevaría á verla representar. Le causó gracia mi entusiasmo por la genial trágica, y lo cierto es que fui á verla tres ve-

ces. Aun me puedo representar varias escenas de *Teodora* y la final de *La Dama de las Camelias*. Aunque el sueño me acometiese tenazmente, no dormía por nada. Mis ojitos se abrían de una manera desmesurada. Por una casualidad extraña, la «divina Sarah» vivía en el mismo hotel de donde nos traían la comida. La casa solariega se hallaba entonces en compostura.

¡Cuál fué mi alegría al saberlo!

Esperaba la llegada del criado y le hacía sendas preguntas sobre la compañía y su directora. Luego le confíé mis impresiones y le encargué felicitarla á la gran actriz en mi nombre. Otro día le envié flores.

Mi candidez era admirable. Sólo hablaba del teatro en esos días. Era tan intensa mi ingenua preocupación, que se trató fuera yo el portador de un ramo, en nombre de las damas de Atenas, á la Bernhardt.

Ahora que estimo en lo que vale la menor intimidad en los genios, siento no se haya llevado á cabo el proyecto. Estoy seguro de que Sarah Bernhardt, al verme tan pequeño de estatura y con un corazón donde cabía tanta admiración por ella, me hubiese besado... ¡Qué gloria un ósculo del primer genio teatral de Francia!

Las feéricas impresiones que dejó tras sí la compañía dramática, me sugestionaron por completo. Mi pasión por el teatro se centuplicó. No sólo compré varios, sino que mi padre me mandó construir

uno grandísimo. Nunca alcancé á verlo concluido, pues un suceso inesperado, nuestra ida á Inglaterra, interrumpió el trabajo.

## IV

### Al cabo de un año...

Al cabo de un año en la escuela de las viejecitas, mi madre juzgó acertado ponerme en un colegio dirigido por un sacerdote, cuya nacionalidad siempre fué un misterio para todos. El director era un hombre de una energía indescriptible para quien nunca oyó su voz de bajo ronco, ni su ademán titánico, y su sotana que, como impelida por una tempestad interna, se movía á todos los vientos. Le temía mucho.

¡Las personas muy enérgicas me producen esa emoción! Felizmente no le tenía por preceptor. El mío era un italiano de corazón bondadosísimo y energía escasa. Jugábamos con él como con un niño de nuestra edad.

Mientras el severo director hacía declinar sustantivos latinos á sus alumnos estupefactos, la clase elemental jugaba, en vez de estudiar.

Poníamos la clase á obscuras y luego abríamos de par en par las puertas: en los intervalos era un

continuo correr, gritar, pelear, hacerse cosquillas, contando con la impunidad de las tinieblas.

*C'était en jouant*, pero aprendíamos. Un día leíamos en no sé qué libro de ciertos hermanitos que se habían peleado. El mayor de ellos, en un arranque de rabia, había tirado de los cabellos á la hermanita. La lámina que acompañaba la lectura era sugestiva: la sencilla narración me enterneció. Leía la última sílaba cuando bispó una gran lágrima (había estado acumulando algunas durante tiempo atrás), corrió por la mejilla y luego empecé á lagrimear fuerte. El maestro, solícito, preguntóme lo que me pasaba. No respondía: necesitaba desahogarme antes. Llamó al director en su ayuda. Éste vino corriendo y afectando una dulzura, no por cierto característica suya, me preguntó qué tenía. Di un hondo suspiro y de lo profundo de mi alma grité sollozando aún:

«Por... porque Juan...ci...to pegó á su hermanita.»

Mucho le impresionó esta revelación de un buen corazón, al punto de referírmelo muchos años después.

## V

## En la primavera...

*«Adieu, adieu, my native shore  
Fades o'er the evaters blue...»*

BYRON.

En la primavera del segundo año de colegio mi padre resolvió, para atender mejor sus asuntos, instalarse en Inglaterra con toda su familia.

Á haber podido descifrar el futuro, en el curso de los acontecimientos, hubiese percibido diez años de continua felicidad.

En los hogares que fueron nuestros, no conocimos la pena ni el ansia: el pasado nos era leve; el presente sonriente; el futuro radiante.

Entre ensueños nuestra infancia creció; los veranos iban y venían cargados de sutiles alegrías; nuestra alma atesoraba la paz santa; la madre, gozosa, renovaba su vida á cada cariño del esposo, feliz dentro de su inteligente actividad.

Antes de partir, á pedido de mis numerosos amigos, pasé algunos días con cada uno de ellos.

Las hijas del doctor Colas fueron las primeras en hospedar al pobrecito que se iba. Una de ellas

poseía objetos hechos de sal, traídos de una mina en Rusia: lentamente me los comí todos. En tanto cuidé del desenvolvimiento de unos gusanos de seda. Había en el consultorio un esqueleto que era mi *bête-noire*; invocándole, se me manejaba á placer.

Los niños son todos espiritistas; acaso sea ello una de las pocas pruebas en favor de la teoría.

La tercera y última quincena la pasé con mi abuelita, á quien más quería, después de mis padres.

Era una anciana con modales de reina: educada á la usanza de la Francia realista, poseía toda la urbanidad exquisita y la expansiva sociabilidad de una Mad. de Recamier. Como el de aquélla, su salón era célebre en los anales de Atenas. Durante los desgobiernos turcos, había recibido en el ambiente Luis XV de su palacio á Byron y otros bravos románticos que dieron su vida por la libertad sagrada de la Hélade. Su vida había parecidose mucho á la de alguna de esas duquesas del Milanesado, durante el despotismo austriaco. La época más llena de miserias de su patria, la había hallado rica y respetada por su cultura y virtud. En el hogar suyo se refugiaba toda esa juventud nobilísima que, en un momento dado, se da cuenta de su belleza y fuerza, redimiendo todas las faltas, en un esfuerzo por libertar al país de verdugos y esclavos.

No pocas veces en el estado latente de revuelta

en que vivíamos cautivos, había presenciado el «Apollium» (1), el cuadro que pinta Byron con colores tan soberbios, de la víspera de Waterlloo en la elegante Bruselas. El fogonazo del cañón sorprendía bailando á la juventud dorada y á la oficialidad inglesa ó francesa que allí llenaba su ansia de refinamiento. Muchos fugitivos de la crueldad musulmana vivían aquí insospechados.

Todos los actos de la abuela llevaban el sello de dignidad y distinción que presta la influencia social, realzada por el altruismo y la fortuna. Había sido la mujer más elegante de su generación.

Los meses que precedieron á la independencia de Grecia habían sido fatales para las finanzas del abuelo, que pagó con su vida y caudal la altivez con que en una ocasión trató al Scarpia otomán. Jamás he podido saber á las claras cómo naufragaron todo el prestigio y la fortuna inmensa de aquel patricio. Susúrranse historias contradictorias: los unos atribuyen su caída á celos del gobernador por una doncella á quien él protegía y cuyo honor quiso defender contra la lubricidad.

Lo cierto es que el odio aumentó entre los hombres, cada cual árbitro á su modo de la infortunada ciudad. Á la larga, el poder brutal del esbirro venció la fortuna, el abolengo, la personalidad de este nuevo Petronio, en embates con un grosero Tigelino.

---

(1) Nombre de la villa de los abuelos maternos de Lionel.



Mi abuelo tuvo que sufrir la afrenta de ceder una de sus vastas tiendas para la exhibición del retrato al óleo del tirano. La multitud, atemorizada como otrora ante el sombrero de Gessler, acudía á contemplar á quien la tiranizaba con la hipócrita canción de que nunca había habido menos crímenes en el territorio helénico. Contábase de que se podía dejar una bolsa de oro colgada de un árbol, que nadie, á no ser su dueño, la bajaría.

Un buen día, unos estudiantes exaltados acuchillaron el retrato del venerado. Dos de ellos perecieron bajo el puñal. El abuelo fué hecho prisionero como supuesto instigador del atentado. En tanto, con un procedimiento judicial sumario, le declararon en quiebra... Fué conducido, como el más culpable de los criminales, á adoquinar las calles de la ciudad. Vistiéronle de penado. ¡Qué cuadro aquel! El anciano más venerado de Atenas, por su generosidad, su espíritu emprendedor, su poder, en una cama del hospital de la fortaleza, custodiado por centinelas, con el gorro infame del ladrón. El que había de ser mi padre no pudo contenerse al visitarle un día: quitóle esa insignia y la pisoteó. Esa noche, disfrazado, tomó el camino para Brindisi...

Dos veces al día visitaba á mi madre la abuela.

Mucho se entretenía conmigo; yo ponía intensa atención á sus relatos del pasado y á sus recuerdos literarios. Me contaba que tuvo un sueño que duró

tres noches seguidas, como si fuera una novela por entregas.

Unos días antes de partir me llevó al restaurant de la playa. El cocinero había sido el que ella tuviera en sus tiempos de auge; lo supimos al pagar la comida, pues él no quiso aceptar su importe. Este rasgo de gratitud conmovióle mucho.

Siempre recordaba este episodio, y desde Londres, de mis ahorros de niño, le envié una libra esterlina para que renovara el recuerdo.

## VI

### El triste día llegó...

El día triste de la partida llegó. Yo andaba sin sombra. Mi madre rehusó despedirse de la abuelita á fin de no provocar escenas desgarrantes.

Yo me despedí de ella con una pena inmensa; ¡era mi primer gran dolor!

...El viaje fué largo y extraño. Los acontecimientos no se dibujan con claridad en mi mente; este período es nebuloso para mí.

Sólo sé decir que un pequeñuelo de ocho años abandonaba su patria, es decir, ese grupo de personas que le aman y le instruyen en la civilización peculiar del país.

Iban á sucederse en su alma impresionable fenómenos extraños: la pérdida parcial de tradiciones cosmopolitas, como son las de las ciudades del Mediterráneo, y la sustitución por los principios rígidos de la sociedad inglesa. Un interesante proceso psicológico iba á ocupar muchos años de la vida mental.

Estos trasplantes engendran almas incompletas.

¿Cómo podía adaptarse la viva imaginación, los gestos, la emotividad fácil, el ingenio, la astucia mental, la libertad de la expresión frente á los impulsos de la carne, á la seriedad inglesa, tan inclinada á sustituir lo-artificial por lo natural? El pobre pequeñuelo iba á necesitar perder su alegría simpática, su nerviosidad desbordante, su misticismo pagano. El helenismo innato de su espíritu se iba á paralizar y aparecer por grados con la ausencia de sol y expansiones, el divorcio funesto entre el ser animal y el espíritu. De esta separación deduzco todas mis tristezas y todas las contradicciones de mi vida: cuando llegué á hombre, en la patria no podía prosperar, por faltarme armas con que defenderme, y en Inglaterra carecía de la mediación de ciertas relaciones cordiales. *J'étais un déraciné...*

Por la pasión á la belleza antigua era heleno, á la usanza de Goethe y Winckelman; por mi conciencia escrupulosa, fruto del protestantismo, procedía de la isla poderosa. No era producto de ningún medio ambiente exclusivo. Á haberme desarrolla-

do únicamente en uno de los dos países, hubiera llegado á ser alguna cosa grande y potente. Entre los dibujos sorprendentes de Leonardo de Vinci, conservados en el British Museum, está el retrato de Goethe. «¡Cómo! ¿del autor del *Werther*?», exclamará el lector, pasmado. Doscientos treinta años median, en efecto, entre estos dos dioses.

La cabeza á que aludo es idéntica á la del divino octogenario esculpido por David en 1829.

¿Cuál fué la vida de este modelo cuya fama no ha traspasado el dibujo de Leonardo? La cara es espejo del alma. ¿Cómo se explican los distintos reflejos de almas, acaso constructoras de una misma genialidad?

Es que el espíritu del anciano talentoso murió al nacer, por falta de ambiente propicio, estímulo ó las mil cruentas muecas del destino.

Goethe llegó al mundo cuando Alemania estaba madura para vibrar, por medio de un portavoz de su historia y sabiduría, con el alma universal.

No necesitó contrariarse ni sufrir el hijo de la libre Franckfort; sólo tuvo que pronunciarse para recoger en síntesis supremas los pensamientos, los sentires y las tendencias de la época.

¡Observo en esta asombrosa coincidencia un símbolo de los genios perdidos, que viven mártires y mueren sin gloria!

## VII

## «Auf der dunkeln Erde.» Bajamos en Plymouth...

¡Pertenezco al país que más puedo amar!

A. N. F.

*Images of faces I loved so well, you come to me in the dead*  
[of night.

*Te dead arise and bid me welcome to the garden of lle.*

*Oh how I miss you lovely ones that are no more*

*visions sweeter tan songs of freedom arise before me*

*what are the woodlands in early spring compared to thee.*

Imágenes de los visajes que tanto amé, venís á mí en lo  
[profundo de la noche.

Los muertos se levantan y me dan la bienvenida en el orto  
[del amor.

¡Oh cuánto os echo de menos, almas bellas desaparecidas!

Visiones más dulces que canciones libertarias escucho cabe  
[mío.

¿Qué es la floresta en la temprana primavera comparada  
[contigo?

A. N. F.

Bajamos en Plymouth de noche y al día siguiente tomamos el tren para Londres. La única que poseía el inglés era mi madre, pero se le había olvidado casi del todo. Esto debía de habernos colocado en las situaciones más críticas. Los extranjeros eran tenidos en ese entonces en la Gran Bretaña

como ciudadanos de Marte. Fué necesario un mundano como el simpático Eduardo VII y ciertos síntomas de incipiente decadencia para cerciorar al admirable pueblo de que existían otras unidades políticas en el mundo. Tan vasto imperio, donde la palma y el pino florecen magníficamente, es un cosmos en sí.

Figúrese el lector á una partida de seis criaturas, la mayor de ellas de nueve años, dos amas, innumerable equipaje y otras menudencias, á la espera de un tren en una estación transitada.

Viajar con niños de pecho debe parecerse á un «via crucis» con música lenta, pero interminable. ¡Por qué experiencias singularísimas no debimos pasar! Después de un mes del cruel invierno londinense, estábamos hechos otros: ¡pálidos y flacos! Consultado un médico al respecto, recomendó á mi padre una estadia en la playa de Bastbourne. Es una de las más selectas y bonitas de Inglaterra.

El hotel donde nos hospedábamos era colosal y rodeado de jardines.

Una ancha avenida separaba la casa de la pedregosa playa.

La vida es muy animada en la estación. Lo mejor de la aristocracia fluye aquí á gozar del sereno encanto del mar. Á un extremo de la playa álzase como atalaya una serie de colinas con barrancos al mar, llamadas *Beachy Head*.

Ir hasta la cumbre en burro es muy divertido. Lo hacíamos á menudo.

Mientras frecuentaba como mayor el baño de natación, los otros hermanitos vagaban por las explanadas cubiertas de criaturas.

Su placer era levantar castillos y casas sobre la arena. ¡Hacía feliz el verlos! Al contemplarles no podía menos de recordar un episodio de la vida de San Agustín. Parecían estos pequeñuelos compañeros de aquel niño sabio que distrajo al filósofo de sus hondas meditaciones, mostrándole la vanidad de querer resolver problemas hartos desproporcionados con la pequeñez de nuestra mente.

Inglaterra es el paraíso del niño hasta la edad escolar, momento en que puede decirse comienza la lucha por la vida.

Yo entonces también era uno de esos tantos niños más felices que Creso con todo su oro.

Las sirvientas que nos cuidaban eran de Tesalia, y como tales, muy supersticiosas. Soñé una noche con un vivero de serpientes; se lo conté, y en seguida me pronosticaron que significaba la muerte de algún pariente muy cercano. Me apegué tanto á esta superstición, que aun no puedo vencer mi aversión por ese vil reptil. Pocos días después recibimos la triste nueva del fallecimiento de mi único tío materno.

Si alguna lección podemos deducir de esto es la de rodear al niño sólo de aquellas personas que pueden esclarecer sus ideas, nunca falsearlas.

Aunque vagos los recuerdos de esta época, retengo las imágenes de dos paseos memorables.

Visitamos los castillos de *Pevensey* y *Hersmonceux*. Mucho gocé dentro de esas ruinas espléndidas, que son como la poesía de la historia. Del gran castillo de *Hersmonceux* se cuenta una leyenda extraña. Se celebraban allí los esponsales de la hija del castellano: los jóvenes invitados, en sus ricos trajes de brocado, jugaban á las escondidas. El castillo era el sitio más propicio para esta clase de juego, por sus subterráneos, puertas secretas y corredores. Mientras sólo resonaba en el majestuoso recinto la algazara de la fiesta, desapareció una de las jóvenes invitadas. Á todos consternó este suceso tan altamente patético. Para muchas generaciones no sólo permaneció un misterio, sino que fué el tejido de muchas leyendas.

Dos ó más siglos después, al desplomarse un paredón, encontróse una osamenta. Eran los huesos de aquella joven infortunada... ¡Qué fábula para Edgar Allen Poe!... De mi memoria las fibras se estremecen cuando de Anabel, la tierna flor agostada en su Abril, el trágico morir medito...

...Volvimos á Londres. Á mi hermanito y al infrascrito nos pusieron en un colegio de hermanas. Por suerte formaba parte de la comunidad una hermana griega; fué nuestro amparo cuando no nos entendíamos en absoluto con nuestros maestros. Recién empezábamos á adquirir el inglés.

Contraímos una encantadora amistad con una monja inglesa ya entrada en años. ¡Qué mujer tan superior era! Al morir, de ello estoy seguro, habrá



exclamado como Frances Willard: «¡Oh, cuán hermoso es ver á Dios!»

Buena, instruida, simpática, cautivaba á los niños por su arte de cuentista. ¡Cuántas leyendas, milagros é historias nos contó! En su redor, como otrora en torno del Divino Maestro, se agrupaban los niños, subyugados por su espléndido magnetismo personal. Cuanto nos narraba acrecentaba nuestra fe en la religión católica. Las fechorías de maese Lucifer; las almas del purgatorio, que tomaban forma humana para advertirnos de algún peligro ó pedirnos hiciéramos algo por ellas; las mil y una leyendas de los santos de la verde Erín, adquirirían un aspecto terrible de realidad en sus narraciones interesantísimas.

Durante muchos años correspondí con ella, hasta que de pronto no supe más suyo. En el sublime renunciamiento de su vida, era un ser feliz. Fué sin duda como había vivido, al místico reino del eterno amor, que á todos redime y transfigura. ¿No fué en un desmayo parecido, del que volvió en sí el Dante, cuando concibió todo el poema del dolor y de la dicha?

Como á la madre Aloysius Gonzaga, sólo quise á cuatro seres en mi vida, porque fueron para mí lo que para Jacob el sueño: una escala al cielo.

En un próximo devenir hallaría á otra mujer que se le pareció, Fraulein Julie Fotscherin, mi primer profesora de alemán.

Buques que pasan en la noche  
y conversan al pasar,  
revelando tan sólo una señal  
y una voz oída en las tinieblas.  
Así, en el piélago de la vida  
nos pasamos y hablamos  
una mirada y un quejido tan sólo;  
luego, otra vez el vacío y el silencio.

Así semeja haber precisado un poeta estas amistades cortas, pero luminosas, por su poder de infinita sugestión.

De ambas sólo me queda el inefable recuerdo y algunos libros sublimes donde, como por encanto, han quedado cautivas sus almas.

En el desenvolver de mi cristianismo, como en el histórico, la mujer ocupa el primer puesto...

Tres ó cuatro veces al año emprendíamos deliciosos paseos campestres. Aun vibra en mi retina la recordación intensa de la abadía de Saint-Albans, imponente monasterio de arte gótico, en un cuadro de poética y rústica vegetación.

## VIII

«Su fuerza era como la de diez, porque su corazón era puro.»

*«His strength is as tre strength  
of ten Because his heart is pure.»*

«Su fuerza equivalía á la de diez, porque su corazón era puro.»

TENNYSON.

Tenía diez años y medio cuando me pusieron en otro colegio, dirigido también por hermanas, pero exclusivamente para varones. Distaba mucho de donde vivíamos. Á las siete iba en el coche de casa y volvía por el subterráneo. Duré poco aquí.

Fuí á otra escuela más cerca de casa. El director era estricto por demás. Para la Inquisición hubiese sido *une trouvaille*; los discípulos temblaban ante él. Pertenecía al tipo del inglés de cuya estirpe nacieron los conquistadores de la India, el Canadá y Australia.

Respondía bien á la psicología del hombre que á fuerza de ser inquebrantable se constituye en un poder y peligro para los débiles.

Aun existe en Inglaterra el castigo corporal. Mi defecto como estudiante consistía en falta de

retentiva para la poesía, debilidad ampliamente compensada por la naciente facultad crítica con que gustaba su belleza.

De la mentalidad del pedagogo, como del moralista profesional, está exclusiva toda tonalidad apreciativa.

Una cosa se sabe de memoria ó no se sabe; una acción es buena ó mala. Nunca recordaba los versos que teníamos el deber de aprender. Esta circunstancia influía en las notas de la semana, donde aparecían uno ó dos ceros. La maestra se irritaba contra mí; comunicó la falta á Torquemada, y éste, enfurecido, me notificó que así tuviera tres ceros se lo reportase en persona.

Cada vez que lo hice recibí doce azotes con la mano ó con una vara. Sufrí en silencio esta humillación varias veces. El terror pánico que me causaba el inusitado castigo influyó, no lo dudo, en el desarrollo posterior de mi memoria.

Salíamos diariamente á pasear, de dos en fondo, al *Regent's Park*. Cruzar las calles de Londres no es cosa fácil, máxime cuando se trata de muchos. Por distracción me quedé en el arol-isla, dejando avanzar solo á mi compañero.

Nunca lo hubiese hecho. La profesora se lo contó al antipático director, quien en seguida me azotó, como de costumbre. Yo ardía con el peso de la flagrante injusticia, cuando mi mala suerte quiso que se diera la lección de poesía. Atemorizado y descontento por lo que me había pasado, no supe

los versos. Mi conducta me cosechó un cero: era el tercero. No había escape: tenía por fuerza que presentarme de nuevo en el despacho del director á recibir la penalidad consabida.

Pedí permiso para ir al excusado. Con paso nervioso me dirigí al zaguán, tomé gorro y paletó, abrí la puerta de la calle con sigilo y salí como un criminal que acaba de robar algo. Respiré mejor sobre el andén. Me había escapado: era libre. Yo no me podía acostumbrar á aquel régimen de hierro, más propio para conseguir fieras y esclavos que hombres. «¡Cuán verdad es que sólo es grande y feliz quien no tiene que mandar ni obedecer para ser algo!», escribe Goethe en *Goetz von Berlichingen*.

Había aguardado hasta entonces para mí la penosa impresión que aquello me producía; ya no podía más. En llegando á casa se lo confesé todo á mis padres.

Desaprobaron mi silencio sobre los castigos infligidos, mas no así la evasión. Para no envalentnarme, de tarde fui llevado al colegio y le pedí perdón al director. Á su pedido, por ser mis padres extranjeros, nunca me pegó más.

La dulzura obró mejor; me empeñé en ser más estudioso. Cuando había alguna poesía para estudiar me quedaba en el colegio hasta retenerla de memoria.

Esta fué mi primera y última escapada de colegio alguno.

Con su cuerdo proceder mis padres enseñaron-

me dos cosas: á someterme á la disciplina y á confiar en ellos.

¡Ha conocido una de las dichas del mundo aquel cuya infancia ha sido tutelada por padres amantes y sabios!

Ellos me vistieron con la túnica del deber.

## IX

### La mente está tranquila...

Cuando el corazón es puro y la mente está tranquila, Dios nos da momentos serenos en que nos apropiamos las cosas mejores.

¡Cuánto tenía entonces que agradecer al Divino Amor por el hogar en que crecía, por el amor de los padres, por la salud, por el trabajo, por toda la civilización en que se empapaba mi espíritu y por nuestra salud y vida serena!

Mis ocios en casa se repartían entre un gran teatro y en hojear la *Historia de Francia*, de Michelet, magníficamente ilustrada por Viollet-le-Duc.

Me familiaricé por medio de la imagen con la más histórica de las historias.

Adquirí pasión por la historia y la arquitectura. El pasado me encantaba con sus costumbres y tra-

jes pintorescos. Me estremecía ante esos himnos de piedra que son las catedrales medioevales con sus arcos elegantes, los pilares tenues, los campanarios atrevidos recubiertos de verdaderos encajes esculturales. Las ojivas y los trefles, las naves y las capillas laterales, pueblo de estatuitas de reyes, santos, mártires, patriarcas, ángeles y arcángeles: toda esa fantasmagoría de la fe ardiente me embriagaba la imaginación.

Con verdadero amor de artista miraba y remiraba las catedrales de Reims, la de Amiens, Chartres, Saint-Ouen, en Rouen, Troy, Notre Dame y Puy.

Mi unión con todas esas maravillas era perfecta y profunda. Aprendí á dibujar para poder reproducir sus contornos esbeltos y hieráticos. Compré pequeños maderos para jugar al arquitecto. La pobre fantasía mía se estrellaba contra la impotencia. Aun esos pasatiempos me llenaban de intraducible alegría.

Amaba recrear mis ojos con imágenes poderosas de los monumentos del pasado.

Atracción inexplicable de lo bello en la plenitud de su esplendor: por un momento, tanto más largo cuanto era más joven, cesaban las vibraciones groseras de mi vida oscura y participaba de esa sinfonía exuberante que acompaña la creación artística.

Sentía el goce profundo del artista que realiza su sueño en las plácidas construcciones. ¡Oh deseo

inasequible de lo grande, maravilloso y eterno, eres la ventana por la cual pispamos la patria ideal!

¡Por vos, catedrales vetustas y castillos heroicos, entreví la existencia de un mundo sobrenatural del cual sólo erais el símbolo! Por estas visiones de una humanidad agigantada por el verbo mágico de Michelet, planaba mi alma libre por sobre toda miseria humana. Sentí abrirse ante mí un mundo de realidades superiores al que ansío volver en cada momento de mi vida.

Esta enseñanza por la imagen de la vida suprema vino á extenderse, mejor, á divinizarse, por el descubrimiento de una edición lujosísima de Shakespeare. Se trataba de láminas de los más inspirados pintores y dibujantes. No hay palabras capaces de contener siquiera un soplo de mi alegría al seguir el pensamiento del divino Shakespeare. Mi cerebro bebía aquella poesía, aquella filosofía sutil, traducida por composiciones sugestivas.

Estas dos obras me iniciaron en la vida del arte. Fué la victoria del arte sobre la vida. *Alea jacta est*: había yo de resistir todos los convencionalismos y prejuicios por la profundidad de la vida interna. Desde ese momento, en todo el transcurso del existir, oiría, como los efebos en Olympia, el consejo joviano: «¡Sed fuerte, sed bello, sed vencedor!»

Mi resolución verdaderamente absoluta de amar las cosas del espíritu fué desde entonces tan po-



tente, que creo debí haber comprendido, por la pureza de mi conducta, que la felicidad sólo se alcanza por la renunciación.

¡Oh momento armónico en que la cálida imaginación me transformaba en galo rudo y heroico, en compañero de Clovis; cortesano de los Merovingios, asistiendo á su decrepitud para llegar á Carlomagno, el magnífico!

En alas del tiempo atravesaba la corte de Luis IX; cabalgaba por el santo sepulcro, cuya gloria debía colmarme de piedad y asombro; asistía con reyes caballeros á la guerra de Cien Años; golpeaba las puertas de roble de algún noble castillo y recitaba ante damas y caballeros la epopeya de Rolando. Y así marchaba por Italia con el imberbe Carlos VIII, gustando de refinadas aventuras en Milán, Pisa y Florencia.

Vi cubrirse á Francia de elegantes palacetes, aun semicastillos, pero ya impregnados de las gracias de la villa italiana. A ellos á menudo acompañé al rey-caballero en sus numerosas aventuras, de las que *Le Roi s'amuse*, de Hugo, da tan cabal idea.

¿Y qué decir de las justas suntuosas en que se podía admirar el lujo deslumbrante y el valor de los señores, encerrados en sus armaduras cinceladas con un primor sólo comparable al escudo de Hefesto? No en balde vivió Benvenuto Cellini por esta época del renacer de los dioses. Por las góticas galerías del Louvre que el heleno Goujon va á

transformar en pabellones, percibo la corte de Enrique II que pasa, á su lado, la austera y concentrada Catalina de Médicis, celosa sin duda de Diana de Poitiers.

Presencio el desfile, ensangrentado y trágico en sus líneas, de perpetua guerra civil, de los últimos Valois. Bien es el encantador Francisco II en su traje de brocado blanco, salpicado de las joyas de la corona... ya el sombrío Carlos IX, ora el afeeminado Enrique III, con su corte de mancebos recamados de oro, de pedrerías, desplegando una energía sutil en el cuidado de perros falderos y la esgrima.

En las guerras de Religión me veo discutiendo, cabe el serenísimo Melanchton, las proposiciones de Lutero.

Ninguna simpatía me atrae á los tres Luises de la casa Borbón: el primero se deja deslumbrar por la astucia del cardenal Richelieu; el segundo créese un Augusto en su inflado orgullo que se reparte entre la caza á la hembra y la conquista de los pueblos infortunados, como el Palatinado y la Holanda. Toda la bella irradiación del Bien Amado está sujeta á los años juveniles que Van Lo ha perpetuado en uno de los retratos más elegantes de la eterna juventud. ¡Cuánta audacia libertina, cuánta distinción regia, cuánta gracia efeba hay en ese cuadro de una frescura incomparable! El reinado de Luis XV representa, en medio de las frivolidades pompadurianas y el libertinaje elegante del

duque de Richelieu, el fin de una sociedad, cuyo estertor acalla el pincel pastoril de Watteau y el gracejo de Marivaux.

Mientras Versailles bulle de fiestas báquicas, pueden anotarse ya los despuntes de una aurora de sangre. Por sobre los sufrimientos inauditos de la Bastilla, antro inquisitorial cuyo portal es la *lettre de cachet*, estalla la risa sardónica de Voltaire. El huesudo filósofo enseña á la multitud á burlarse de todo. Su discípulo Rousseau no irá tan lejos, pero ahondará aun más la brecha entre la monarquía y el pueblo, señalándole los fundamentos en que descansa la podredumbre social. Aman-te de lo bello en la Naturaleza, pugna por volver á su silencio, quietud y bondad.

En casa del dulce Vauvenargues, ese espíritu imbuido de todas las serenidades y de todas las resignaciones, medito sobre la prehistoria de la gran Revolución.

La sed de goces ha apagado todo anhelo de justicia. Ebrios con sus privilegios extravagantes cuando no inicuos, los nobles y el clero, presintiendo el cataclismo cercano, acortan su vida en desenfrenados placeres.

Á la frase del gran cinico, *Après moi le déluge* hacen tierno eco suaves madrigales. Ante la inminencia del peligro extremo, á menudo vuelve el hombre á los pasatiempos del niño. Así también la alta aristocracia descansó de la voluptuosidad en una resurrección de Arcadia. La primer dama

de Francia se digna fundar una lechería cerca de su casita predilecta: *Le petit Trianon*. Mientras el volcán ruge bajo los augustos piececitos, la nobleza juega á Mallin Collard, escucha á Beaumarchais y tiene citas en los temples griegos esparcidos por el bosque de Versalles.

Con la rapidez de un rayo, la tragedia estalla. Á veces parece iluminarse por un gesto que recuerda la adorada Antigüedad. La nobleza se redime por fin: sabe morir con gracia. Ante el salvajismo rugiente del populacho ó el infame Comité de la Salud Pública, el republicano culto saluda, presa de indignación, al noble ultrajado. Cuando pienso lo que el catolicismo medioeval hizo por el arte, casi llego á querer la institución que con la mente inculpo. Lo mismo me acontece al reflexionar sin prevención sobre el vandalismo francés durante el terror acrático. No sólo lamento la muerte del santo Luis, de la altiva Antonieta, sino que semejante á una sinfonía de imágenes, se me representa la Francia antigua, cuya grandeza llevaba doce siglos constructivos. Veo la abadía de San Dionisio, digno gemelo de Wéstminster, violentada la placida majestad de sus tumbas artistas por una turba facinerosa. El rico patrimonio de este refugio renombrado con sus estolas violáceas y púrpuras; sus cálices de oro incrustados de zafiros y turquesas; el oriflama sagrado, que removía en el alma colectiva las bendiciones de San Luis y las proezas de Juana de Arco: toda esta riqueza inestimable des-

aparece tragada por el Sena ó robada por un sin patria. Por todas parte se organiza el saqueo de los castillos feudales, donde un gusto consumado había reunido cuánto puede deleitar el espíritu del hombre superior. Los tapices con sus arabescos áureos, los *panneaux*, el amueblado lujoso de seda esplendente, cortejeando el armazón dorado; los candelabros de exquisita factura, los vasos de Sevres esmaltados con lises, las libreas pomposas; el ceremonial gentil; el ademán de suprema desenvoltura; el cabello cano, tan respetable; el donaire ya inencontrable del gentilhombre—todo ese ensueño magnífico, en el que cientos de generaciones habían puesto de su alma, de sus goces y de sus penas—pasó como el árbol ante la racha: *Aura sacra fames*. Con los grandes señores, el arte de vivir se fué. La Revolución precipitó todos los odios: el poco de justicia que había, se transformó en venganza; el reposo del arte y de la cultura social se tornó la agonía de todo lo bueno; la compasión volvióse desprecio; la sabiduría cedió su trono á la epilepsia.

Con la destrucción del antiguo régimen en sus relaciones con la vida señorial se apagó el vivir en medio del arte. Las cosas hermosas ya sólo sirven para el museo y no para el uso personal.

La democracia, como el protestantismo, fueron fatales al arte. Aun envuelta en sus vicios, faltas y crueldades, la monarquía capeta me recuerda la tumba de Guidorello Guidorelli, noble de Ráve-

na, soldado y sabio asesinado en Imola en 1501. Un arte sutil perpetúa el sitio donde parece dormir petrificado; tal la vida se hermana con la muerte.

Su alma parece velar por aquel rincón selecto esperando despierte de su sueño pacífico, tranquilo y sin sugerir el más leve indicio del trágico fin que terminó sus días. ¡Felices, mil veces felices, los pueblos que conocen las transiciones bruscas de régimen gubernativo!

Las repúblicas son monarquías que cambian de rey cada cuatro ó seis años, sin ninguna de las ventajas realistas y todas sus pequeñeces. Los pueblos no deben dejarse gobernar por quien no sepa ser útil á todos y no tenga un alma hermosa. Y se observa, añadiría un cronista picaresco, que salvando una honrosa excepción, los pueblos más desorganizados son los que más se apegan al llamado republicano.

Gustan los artistas modernos, ignorantes de su breviario del Renacimiento, figurar á la República bajo las formas de una mujer á los Rubens, con la frente tersa y la expresión plácida. El incorrupto Da Vinci la hubiese identificado con su *Medusa* terrífica, Minerva incompleta, de cuyo encéfalo sólo surgen las luchas de la envidia, los celos de lo selecto, las ruindades de las ignaras multitudes...

Llegué á dominar la historia de Inglaterra mejor que cualquier inglesito de mi edad. Se observa-

ba en el niño el padre del hombre: manifestaba predilección por las ciencias morales.

En materia de arte teatral é historia era tenido por un *petit savant*.

## X

### «Ex forti dulcede»

*Ex forti dulcede.*

De los fuertes sale dulzura...

Por ese entonces nació un hermanito que vió la eternidad en Londres. Su llegada coincidió con el regalo de un soberbio teatro que conservé hasta los veintiún años.

Los niños aprecian extrañamente el nacer. Los bebés se compran en un mercado oculto ó llegan inesperadamente, como el cisne de Lohengrin, del cielo, que, por lo visto, es un gran vivero. Yo creía lo primero. El doctor en mis combinaciones ultra-fisiológicas era el comprador del sujeto, como también el encargado de traerlo á la casa.

Esa mañana entró de prisa, con una valija, el doctor Burton, hombre muy amante de los niños y á quien mucho queríamos. Nos dijo que allí traía

un nuevo hermanito. Le pedimos la cartera para cargarla algunos escalones. Después nos hicimos la ilusión de haber tenido en nuestras manos al nuevo huésped del hogar. Locura es parecer sabio cuando la ignorancia delecta. *Where ignorance is bliss, tis folly to be wise.*

¡Cuánto encierran estas palabras! Su verdad es tanto más intensa cuanto más grato el recordar

la casita donde nací  
jamás traje un día corto ni demasiado largo  
la ventanilla por donde pispaba el sol (1).

Aquiles y yo fuimos llevados á la casa de un amigo de papá. Pasamos con él dos semanas de vacaciones.

Este año fuimos á Windsor, que dista una hora de la capital. El castillo á que debe su renombre la comarca es el Versalles inglés.

Alquilamos una casita primorosa y confortable. Á unas cuadras se extendía el parque real, una de las maravillas forestales de la Gran Bretaña. Árboles seculares pueblan este sitio, el más bello que darse puede.

Uno de los pabellones del palacio está unido á la estatua ecuestre de Jorge III, por una anchurosa carretera de seis kilómetros de largo y adorna-

---

(1) Líneas de un poemita patético y ligero como una canción popular de Tomás Hood.—(Nota del traductor y albacea literario.)



da por tres filas de árboles de cada lado. Por dondequiera que se mire, vense vistas pintorescas de incomparable verdor.

En bosque así divino hubiese ubicado Shakespeare su *Sueño de una noche de verano*. Aquí correrían ligeras las hadas minúsculas, los gnomos pi carescos, los espíritus silvestres con Diana á la cabeza. Ciervos altivos, faisanes, palomas, perdices y liebres, vagan sueltos por los prados espléndidos. Alrededor de un roble legendario, á cuyo pie un ánima en pena solía aparecer, tiene lugar la última escena de *Las alegres comadres de Windsor*. Las comadres dan cita al viejo trucha de sir John Falstaff. Una luz suave de luna primaveral filtra al través del espeso follaje del gran roble. Allí, cuando menos lo piensa, le sorprende una alegre mascarada de ninfas, sátiros y hadas. Bailan en su torno, iluminando diabólicamente con antorchas el rostro del galán empedernido, á pesar de su avanzada edad.

En los tiempos galantes de Enrique VIII, ¡cuántas escenas trágicamente románticas presenciaron estos hoy plácidos parterres!

¡Qué no habré gozado siendo niño en este parque divinal! Dos veces al día paseábamos por él con la institutriz.

Á medio kilómetro de casa se erguía majestuoso el castillo real, imagen viva del pasado caballeresco.

## XI

En un vallecito sagrado, en clima dulce y sereno...

## THE LITTLE BLUE BELL

*In a blessed little valley  
in a sweet and peaceful clime  
there grew a little blue bell,  
untouched by the wind of time.*

*It loved the trees in the valley,  
and the clouds in the sky above.  
Yet had no fragrance nor beauty,  
its only, wisdom was love.*

*And only the trees in the valley  
heard its melodious chime.  
It passed in a dream to heaven  
untouched by the wind of time.*

EMILICH SCHEIDER.

Winter, 1888.

## LA CAMPÁNULA

En un vallecito sagrado,  
en clima dulce y sereno,  
crecía pequeña campánula  
del tiempo respetada.

Del valle amaba los árboles  
y las nubes del azur.  
Fragancia ni beldad tenía,  
era amor su único saber.

Y sólo del valle los árboles  
oían su melódico cantar.  
Al cielo subió en un sueño,  
sin tocarla del tiempo la racha.

La alegría de mis padres por vivir en Windsor era tan grande, que determinaron residir allí siempre.

El año siguiente volvimos y nos quedamos mientras permanecemos en Inglaterra.

Mi padre tomó la singular resolución de colocarme en su oficina. Los empleados eran griegos y poco conocían el inglés. Iba á actuar como intérprete. Con este motivo me vestí de hombre. Mi sueldo semanal era de doce chelines. Á las ocho de la mañana salía de casa y tomaba el ómnibus, que me conducía á la City. Una hora después me hallaba en la oficina, situada en Throughmorton Street, á algunos pasos del Banco de Inglaterra. El tráfico y el gentío son en ese punto enormes. Llevaba conmigo, en misteriosa cartera amarilla, el lunch. Á veces iba á los *Lockharts Cocoa Rooms*, donde por tres ó cuatro peniques comía un par de huevos con pan, cocoa aguachenta y manteca. En ese tiempo era la economía andando, cualidad perdida, entre otras muchas, con el correr del tiempo.

El gerente de la oficina gustaba mucho de la cerveza; explotando mi bondad é inocencia, me mandaba casi diariamente á buscarle un litro. Os aseguro, lector, que se necesitaba paciencia para hacerlo. No es del todo agradable transitar—por calles angostas y tortuosas, donde van y vienen miles de personas—con una jarra de cristal.

Había días obscurísimos, especialmente durante Noviembre. Desde la mañanita se encendía el gas. Era el célebre *fog*, que da un aspecto tan lúgubre á Londres.

Por semejantes días ¡cuán tranquilo y sublime aparece el propio hogar! Después de atravesar todo el bullicio del babilónico Londres, luego de haber trabajado, me deleitaba en volver á casa, donde me aguardaba un fuerte abrazo de mamá, una buena taza de té con pan, manteca y dulce, y al fin de todo ello, mi teatro bien amado. ¡Reposo y serenidad, amor y tranquilidad, ensueño y adoración amorosa, todo cabía en el corazón juvenil!

En lo más alto de la casa se encontraba el cuarto de juguetes, alumbrado por una gran chimenea; allí, lejos de los padres y del servicio, jugábamos á *gran couer*.

Lo recuerdo, ¡y qué bien lo recuerdo! mi teatro idolatrado. Ensueño, mundo mejor, esplendor de la imaginación, fantaseo, inventiva: él era la fuente de mis goces superiores. Cosa alguna del mundo externo solicitábame cuando representaba una pieza ante los otros hermanitos encantados.

Mi corazón estaba en paz, como el caballero Guidaelli en su sarcófago de piedra; el éxtasis iluminaba mis ojos. Era absolutamente feliz con los mudos personajes de los cuentos míos. Por ellos, siquiera por un breve instante, pasaba el alma de un niño angelical.

*Deo illuminatio meo!*

En Grecia el niño hace vida de persona grande antes de serlo. Este desequilibrio mental origina grandes trastornos sociales más tarde. En Inglaterra ocurre todo lo contrario: los niños forman un mundo aparte, creado para ellos con toda delicadeza. Esa edad bella, ingenua, de dulce alegría, se desliza suavemente, jugando, corriendo, paseando y lle vando ante todo vida metódica.

Á las ocho de la noche la institutriz, miss Case, me daba algunas lecciones de dictado, lectura, historia y geografía. ¡Cuánto la queríamos! Era nuestra mejor amiga: nos instruía y educaba. Sólo salió de casa para casarse.

Todo los sábados iba al teatro en compañía del mucamo ó el lacayo. Así vi á *Ricardo III*, *Julio César*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Wealth*, *The Dancing Girl*, de Arthur Jones, *Gringoire*, de Theodore de Banville, *Masks and Faces*, *Claudian* é innumerables pantomimas. El entusiasmo por el teatro era alimentado además por una publicación teatral que recibía semanalmente (1).

---

(1) *The Stage*, periódico para los profesionales del teatro.

¡Oh mi bella infancia! ¡Oh ingenua y tranquila alegría, cuánto te echo de menos! Ya no es más aquel círculo de amigos valiente con corazones de oro, de inalterable buen humor, triunfador de todos los males de la vida con gracia impecable.

## XII

Navidad: «Lux eterna lucet...»

*Serene I feld my hands and wait  
nor care for wind, por tide, nor sea;  
i have no more' gainst time or fate,  
for, lo! my own shall come to me.*

JOHN BURROUGHS.

Cruzado de brazos, aguardo tranquilo;  
no me asusta el viento ni me impone el mar.  
Miro indiferente el hado y el tiempo.  
Aquello que es mío, ¡sabedlo! vendrá.

¡Navidad llegó! La festejamos espléndidamente. Mamá ponía siempre todo su empeño en solemnizar esta festividad grande, simpática entre todas. Esta fiesta aquí desempeña el rol de la tragedia helena: sirve para purificar el ánimo, turbado por el torbellino del vivir. Es la celebración de los goces santos, puros y tranquilos del hogar. El pueblo inglés entero se conmueve para festejar el na-

cimiento de Jesús. Bailes, comidas, reuniones se suceden sin interrupción durante el áureo mes de Diciembre, último del año, primero en el corazón de los ingleses.

La Navidad del año 1889 vivirá en mí como uno de los recuerdos más excelsos. La nieve, que había caído á grandes copos la noche anterior, vestía de traje inmaculado á la ciclópea ciudad. Las campanas resonaban alegres para recordar al hombre el día en que por vez primera, en la historia del mundo, se entonaron *hossannas* á los hombres de buena voluntad.

*¡Gloria in excelsis Deil* ¡Paz á los humildes!

Despertéme tempranito, lo recuerdo deliciosamente, en mi blando lecho, y vi juguetes por doquier; alguien me bendecía. De un pequeño árbol de Navidad irradiaban estrellas de Belén y velitas multicolores. Sentéme cerca del fuego, suave y caliente, para examinar alguno de los objetos. Hinquéme y posé la mejilla casi húmeda sobre la almohada. Rogué á Jesús. Estaba seguro de que allá arriba se sonreía conmigo. Mis ideas y emociones se tranquilizaron: la presencia de Emanuel llenaba todo el cuarto de su paz, bendición, armonía...

El interior de las casas se adorna con *holly* y *mistletoe*, plantas trepadoras invernales. Así lo estaba nuestro feliz hogar.

Al pie de cada cama los hermanitos hallaron juguetes escogidos delicadamente por mamá. Y

como si esto no fuera suficiente, el cuarto de fumar y el de billar estaban atestados de los juguetes más variados. Antes del desayuno penetramos en este palacio de juguetes.

Ese día, al volver de misa, comimos todos juntos. Había castañas asadas, pavo y el tradicional *plum-pudding*, que se presenta ardiendo á la mesa. Al llegar al postre, nuestros corazoncitos no pudieron contenerse más: prorrumpimos en vivas. Papá exigió un pequeño brindis de cada uno de nosotros alusivo al ideal día. El fuego ardía á grandes llamaradas en la chimenea, dando aspectos fantásticos á la estancia. En medio de este confort y de esta felicidad moral, sentíamos emociones indelebles.

*«Home—its perfect trust and truth, its simple hofineess, its exquisite happiness, being to the world what conscience is to the homan mind.» (The Caxtons por Bulwer Lytton.)*

«El hogar, su confianza perfecta y verdad, su sencilla santidad, su felicidad exquisita, es al mundo lo que la conciencia representa para la mente humana.»

Cuando uno se mueve en semejante ambiente, el alma crece serena y libre, construyéndose un mundo interno que la llena por completo.

*O somma luce, che tanto ti liesoe  
dá concetti mortali; alla mia mente  
ripresta un poco di quel che parevi.*

---



*E fa la lingua mia tanto possente,  
che una favilla sol de la tua gloria  
possa lasciare alla futura gente.*

(*Il Paradiso*, canto 33.)

Escenas como estas me volvieron un apasionado de la familia y del hogar. Debido á ellas, fué que dedicara el primer libro á los padres en testimonio de la admiración sugerida por sus vidas nobles, sencillas y puras.

Arreglé un nacimiento con papel de embalaje marrón: hice una gruta y colinas por donde bajaban los pastores con sus manadas á adorar al nuevo soberano. El todo fué salpicado de harina para figurar la nieve.

Lamparitas de aceite y bujías coloreadas fueron encendidas ante el niño Jesús en la actitud de atraer el mundo á su abrazo. Antes de acostarnos rezamos el rosario, rindiendo así pleito homenaje al rey de los reyes...

Al día siguiente fuimos á una tertulia infantil dada por un riquísimo diplomático español, el marqués de L... Su casa era regia. Á las cuatro comenzó la fiesta. En un real salón aparecía levantado el árbol de Navidad: un pino colosal. En derredor paseábanse multitud de niños dichosos. ¡Qué lejano de nosotros estaba el cuadro descrito por Hans Anderson en su cuento de *La vendedora de fósforos*!

Después de la repartición de juguetes se bailó

y luego bajamos en parejas al comedor, donde había tendida una cena espléndida.

Tres días más tarde asistimos á otro baile infantil en casa de un opulento banquero, sir Joseph Anderson. La casa de este Creso era palaciega, de estilo Renacimiento. El marmóreo *hall* lucía gobelinos. Escalinata con baranda de bronce y acero, entrelazados en dibujos heráldicos, conducía á los salones. Aquí se bailó. Durante los intervalos, la niña mayor, acompañada de su hermanito, danzaron la jota y luego la *pavane* y la *gavote*.

. . . . .

### XIII

Tres años han pasado...

#### EPITAFIO DE UN NIÑO

(Del inglés, de Thomas William Parsons, traducido libremente)

Pequeña simiente de vida y amor,  
prestada á nos por un día,  
llegó como una bendición del cielo  
cual ensueño pasó á mejor vida.

—

Cuando ocultamos bajo la tierra,  
la mies que era nuestra,

sentimos el entierro, mero nacer,  
de flores y almas.

Aun nos queda la bendición,  
por más que el dador pasó:  
¡Dios querido! tu senda tan áspera,  
al fin, aprendemos á amar.

Pero el ensueño, se esfumó bien pronto:  
todavía consuelo nos presta:  
lo que fué ensueño, ahora es nuestro credo,  
el amado aun vive.

Tres años han pasado. No tengo ni vaga idea de mis acciones durante ese tiempo. Hechos perdidos para siempre. Un suceso luctuoso ocurrió en Diciembre del último de los tres años. El penúltimo de mis hermanitos murió. Era niño hermosísimo: cabeza grande cubierta de rizada cabellera; frente despejada; todos le querían por ser muy simpático.

Se enfermó de pronto; su mal duró cinco penosos días. Pocos momentos después de volver yo del colegio, expiró dulcemente. Sobrecogido por la inquietud en que todos se hallaban, presentí el peligro inminente que nos amenazaba. Recé fervorosamente para que Dios nos le salvara. Drizas al viento fueron mis preces. Un grito desgarrador me volvió en sí del arrobamiento religioso: era la voz dolorida de mi madre, á quien bajaban de la estancia mortuoria. Cuatro personas sostenían su cuerpo herido por la más honda de las penas imaginables.

El médico, para distraer la atención, mandó deshacer la cama donde yacía un ángel. De nada valió su estratagema; mi madre regresó al cuarto y por nada quiso dejar su puesto de vigilante. ¡Qué vigía avizor es una madre de la débil embarcación que primero construye y luego abandona en el mar del mundo!

No sé lo que aconteció después: me enviaron á casa de mi madrina por dos semanas, en tanto renacía la calma en el hogar. Papá estaba ausente en los Estados Unidos.

Así en la vida se despiden

...quienes juntos jugaron  
bajo el mismo árbol verde;  
cuyas voces unidas en el rezo,  
se agruparon derredor la rodilla materna.

. . . . .  
¡Ay! del amor si fueras aquí bajo lo único (1).  
. . . . .

Este triste recuerdo se asocia en mi mente con la muerte del heredero presunto á la corona británica, el duque de Clarence, gallardo joven hacia el cual, sin saber por qué, tenía mucha simpatía.

Condujeron sus despojos á la capilla de San Jorge, en Windsor. Es la capilla de la antigua «Orden de la Liga». En este joyel del gótico inglés,

---

(1) Versos del inglés, de la poetisa Felicia Hemans.—(*Nota del traductor.*)

descansa en la vecindad de otros ilustres miembros de la augusta fraternidad.

Cuando quiero pensar en un sitio ideal para adorar á Dios, insensiblemente esta imagen flota en la memoria. Recuerdo los hermosos pilares de la nave irguiéndose hasta el techo esmaltado de ricos adornos estilo Tudor. Fronde, el historiador de este pueblo tan admirable, ha trazado una obra magistral sobre esta blanca capilla—á la sombra de los bastidores de Windsor—en que barrunta nada hace revivir tan bien al pasado como estas tumbas, estas efigies blancas y negruzcas de reyes y reinas, caballeros y castellanos, durmiendo sobre artístico lecho, las manos sobre el pecho, la espada envainada.

En muchas otras partes del continente pueden contemplarse monumentos parecidos, mas en parte alguna se respira el ambiente de veneración que aquí. Sólo en Inglaterra es dable decir lo que un fino poeta, Emilio Deschamps, dijera de Mad. de Recamier:

*«Elle n'es pas vieille, elle est jeune depuis long-temps.»*

Aquí sentímonos, por así decirlo, cabe el corazón del tiempo. Rememoro haber experimentado algo semejante en la abadía de Batalha, Portugal, monumento grandioso y que parece haber salido ayer del cerebro de un arquitecto genial. Pero ¡qué diferencia! por un mal entendido jacobinismo, el templo está desecrado; ninguna vida meditabunda

circula por el alba nave que uno figura quisiera perderse en el firmamento. Los antiguos monarcas de Portugal con sus consortes descansan aquí en paz, mas su nombre no vive para siempre en el corazón de un pueblo (2).

Volvamos al malogrado príncipe. Fuera del recinto de la larga capilla, donde pudiera situarse la sacristía, han levantado el monumento que representa al príncipe, como sus venerables abuelos, en hábito de caballero, rígido sobre un túmulo de mármol obscuro. Un ángel «con gesto de indescriptible ternura, le tiende una corona hecha con las torres de las numerosas ciudades, corona que no debía llevar jamás...»

Por alargadas ventanas coloreadas, penetra la luz delicadamente tamizada; más abajo se encuentran dibujadas en alto relieve las divisas de los caballeros de la Orden de la Liga. Adentro de toda esta belleza, la santidad; fuera, las almenas del castillo.

En templos como éste: Santa María, en Oxford; King's Chapel, en Cambridge; la capilla de Enrique VII, el espíritu del hombre más culto se eleva á Dios con el gesto fácil con que un niño corre al regazo de una madre. Una fuerza misteriosa, vencedora de todo—duda, pecado, soberbia—, conduce á la comunión con lo invisible.

---

(2) Parece una profecía de lo que había de acontecer en Portugal en 1911 con el destierro de los Braganza.

¡Santa, noble Iglesia establecida de Inglaterra! De las sectas ritualistas, la más perfecta; del catolicismo, la forma cultural más lógica. Donde la religión católica no ha sufrido una reforma como en Inglaterra, el pasado no es tenido en cuenta. Del fanatismo medioeval, se ha pasado al fanatismo del liberalismo más grosero. Por él se nos quiere divorciar con nuestra historia, tradiciones y el arte.

No existe mayor peligro para un pueblo como para un individuo que embarcase en el ateísmo y el jacobinismo político, sin mediar una serie de reformas evolutivas: Toda la decadencia latina se explica por ahí. Los pueblos germanos y escandinavos han arribado al progreso moderno por etapas sucesivas, sostenidas por una serie de cambios morales.

El precio de ejercicios metafísicos son, en el orden social, la guerra de Treinta Años, la Revolución francesa, el terror blanco, la Comuna, el anarquismo en acción. Los países mejor gobernados hoy día son realmente las monarquías. Dudo haya un país mejor regido que Noruega, Dinamarca, Inglaterra ó Bélgica. En este último, sobre todo, las fuerzas sociales se controlorean á maravillas: por un lado la Iglesia conservadora; por otro el socialismo, dividen la opinión pública. El resultado de ello es un tercer producto: *in medium veritas*. En el gobierno republicano existe siempre la tendencia á excluir la opinión contraria é ignorarla por

completo. ¿Con qué resultado? Un socialismo de Estado, laico, nivelador de conciencias, fortunas, de cuanto ha sido y es la grandeza humana: la diferenciación. Lejos de mí el retorno al antiguo régimen ó al clericalismo sin valía.

Respeto á la religión como una fuerza social que satisface una necesidad en la mayoría de los seres. Como tal el Estado ha de acatarla y tenerla en cuenta para sus propios fines. La Iglesia libre dentro del Estado libre fuera la fórmula mejor. El catolicismo abandonado á sus propios recursos ó compitiendo con otros credos sólo puede constituir una fuerza civilizadora. Ahora bien; como Iglesia única y de Estado, vuélvese pronto despótica é intolerable. La funesta tendencia de la República francesa de proceder á saltos está minando el poder y grandeza de ese pueblo, entre todos simpático é inteligente.

¿Por qué, buen Dios, no amar entrañablemente nuestro pasado, el sufrir de nuestros padres, sus vicisitudes, en las cuales apreciamos la majestad del esfuerzo humano? El arte es el que más sufre bajo este vandalismo.

Los grandes monumentos, en vez de servir el fin para el cual fueron creados, mal ó bien, se destinan á museos, cementerios de lo hermoso. La superioridad de la institución monárquica, ya se trate del Papado, imperio ó reino, consiste en nunca perderse de vista el vínculo del presente con el pasado.



Su fundamento es más lógico que el de la república, por ir del centro á la periferia, de lo más á lo menos. El gobierno á base del sufragio universal, procede en realidad de la fuerza bruta del número. La fuerza intelectual es sólo un valor real y fuerza social.

«Lo único verdaderamente útil es lo superfluo», ha dicho el pintor Giovanni Segantini, después de otros muchos pensadores.

En último análisis, la civilización es producto refinado, espiritual, invisible al ojo físico; se resuelve en un bienestar moral y mental que templala vida y acrecienta nuestra semejanza á Dios. Una monarquía liberal, una república aristocrática como Venecia, cual no otra democracia actual, favorecen este estado de cosas. La monarquía vive tutelando las grandes tradiciones sociales; la república, destruyéndolas. La vida interior, planta cada vez más rala, sólo prospera en el individualismo y tiende á desaparecer con el sistema igualitario.

¡Oh alucinante refrigerio que viene de adentro, indiferencia por cuanto es parcial y relativo, beatitud compuesta de deliquios intelectuales y morales! Y aquí rememoro un hecho sugestivo de la vida de los grandes pintores: sus mejores retratos fueron pinturas de desconocidos. En estos caprichos han fijado los clarores de su mente. ¿No fuera que estas representaciones resumían su vida interior, impregnada de infinitas posibilidades ocultas celosamente al vulgo?

Para el artista su arte es la puerta de escape á las imposiciones de una sensibilidad exagerada.

En la república se piensa más en superar á los demás que á sí mismo. La vida es algo por los goces intelectuales, por el arte, por ciertos refinamientos sólo concebibles por selección y de poder formarse en aristocracias. No se ha podido nunca sustraer al magnetismo de la personalidad.

Las mejores repúblicas han sido monarquías sin la corona hereditaria; los mejores reinos, repúblicas coronadas. Guillermo Ferrero, pensador tan original como sugerente, cuya imparcialidad es insospechable, en artículo sobre Sydney Sonino explica con serenidad de juicio, rara hoy día, el rol de la aristocracia en el gobierno (1).

---

(1) Hemos buscado en vano dónde pueda encontrarse este artículo, que apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, hace algunos años. Como Eroll no conocía español, mal puede haberlo leído.—(N. del E. A. N. F.)

## XIV

## Como no quiero ser ajeno...

En la desierta orilla de unas playas remotas  
se alza una vieja torre de almenas seculares;  
su alma es íntima amiga del alma de los mares,  
de quien conoce á fondo las tragedias ignotas.

Ha escuchado querellas é idílicos cantares,  
sabe mil episodios sobre las barcas rotas,  
el cielo, las arenas, las libres gaviotas  
y los maravillosos poemas estelares.

En las noches de luna todos los pescadores  
y las pescadorcitas de los alrededores  
junto á la vieja torre suelen plantar sus tiendas.

Como á una vieja abuela que ha visto muchas cosas,  
la miran con sus largas pupilas silenciosas,  
mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

Como no quiero ser ajeno á cuanto sea humano  
en mis juicios, he deseado recoger datos sobre la  
América latina acerca de este problema. He visto  
confirmadas estas ideas allí también.

La república, monarquía electiva, por lo que  
he podido colegir, no ha dado mejores resultados  
que en Francia ó en los Estados Unidos. Á pesar  
del tono académico de sus parlamentos y la belleza  
literaria de las constituciones, me parece seguir

los pasos de las republiquetas del Medio Evo. El mismo recurso á las armas, á la mentira, á la astucia, al compadrazgo, para sostenerse en las alturas. En su gran mayoría, esos países están en su faz medioeval; ningún desarrollo artístico ó mental redime lo crudo y apático de su civilización. El españolismo ó el lusitanismo que pudiéramos estelar mejor con un solo vocablo, peninsularismo, son moldes difíciles de romper. Las revoluciones casi diarias otrora, hoy ya menos frecuentes, sólo significan que, como por la época feudal, el único medio de hacerse justicia es recurrir á la fuerza armada. La rotación de los partidos, que en último término se reduce al flujo de la acción y reacción, movimientos tan eternos como los principios cósmicos, sólo pueden garantizar el progreso político de un país. Cuando se suprimen la rivalidad, el estímulo de la lucha, la tiranía avanza sin ambages.

En el comercio esto se apellida *trust*; en política *dictadura*.

La Iglesia, sin control, termina en un sistema que á la Inquisición se avecina por el colorido sombrío y rígido; el Estado en las mismas condiciones, es la autocracia rusa.

Donde sólo una tendencia impera, tenemos pandemóniums políticos como en Venezuela, bajo Castro, ó cual en la turbulenta Centro América, donde uno de los tiranuelos, cuyas crueldades recuerdan cuentos de Boccacio, quiere hacer desvanecer

todo rastro de la mano férrea elevando templos á Minerva.

Acaso anhela emular á los últimos Médicis. ¿No cabe duda? que á las virtudes inspiradas por la religión ó la política, como medios de dominio, se mezclan siempre á manera de alianza impura: la avaricia, el egoísmo, el deseo de exhibirse, la simulación del talento y la pasión del mando.

Toda medida tendente á suprimir cualquier facultad humana, es suicida. La implantación del socialismo paralizaría de golpe la civilización progresiva...

Hay medios, la muerte, el asesinato, el patíbulo, el tribunal de la justicia, para suprimir á un déspota; pero ¿qué remedio existe contra la tiranía de las masas? Ninguno, sino la resignación. Es entonces cuando surge, como medio de salvación, un Julio César ó un Napoleón I.

La separación de la Iglesia y del Estado fuera una gran conquista política; pero lo que no lo es ni será, es la supresión del sentimiento religioso organizado.

Para miles de seres humanos, aun constituye un medio irrevocable de expresar lo más alto y hondo de sus almas: ¿á qué desconocerlo? Con campañas funestísimas como la emprendida por Francia contra las organizaciones católicas, el Estado ha dado rudos golpes á sus industrias, y ¿para qué decirlo? á su arte. Los liquidadores de los bienes eclesiásticos han reproducido la rapacidad de mu-

chos príncipes durante la Reforma y los cortesanos de Enrique VIII, cuando se distribuían entre sí abadías y conventos.

Pocas personas, ya lo ha escrito Ernesto Renán, tienen el derecho de no creer en el cristianismo.

Algunos al leer estas reflexiones podrán imaginarse desprecio por la muchedumbre.

Á juzgar por el éxito, que acompaña el ejercicio del poder en los países monárquicos, reconocemos por fuerza que tiene de su parte alguna superioridad.

La fuerza de esos gobiernos reside en su sentido evolutivo y el respeto al pasado. En la república se tiende á desconocer esos elementos. Se exige á todos los hombres servir al Estado de la misma suerte. Goethe, acusado de desinteresarse de la patria, contestó altivo:

«No podemos servirla todos de la misma suerte.

»Me atrevo á decir que en las obras cuya tarea me ha prescrito la Naturaleza, mis esfuerzos, mis investigaciones, mi actividad, han sido realizadas con absoluta conciencia.

»Si cada uno pudiera decir otro tanto de sí, eso vendría á ser provechoso para todos.»

He aquí un desmentido á las pretensiones del socialismo y una protesta contra el jacobinismo.

Taine, ese segundo Goethe, se justifica de ataques parecidos en estas palabras:

«No podemos servir todos á la humanidad del mismo modo; ved la senda que siguen Marco Aure-

lio, Spinoza, Goethe. Está bien aceptemos las leyes de la Naturaleza. Pero, contrariarla, exaltarla, es sólo un magnífico adiestramiento.»

Ved á España tal como la describe un novel viajero, inteligente y artista (1):

«Visitar un templo en el centro de Europa, es lo mismo que visitar un salón; recorrer una ruina en Francia, es igual que parar junto á un museo muy limpio y ordenado: pero en España, las catedrales, los castillos, las ruinas se ofrecen en todo su sabor bárbaro, desordenado y castizo.

»Una catedral como la de Toledo es un mundo de emoción; está viviendo con una vida arcaica y remota. Una ciudad como Toledo ó Segovia es una cantera de datos, de vida sincera, de antigüedad viva y latente. Las ruinas conservan su polvo de siglos, las piedras rezuman humedad tradicional, los claustros mantienen su atmósfera de otras edades, las casas tienen hoy todavía el olor familiar que tenían hace cuatro centurias. Y por las calles y los caminos se ven gentes de un sabor viejo, mendigos del tiempo de Torquemada, frailes de la época de Felipe II, chulos y majas que parecen haber descendido de los lienzos de Goya. Los dichos, las posturas, el pintoresco y paradójico de la vida ambiente, hacen de España la patria de la originalidad. Es, sin disputa, uno de los países más originales de Europa, el de más sabor literario. Y

---

(1) Ricardo Rojas, escritor argentino.

si entramos en el museo del Prado, allí os detendrá á la puerta un escalofrío de emoción. *Lo más bello y firme de Velázquez, lo más intenso de Goya, lo más triste de Ribera, los retratos más alucinadores de Greco están en aquellas salas, en cuyo ámbito el espíritu se siente embargado por una sensación casi religiosa...*»

El respeto por el pasado produce este milagro. En Inglaterra, Bélgica ó Alemania, ¿para qué repetirlo? el pasado no se conserva solitario ó abandonado en sus palacios, catedrales y castillos, palpita en el presente.

Francia y los países que le siguen de cerca se empeñan en desligarse de cuanto les hizo grandes. ¡Qué verbalismo, cuánta puerilidad, cuánta agitación vacía en ese esfuerzo infecundo! Los lectores de Taine se convencerán, como él, de los peligros del método lógico en política. Waterlóo primero, Sedán cincuenta y tres años después, fueron el precio de la metafísica de la Revolución. Todo río desbordado vuelve á su cauce, no sin causar graves perjuicios.

Á estas reflexiones deberán acudir los que pretenden gobernarse á sí mismos ó á los demás.

Una atmósfera de atracción y de poesía medioeval desenvolvieron mi mentalidad. El estado caótico y las relaciones políticas, tan bajas como inestables, que he observado en las repúblicas, me conducen á buscar la luz más bien en la evolución que en la revolución. Mi concepción de la política



llamada progresiva está teñida de melancolía y hasta de desprecio por una libertad que sólo lo es de nombre. La tendencia intelectualista llévame á crear con todos los sueños de las grandes almas un gobierno ideal, de cuya belleza amo embriagar el espíritu para perder de vista lo feo y lo sensual:

*A couvrir de beauté la misère du monde (1).*

En la etapa actual de mi evolución mental percibo sólo á Dios al través de lo bello. No le evoca el perfume de la flor, sino la flor misma, bella, fina, con sus caprichosos contornos y fastuoso esplendor.

Me exalta el esfuerzo humano en el arte, por dos motivos: el uno se me antoja un medio de acercarse á Dios; el otro, manifestación indirecta de lo divino. ¿No somos, acaso, hechos á su imagen y semejanza?

La Grecia amada, para su íntima felicidad, se conserva monárquica. Gobierno alguno le conviene mejor. Dada nuestra modalidad altiva y penderciera, la República, donde todo se compra en subasta pública, acabaría con nuestra independencia. Desde el milagro griego nuestro pueblo se acostumbró á una igualdad que proviene de la virtud del alma griega: «*La foi dans l'intelligence humaine qui, sans cesse, refrachit l'esperance et entretient l'humeur égale.*» La presidencia sería el blanco

---

(1) Frase de Jean Moreas.

de todas las ambiciones y encendería luchas de las más estériles en una población donde se fía demasiado en los recursos del ingenio. Ulises aun no ha muerto. Hay cierta invencible dignidad en nuestros paisanos, procedente sin duda de la independencia de su carácter frente á los despotismos que han dividido el reino y también las ruinas magníficas que por doquier atestiguan el luminoso pasado.

*Iles de la Grèce! Iles de la Grèce,  
où la brûlant Sapho aima et chanta,  
où poussèrent les arts de la guerre et de la paix,  
qui vites surgir Délos et jaillir Apollon!  
Un éternel été vous doce toujours,  
mais, tout, excepté votre soleil, est mort (1).*

La situación de los pueblos que no aman su pasado se me figura como una estatua de Saint-Gaudens, en el Rock Creeck Cementary de WASHINGTON (E. U.) Fué levantada á alguien cuya vida y muerte son desconocidas. Hay muchas conjeturas al respecto, pero nadie posee el fascinante secreto.

¿Quién es ella? ¿el saber, la paz eterna, el silencio, la religión, la filosofía, el arte, nirvana, la muerte, el éxtasis? Escondida entre el follaje, está

---

(1) Estrofa de Jean Moreas, compatriota de Erroll y á quien tuvo por amigo los últimos años de su vida pasados en París.

sentada frente á un césped; detrás, un zócalo de mármol y un banco, donde la extraña aparición espera. Ningún ruido mundanal se allega á esta isla del absoluto reposo y del renunciamiento. Admirase el arte de este monumento tan original, mas el corazón no se siente tranquilo.

Quisiéramos huir de allí para refrigerarnos en alguna visión de terneza y amor. Bruscamente buscamos el sol ó rememoramos con solaz la figura del Cristo en el pórtico de la catedral de Amiens, en la patética actitud de llamarnos hacia él. También Cristo es de los que esperan, mas aunque no le comprendamos enteramente, le podemos querer á la par del Padre que está en los cielos. Sólo es posible mirarle con la luz del éxtasis en los ojos.

*Ne dites pas: la vie est un joyeux festin:  
ou c'est d'un esprit sot ou c'est d'une ame basse  
surtout ne dites point: elle est madeur sans fin  
c'est d'un mauvais courage et qui trop tôt se lane  
riez comme au printemps s'agiten les rameaux  
pleurez comme la bisse ou le flot sur la grève.  
Goûtez tous les plaisirs et souffrez tou des maux  
et dites: c'est beaucoup et c'es l'ombre d'un rêve (1).*

---

(1) Amedee Bristh, *La Jeune Thènes une démocratie en Orient.*

## XV

## Al comenzar el verano...

El año entrante, al comenzar el verano, nos fuimos para Windsor. Alquilamos una casa sencilla, pero hermosísima. Allí sólo se podía ser feliz. No faltando el trabajo remunerativo, tormenta alguna podía destruir aquel felicísimo nido.

Hoy que lo recuerdo concibo toda la grandeza de la vida inglesa. En despertándose en mí las mil reminiscencias de una existencia dichosa, oigo las voces interiores:

Duerme tu último sueño,  
lejos del cuidado y de las penas;  
reposa donde nadie llora  
hasta la eterna mañana (1).

La casa, de tres pisos y sótano, estaba rodeada de un jardín con verdísimo prado, donde se jugaba al *lawn-tennis*. Amueblada con gusto, el interior ofrecía un aspecto confortable y bello. ¡Hogar alguno como el inglés invita tanto a la poesía y la majestad de la vida!

---

(1) Versos de un himno favorito de la reina Victoria de Inglaterra.

Mármoles no faltaban: teníamos estatuas de Antinoë, de Narciso y Mercurio «sentado sobre una colina que besa el cielo» (1).

La ventana de mi cuarto, semiocultada por artísticas colgaduras, tenía vista hacia el jardín y el parque real.

Presentaba esa disposición de estudiado *comfort* y arte tan salientes en las habitaciones de ingleses. Sobre la repisa de la chimenea, indispensable en toda habitación, había fotografías, objetos raros, de fantasía y figuras iluminadas.

Encima de la mesa de luz, un librito de oraciones.

Eran ruegos sencillos como para labios é inocentes corazones.

En toda estación era alegre aquel cuarto y yo feliz en él. En verano los áureos rayos del sol lo entibiaban y alumbraban después de pasar por el albo cortinado. En invierno gris penetraba la luz, y conjuntamente con la llama bermeja del fuego, lo inundaban de luz.

Es placer vivir en una habitación que sugiere poesía. Psicológicamente influyen sobre nosotros los objetos que acostumbramos á ver todos los días.

¿Qué hay en bibelots como una estatuita de Goethe, un jarrón pompeyano, un busto de Narciso, una cabeza de Cristo, un candelabro cincelado

---

(1) Expresión de Byron.

para volvernos tan felices y tan lejanos de este vasto mundo?

Hoy más que en otra época de la sociedad, el hombre busca un marco noble á sus actividades. No nos contentamos como nuestros antepasados con amplias salas de un decorado ordenado cual un batallón. La vida ya no es más que una parada ó una milicia tiesa. Atribuimos una importancia grande al *interior* del hombre célebre; espiamos los refinamientos de que se rodea para apreciar lo más recóndito de su alma.

Balzac, en su pasmosa clarividencia, nos ha enseñado cómo la personalidad humana trasciende á las cosas del ambiente. Volvemos al ideal de los holandeses: pintar al sujeto en su medio peculiar, circundado de los objetos familiares. Existen cuartos, poemas silenciosos, romances sin palabras que no necesitan espíritu alguno para anunciarlos espléndidamente. Un encanto maravilloso, un arte profundo de los matices, una significación expresiva, han guiado la elección de Alma Tadema, Wálter Gay, Lobre, Paul Thomas, J. E. Blanche, pintores de interiores, que como una página de historia ó biografía, resumen una época ó una vida.

¡Cuánta poesía en ese interior holandés pintado por Pieter Jansens! ¡Cuán feliz debió haber sido allí la modesta familia! El sol bate con furor el *parquet*, esparciendo agradable tibieza por la alta estancia con sus adornos severos é impecables.

Una mujer lee sentada en este interior inmacu-

lado; lebel elegante le guarda compañía, deleitado él también con este bienestar meticuloso. Á lo lejos, otro cuarto, apenas muestra su perspectiva serena y por los árboles que se bañan en el sol, adivínase el jardín ordenado.

¡Beato clima que con sus durezas é intemperancias ha contribuido á esa religión, madre de todas ellas: el hogar!

El hogar, el *home* será objeto de las más delicadas preocupaciones. Nuestro deber fundamental para con él, fuera idearlo como un nido de paz y consuelo. La palabra *hogar* tiene en inglés un sentido augusto, dulce, austero é intraducible; evoca cuanto la vida encierra de elevado y tierno.

Este vocablo sólo es comparable á las *saudades* del portugués ó el *Schnsucht* del alemán.

¡Oh dulces ensueños, venid á mecirme en una ráfaga deliciosa, á fin de olvidar el presente y no pensar en lo futuro! *Heiterkeit*, reposo, serenidad: *Algemeinheit*, generalidad, amplitud: era la divisa de nuestro hogar.

Si se me pidieran equivalencias para ella, me referiría al cuadro de Giorgione *El concierto* y en música á la composición de Grieg *In der Heimat*.

Armonía misteriosa, dulzura sobrehumana, felicidad incomparable por su fuerza, esplenden en el rostro del tocador. El monje que interrumpe su éxtasis, parece le remordiera el hacerlo. ¿Puede darse figuración más subjetiva de ese lejano infinito do imperan la paz y el amor?

El hogar, como un piano, vibrará al unísono del alma; las bellas manos sensitivas arrancarán la más ideal armonía jamás oída.

¡Cuántas realidades interiores en esas evocaciones!

La cuartología, á semejanza de la grafología, llegará á ser exponente del carácter.

Á estudiarse con ese fin mi interior, hubiéranse descubierto vistas positivas sobre la vida, firmeza en los proyectos, independencia en los actos, un amor muy intenso por lo divino en el hombre y el culto de Dios al través de las mejores manifestaciones de su producto más genial: la pareja humana.

El amor á la belleza es una de las más altas distinciones á que podemos aspirar en la vida.

El vivir en compañía de objetos hermosos ó sugestivos, obedecía á que el hogar, por contraposición al mundo externo, constituya mi horizonte.

El arte nos ayuda á espiritualizarnos, muestra á los ojos cansados ó miopes bellezas observadas por la visión clarividente. El arte es paz, armonía, consuelo, alegría, ventana abierta hacia épocas en que la humanidad fué más grande y bella. La tendencia del inglés á hacer del hogar un templo, originóse en que si ellos adoptan una idea filosófica, es para sacar provecho de ella. Los helenolatinos no adoptan seriamente ninguna: son discípulos de todos por algunos momentos.

La voluntad férrea y el carácter se fortifican



con esa manera de ser; la otra desenvuelve el gusto de la voluptuosidad. En general, se concede á las ideas el poder de distraer la imaginación desocupada.

## XVI

### Nuestra vida era tranquila

Nuestra vida era tranquila. Mi padre iba temprano al pueblo y no volvía hasta el anochecer. Mi madre, en su *boudoir*, cosía, leía, atendía á sus quehaceres domésticos ó nos instruía en el catecismo ó el francés. Yo había ingresado ya á un colegio. Mis hermanitos aprendían con una institutriz. Tenían su cuarto de estudios y otro para jugar. Cada cual poseía su escritorio y útiles.

El domingo, ese día de verdadero descanso en Inglaterra, á las diez y media nos encaminábamos á la iglesia.

Íbamos de dos en fondo, acompañados por mis padres. La iglesia era de estilo gótico, espaciosa, y su decorado interno severo. Junto á ella, estaba la casa del párroco, y á los fondos un colegio. El servicio á que asistíamos era cantado por señoritas y mozos. Los pocos soldados católicos de la guar-

nición hacían acto de presencia. Mi hermanito y yo ayudábamos como monaguillos.

¡Qué silencio, orden y devoción reinaban en el recinto sagrado!

La piedad se infiltraba en el alma sin sentir.

Vengo á Ti, Señor, inquieto y lleno de pecado. Acaso he vivido alejado de Ti, pero créeme, mi alma te ha deseado, ¡oh Dios mío!

Triste el vivir, á no ser por las horas que medítamos en Ti y en tu hogar. Perdona mi abandono, envíanos tu luz á fin de que se disipen las tinieblas y prepara el alma para hablar contigo.

Bendice los más cercanos á mi corazón. Déjalos buscarte, como yo te he buscado, al través del saber, el amor y el sacrificio. Está cerca nuestra.

Aumenta, ¡oh Dios! en nuestro psique el denuevo, la nobleza y el afecto leal.

En redor nuestro esparcen los abundosos deleites de lo bello, de la independencia y de la franqueza.

Depura nuestro entender á fin de admirar cada vez más las excelencias y las gracias en esta tierra bendita.

Renueva cada mañana, con la gloria del sol, la alegría, el buen talante y las satisfacciones serenas.

Mantiénenos consecuentes los amigos y á nosotros fervorosos en el culto de la amistad.

Danos el valor necesario para defender nues-

tras convicciones, el terruño que nos hospeda ó al amigo de la adversidad.

Aléjanos del ocio innoble, las habladurías, la sátira mezquina ó la envidia ponzoñosa.

Detén en nos el avance del orgullo, la crueldad, la arrogancia ó la mísera ingratitud.

Impera sobre el hablar nuestro; domeña los transportes de la ira y pon sobre nuestros yerros el santificante velo de tu gracia.—Amén.

La música religiosa, hermana de ese arrobamiento, acababa enhestando el alma é inteligencia. Ella vibraba en mí como cántico del coro invisible... Al salir, uno se sentía regenerado; amante de sus semejantes.

Toda esa penetrante magnificencia me ayudaba á penetrar el misterio profundo, en cuyo ambiente nos agitamos. Más allá de este trasunto, la paz existe, porque cuando todo se comprende, el espíritu conoce la calma.

¡Qué palabras podrían describir la felicidad que me invadía en ese entonces! Era el heredero de los videntes, con cuya esperanza el mundo ha avanzado. Mi pequeña alma se asemejaba á esos objetos sin importancia, envejecidos en la sombra, hasta que el sol los penetra de las espirales de su luz. Oía el himno angélico.

Cristo era para mí la gran ventana por cuya abertura contemplaba el mundo espiritual.

Vivir es sencillamente un momento divino, si amamos la belleza por sobre todas las cosas.

Poco importa lo que fuere: un libro, un cuadro, un jarrón de flores, la aristocracia melancólica de un paisaje universal, la hermosura de un ser distinguido: en todo hay motivos para amar á Dios.

La melodía compuesta en esa edad es la más espontánea, divina y simbólica. Nos alberga el mundo de la fe inmensa. Sóbranos el coraje para acometer las empresas más temerarias. La inspiración tumultuosa nos sacude; el mundo de la idealidad parece brotar por un conjuro sencillo de la región encantadora de los sueños.

¡Oh Dios, amemos la luz como las aves del aire, y como ellas, atesoremos libertad y alegría! ¡Permitenos alcanzaros al través de todos nuestros esfuerzos!

Amo el cuarto donde vivo, porque él conserva algo de la personalidad humana: allí se me encontraría como era, hijo de Dios, libre, franco y amante de la vida.

Cabe á este niño angélico aquel retrato de Tito Malema trazado con su habitual vigor por Jorge Elliot en *Rómola*.

«...Había sido dócil, flexible, ligero en la concepción, pronto para adquirir conocimientos: muchacho inteligente, hermoso mancebo de espléndido garbo, al parecer sin vicios, cual si la bella forma representase una vitalidad tan exquisitamente armoniosa y equilibrada que no pudiese conocer los deseos inquietantes, ningún desasosiego: era una presencia radiante...»

Maravilloso atractivo el de estas escenas de la infancia, imágenes risueñas que nos hablan como las estatuas, los cuadros, los objetos del pasado en un lenguaje de fuerza y poder. Son nuestro refugio, el mayor baluarte interior contra las tempestades del existir, el derrumbe de las ilusiones, las infidencias é infidelidades de los amigos, las guerras y los desastres políticos.

Los cuentos románticos del cronista de la peste florentina se agitan en mi mente. Después de describirla, el alma serena nos conduce floridamente á los alrededores boscosos de la urbe diezmada por el trágico flagelo. Si el hombre sufre, la Naturaleza sigue tranquila el curso de sus insaciados esplendores. La aurora y el crepúsculo no desmerecen en nada: su colorido, siempre el mismo, infunde eternamente la grandeza al cosmos.

Las mañanas son todas ellas de borat, y al caer de la noche espera el pincel de Millet.

Á una casa de campo se retira la bandada de jóvenes; «allí donde se oyen cantar los pajarillos se ven pequeños montecitos y verdean los llanos campos llenos de trigo, ondulando ni más ni menos como el mar...»

La compañía se decide á matar el tiempo agradablemente, se pasea por el jardín esmerado, cogiendo flores y cantando alegremente. Un banquete les aguarda, y en la dulzura de este reposo asoleado se dicen mutuamente todo lo bello de sus almas. En esa gran alcoba florida con horizontes tranqui-

los, donde reverbera la donosa influencia del cielo carúleo, se sabe de la precaria felicidad. Acaso sea ella tregua entre dos dolores, rosa entre dos espigas; mas ¿qué importa, si respiramos el aura de los campos y oímos el murmullo de las aguas corrientes?...

Reposo feliz, felicísimo, á orillas de la infancia. Nuestros padres quizá en esos mismos instantes temblaban por nosotros: el mundo peligraba. Éramos niños adorables, romanescos, adolescentes. ¡Á qué obra de arte podía comparársenos!...

¡Cuánto inspira en este mundo el dialogar con Dios en el silencio y soledad de nuestra alcoba!

Sensación comparable á los efectos deslumbrantes del subir una montaña, observando el paisaje cambiante y los valles desde las alturas. ¡Cuál nuestro sentir al llegar á la región de las nieves eternas, con el brillante sol y las fantásticas formas de la piedra, catedrales cubiertas de un sudario perpetuo! Emoción de excelsa libertad nos posee, sano optimismo nos eleva á la paz del alma y el concepto del vivir se forja tan bello que deseáramos morar siempre en la montaña... ¡La oración así también nos subyuga!

Podremos no ser victoriosos siempre, pero somos superiores á la maldad imperante, como lo fueron los mártires de los primeros tiempos. La grandeza, la excelsitud de la fe se comprenden por la fuerza incomparable que nos comunica. Con ella no somos hombres, sino hijos de Dios tal cual hubieron de

experimentarlo Adán y Eva, David y Jonatán, en su encantadora inocencia. Nuestros primeros padres la perdieron por ir en pos de la omnisciencia. Por su esfuerzo impropio se verían un día dueños de su destino, capitanes de su alma.

Prefiero dejarme llevar por la luz que no oscila al discernimiento humano...

El cura párroco era un gentleman, en toda la extensión del vocablo. Ello se notaba en su decir, en su apostura, en sus modales. Conocía el mundo. Simpático é instruido, poseía el don de la sociabilidad.

En su casa había todo el confort y elegancia deseables. Daba á menudo comidas de hombres solos.

Á casa venían todos los jóvenes á cenar. Apreciaba como pocos un buen habano y los excelentes vinos que le brindaba mi padre.

Su conversación no podía ser más interesante y amena; los sermones cortos, pero didácticos y elocuentes. Casi á diario recorría en bicicleta, á caballo ó sulky, las casas de los feligreses que necesitaban de su ayuda espiritual.

El colegio en esos *tempi felici* era el horizonte de los acontecimientos de mi vida. La primera preocupación de mis padres á mi respecto era verme bien colocado en uno de ellos.

Eran muy apegados al viejo proverbio «El varón debe estar fuera de casa.» Ello me recuerda el dicho de un Martín Fierro: «El varón ha nacido

para sufrir.» Con raras excepciones, el colegio fué para mí la escuela del sufrimiento, así como el hogar lo fué de goces y satisfacciones. Aborrezco los odios, las indelicadezas, las injusticias, que abundan en la vida colegial. Las personas harto delicadas por naturaleza ó consecuencias de una imaginación sensitiva al arte y á las bellezas del vivir, no hallan en la crudeza del ambiente escolar motivo alguno para estimularlas. Mi pasaje por Saint-Mark's College fué triste. No me llevaba bien con mis compañeros. Tenía para ellos tres defectos capitales: era ortodoxo, extranjero y gordo. Me llamaban *faty*, gordinflón. Un día me atacaron entre varios al salir del colegio. Me defendí, mejor de lo que hubiese supuesto, y haciendo gambetas logré escaparme de sus garras. Había un chico raquitico con cara de mono y gestos que no lo eran menos. No simpatizaba conmigo; no me podía ver sin chocarme y burlarse de mí.

Un día lo cacheteé de lo lindo, no sólo por insultos á mí, sino también á mis padres. Los inglesitos son muy peleadores; tienen las virtudes del *bull-dog*; de ahí procede su culto por la fuerza física.



## XVII

«Donne-la moi, que je la presse, vite sur mon cœur  
enflamme»

Por esta época éramos muy invitados á los bailes infantiles, que son tan frecuentes y hermosos en este país de los niños. En uno de ellos nació mi primer amor. La niña en cuestión se llamaba Gabriela, y estaba á pupila en un colegio, muy cerca de casa. La chica era preciosa: de fisonomía franca, fresca y sonrosada. Asemejábase en un todo á un cuadro de sir Joshua Reynolds. Sus grandes ojos azules me miraron con ternura. La veía á menudo; nunca llegué á hablarle.

Esta pasión ideal conmovió mis fibras más sensibles. Un amigo de papá, hombre de gran fortuna, habia venido con su hija de Constantinopla, á fin de hacerle olvidar cierto galán que la había trastornado. No consiguiendo su objeto, resolvió dejarla en casa al cuidado de mis padres. Excuso decir que me enamoré perdidamente de ella.

En este despertar prematuro del amor sentimental, entraba por mucho como factor casual el cariño inmenso que por mí tenía la institutriz. Me

exasperaba con besos y abrazos vehementes. Muchos niños así se inician en lo más vedado del amor. Á este trío pasional se agregaba una criada que era el tipo más acabado de la joven del bajo pueblo inglés. Aun me parece verla con sus grandes ojos azules que cambiaban por completo según las emociones. Se indignaba con facilidad, y la más señora de las señoras no afectaría más dignidad. Amaba con delirio los novelones que tanto abundan en Albión para ruina del servicio doméstico.

Junto á este sentimentalismo inofensivo se desarrolló un intento amor por la lectura. La historia, sobre todo, hacía mis delicias.

Deseaba conocer la historia de Francia. Para satisfacer mi anhelo, la buena de mi madre encargó una al subgerente de la casa de papá. Este buen hombre tuvo la peregrina idea de mandarme *Margarita de Valois*, del viejo Dumas. Su lectura me fué prohibida. En cuanto escondite había en la casa, la leí á ratos perdidos.

¡Cómo sabía cultivar la atención del lector este autor que deleitó á nuestros abuelos! Hoy se le prefiere á un Wells, talento dantesco, á Conan Doyle con sus interminables historias policiales.

Confieso cándidamente que entre los libros que más contribuyeron á mi despertar literario, fueron tres del moderno Le Sage. ¿Será acaso por haberlos leído en el primer mes de la primavera de mi

vida, cuando mi mente era fresca y mi sensibilidad más exquisita?

Fuera del colegio, mi gran tormento, aprendía dibujo y francés con mi madre, cuya educación había sido esmeradísima. Fué también ella quien me preparó para la primera comunión, cuando estuve en edad de hacerla.

Mi religiosidad aumentaba y se traducía en el deseo de conocer á fondo el destino humano. No sé si atribuir estas tendencias á mi propio ser, ó al medio en que vivía. Como era tenido por ortodoxo (1), no frecuentaba la clase bíblica con que se abren los cursos en los colegios ingleses. Esta circunstancia fué un incentivo á mi curiosidad. ¡Cuánto sentía verme privado de la lectura de la Biblia! Leerla y poseer un ejemplar de ella, era mi anhelo constante.

Alcancé mi deseo al comulgar por vez primera. Este acto del más alto misticismo, sacudió mis fibras más hondas. Á él fui espléndidamente preparado, no sólo por mamá, sino también por el cura párroco. Lleno de fe, recibí la hostia sagrada. Casi me desmayé de emoción después, y en vez de regresar á casa con mis padres, permanecí recostado en casa del párroco.

Una vez la Biblia en mano, comenzaron mis dudas. Jamás puse en tela de juicio la divinidad de

---

(1) Iglesia nacional de los rusos, griegos y de los pueblos eslavos en general.

los libros santos, sino de la Iglesia y sus prácticas. Ya empezaba á chocar con la confesión y la teatralidad de las ceremonias.

Por un lado, la influencia de la institutriz y por el otro el colegio, socavaron mi fe ciega en la Iglesia. El Himnario y el soberbio *Prayer Book* de la Iglesia anglicana, eran mis libros favoritos.

Nuestra vida de hogar era encantadora y sana. Vivíamos en un mundo aparte como todos los niños ingleses de la clase acomodada. Dos veces al día salíamos á caminar. Nuestra comida se reducía de noche á una taza de té con pan, manteca y dulce. A veces bajábamos á los postres, bien arregladitos, y entonces nuestros padres se deleitaban con nosotros, porque nos veían poco.

Viviendo en perpetua concomitancia, ¿cómo es posible pueda haber disciplina y respeto entre padres é hijos? Las casas estilo pompeyano quitan todo sentido, encanto y eficacia al hogar. Los poderosos han recurrido siempre al misterio y al aislamiento para conservar su autoridad. En Inglaterra se ha comprendido esto á maravillas. Á juzgar por los resultados obtenidos, esta educación debe ser excelente.

Paseábamos en un bote á remo sobre el Támesis. Á menudo salíamos con papá, para quien el remar era uno de los grandes placeres. Bajábamos el río entre los céspedes verdaderamente encantadores de las riberas. Al borde de ensenada atractiva, donde los pasturajes de la costa ofrecían

abrigo, amarrábamos el bote, y tendiéndonos sobre la alfombra de grama participábamos de un lunch apetitoso. ¡Oh días inolvidables de inocencia y encanto! ¡Aun hoy conmuéveme el pensar en todo esto, que ya no volverá! Nunca fui más feliz, ni más libre en un ambiente mejor ni más puro. La felicidad de nuestros padres se reflejaba en nosotros.

De todos mis hermanos era yo el más rebelde, bajo mi aparente docilidad. Era el favorito de mamá, que tenía la malísima costumbre de enfadarse con papá cada vez que nos reprendía. Sabor de esta debilidad, la aprovechaba. La noción paterna era tenernos como un batallón, regimentados para cuanto se le ocurriera. Recuerdo que entre otras muchas ocurrencias, tuvo la de hacernos bajar desde el piso más alto hasta el suelo en un aparato nuevo para escape de incendios. No quise seguirle en su experiencia y este fué uno de los motivos de desavenencias sin fin que se sucedieron después.

El carácter de papá era varonil en exceso, enérgico hasta lo brutal, y esas cualidades mal se avenían con la impresionabilidad, unida á cierta timidez, que heredara de mi madre. Mostraba yo profunda aversión por los sports y las cosas violentas; mis placeres eran de orden imaginativo y mental. Curioso es observar como, en familias grandes, los hijos se agrupan, los unos en torno de la madre, los otros alrededor del padre. Yo opté por lo materno, y otros dos de los mayores por

papá. Insensiblemente me fui alejando más y más de él. Mi seriedad, mi reposo, mi indiferencia por cuanto no fueran libros, teatro ó teología lo exasperaban. Reñía conmigo á veces y no sin razón. En ocasiones, enfurecido contra mí, me manifestaba lo poco que esperaba de mí en lo futuro. Estas diferencias contribuyeron á intensificar mi tendencia á la reserva y á la soledad. Á veces se mostraba muy cariñoso, porque adivinaba que á pesar de mi inercia, estaba llamado á sobresalir. Sus favoritos eran la mayor, Efigenia, y el menor, Aquiles. Este niño era de una belleza corpórea extraordinaria. Semejaba un Cupido, que mandado al mundo por algún dios, se dejaba estar en él. No he visto una cabeza mejor proporcionada que la suya, recubierta de espeso cabello ondulado, rubio claro. En él, Antinoé, el perfecto adolescente y el nervioso Narciso, se fundieron para crear un Hércules nuevo. Esbelto, escultural y armónico, como ellos, Aquiles parecía un símbolo en nuestro hogar; evocaba la armonía exquisita, la perenne juventud, la razón superior de nuestro helenismo. Era el lazo misterioso, único por otra parte, que nos ligaba á la insomne serenidad del pasado. Papá, á pesar de lo prosaico de su vida de financista, tenía culto por los dioses que se fueron.

Advertíase en todos los rincones de la casa esta silenciosa admiración: aquí era el busto de Psyquis, allá el torso de un Hermés, acullá un Narciso de bronce.

Aquiles atraía á todos, pues aparte de su grandezca, tenía ocurrencias divinas. No era ajeno su picaresco modo de ser á la adoración que todos le tributaban. Cuando él estaba presente, nadie se ocupaba de los otros hermanitos. Ejercía él un imperio absoluto. La desbordante alegría física y la ingenuidad de alma, se imponen cuando van hermanadas en un cuerpo divinal.

Mi padre lo quería con locura é hizo de él su compañero inseparable. Había entre ellos la misma afinidad que existía entre mí y mamá. Efigenia seguía también al padre en todos sus gestos de *sportman* atrevido. Ahora que observo en perspectiva toda nuestra vida, considero el profundo error de ocuparse de unos hijos más que de otros. Tanto Aquiles como Efigenia, eran los juguetes de papá.

Él los formó á su antojo, inculcándoles sus gustos, hasta hacer de ellos su *alterego*. No pensaban, sino por su cerebro, no sentían, sino con su corazón. Los complacía en todo. Á su lado estaban siempre. Llegaron, como acontece en todos los *homes*, reveses de fortuna, y estos dos niños, entonces mujer y hombre, tuvieron que vivir sus vidas. Faltándoles el lujo y el amor intenso del padre, se hallaron sin brújula en la vida. Perdieron su centro de gravedad, que era el alma varonil, voluntariosa y tierna del padre. El resultado de esta educación fué una neurastenia latente, de la que nunca se curaron por completo.

Padres hay comparables á esos ingeniosísimos

artistas alemanes que construyen juguetes animados, deleite de la niñez. Muchos de ellos lo hacen como pasatiempo, simplemente para solaz personal. Este sistema egoísta ha llevado muchos al suicidio ó puebla al mundo de seres solitarios y sin rumbo. Toda educación que no tiende al individualismo es perniciosa. Los hijos son nuestros como un legado puede serlo, para realizar una gran obra por cuenta de Dios, poseedor único y arquitecto.

## XVIII

### **«Je suis un ephébe d'azur baigné»: Influencias morales y literarias**

El abandono en que me colocaban mis gustos, contribuyó á que me prendara más y más de la belleza interna. Me replegué más sobre mí mismo, haciendo vida contemplativa.

En invierno, agradábame leer á la lumbre de la chimenea, hasta que las largas sombras ocultaban el bosque cercano.

Era esta la época predilecta: lo externo parecía, bajo la nieve, fantástico y hostil al alma, que entonces vivía en un mundo de su creación.

El sol semejaba sobre el horizonte arbóreo un



gran disco purpurino. Fría llegaba la luz á los caminos que conducían á la casa. Al avecinarse la tarde, todo sonido humano desaparecía. Á veces el silencio era perturbado por un viento penetrante, que sacudía las enredaderas y los marcos de las ventanas. El fuego del hogar difundía por la pieza alegría serena con su calor suave. Todo allí reflejaba armonía interior; el alma se regocijaba de la insensibilidad de la Naturaleza. Cuando anochecía por completo, la niñera traía la lámpara: ante su radiante encanto, cedía la más absorbente meditación. ¡Cuánta historia de Hans Andersen y de los Grimm nos leyó la institutriz en tan poéticas circunstancias! ¡Qué horas saturadas de belleza tranquila pasamos junto á la luz hospitalaria de la lámpara!

*Des voluptés intérieures  
le sourire mystérieux (1).*

Aun reviven para mí las graciosas creaciones de Andersen, que son *El soldadito de plomo*, *La vendedora de fósforos* y *El pequeño y gran Hans*.

El escéptico Anatole France ha realizado últimamente buena obra, haciendo la apología del cuento de hadas, como medio educativo. Contados escritores modernos han adentrado más el ambiente de otras épocas, y decir que un alma tan aristocrática en su arte adora al cocodrilo, como Taine

---

(1) Victor Hugo.

pintorescamente estiló en una ocasión al populacho inconsciente.

Á los cuentos de hadas debo momentos incomparables. Aun hoy hospedo con gran placer en mi cerebro estas recordaciones, porque adoro lo bello en la sencillez.

No sé si el autor de *Abeille* amó siempre el cuento de hadas. Lo significativo de su preferencia es que coincide con el aumento de la prole.

Somos felices por la imaginación, por el sueño, por el místico poder de trascender este mísero mundo, donde tanto imperan la injusticia, la maldad y lo feo. Bendigo esos cuentos y á quien me los leyera; aumentaron mi sensibilidad por lo bello, conduciéndome, como por un hilo de oro, á la fe en mí mismo y el poder del deseo. Es esta clase de literatura protesta contra la materialidad y el rol omnipotente que la multitud se empeña en darle. La diminuta voz que oyera Elías habla en ellos. En su luz recordamos, cuando la niñez ha fugado, las enseñanzas de muy modernas filosofías de la vida. Nuestras facultades, nuestro haber en actos nobles y elevados, son las hadas benignas que intervienen en nuestro devenir. Á veces ellas se interponen entre nosotros y un caro deseo, con la majestad de un arcángel, las más de las veces para salvarnos de una catástrofe. Aunque el hombre no lleve, como el caracol ó el nautilo, su casa sobre el cuerpo, se construye un aura mental, cuyas consecuencias son buenas ó malas, según hayan sido los pensa-

mientos. Esta atmósfera no es otra que el halo colocado alrededor de la cabeza de los santos. Así también, en derredor nuestro, el íntimo pensar coloca el sutil efluvio vital. Somos los prisioneros de nuestros deseos. La mente, como jardín, recibe la simiente; á veces algunas mueren al nacer; otras, sin darnos cuenta, fructifican. Ahora que contemplo, como desde elevación, el curso de la vida, veo por vez primera el fascinante poder del deseo. Los cuentos de Poe, con todo su diabolismo y sabor de ultratumba, no son mitad tan horribles cual la realización fatal de algún mal deseo. La poesía de mi vivir, su tranquila hermosura, su epicureísmo elevado, fueron destruidos porque, á fuerza de jugar como titiritero con una situación loca, se encarnó en un episodio que referiré más tarde.

Cuidemos del cuerpo como de la mente; el uno es el espejo del otro, y lo que aparece incoherente, como un ensueño en forma de aspiración vaga, llega á convertirse en realidad.

En esta época otra fuente de idealidad fueron las baladas de Scott, Coleridge, Byron, Wordsworth, Hermans, Southey y otros. Esta poesía es sincera y grande. Cada una de las situaciones poetizadas, ya de un héroe nacional, ora de un simple mortal, vertidas en molde de inusitado vigor, se imprimen tenazmente en el cerebro. Estos poemas, de mí al menos sé decir que crearon un ambiente de santa paz, de pureza y de culto del alma. Nunca me aparté de su espíritu por completo. Entre las

realizaciones más poderosas de una nación está sin duda un potente bardo. Con el andar del tiempo su voz tiene eco en todas las almas que hablan su idioma. La sabiduría de este genio tórnase un día esas voces internas que en vida alguna como en la de Juana de Arco fueron tan divinas. No es ya la mente de un simple individuo que se pronuncia, sino la de un ser excepcional. Á esto se reduce, en su esencia, el cristianismo de Jesús, tan distinto del mutilado, empequeñecido y materializado que adoptó Roma para sus fines políticos. Se es cristiano cuando se sustituye nuestra mentalidad por la de Cristo. El serlo no nos liga á ninguna política de agresión mundial, cual lo hace suponer la institución del Papado, sino á una renovación interna, por la cual el reino de Dios se extiende en nosotros. Los *Surseriy Rhymes* también fueron artífices de esta modalidad sensitiva para lo ideal, etéreo é invisible.

Á veces, en las horas del crepúsculo,  
es grato repetir verso minúsculo,  
que en otras tardes de feliz recuerdo  
acortara las horas.  
Á veces se recuerdan con placer  
los amigos de ayer.

Así se expresa también un sensitivo, J. K. Stephan, en *Lapsus Calami*.

Todos los años, en la estación que rememora la infancia con todos sus divinos privilegios, Navidad,

los teatros principales de Londres y de los condados se engalanan con representaciones de cuentos de hadas. Esta delicada y sana costumbre ejerce su influencia bienhechora sobre el mundo de los niños. Aun los grandes de ella sacan provecho: los conserva jóvenes, vecinos á primitivos ensueños, al borde de un mundo de ilusiones, siempre renovadas. Mi padre se hacía un deber sagrado en llevarnos á estas pantomimas. Las adoraba con toda mi alma. Ninguna alegría, ningún ensueño, *ivresse* alguna que haya experimentado puede compararse con el placer con que presenciaba *El gato con botas*, *Cenicienta*, *Barba Azul* y otras por el estilo.

Al positivismo latino, al sensualismo imperante de tan mala ley, parecerán fútiles estas observaciones, porque al niño, con su pequeño mundo aparte, en poca ó ninguna cuenta se le tiene. Los niños helenolatinos se han vengado de este descuido, como los gnomos de la madrastra de Blanca Nieve. Ya la Hélade fría tiene honda conciencia de lo inútil de su esfuerzo en el arte; Francia plutocrática ve perecer su literatura, como un nuevo Rolla, en la cama del adulterio; España, ¿para qué insistir? vive como envuelta en un sudario, y si surge á veces al ambiente universal, es debido á que extranjeros como Corneille, Le Sage, Chateaubriand, Víctor Hugo, Teófilo Gautier, John Hay, Washington Irving, Fitzmaurice Kelly, Morel Fatio, Tikkor ó Haverlock Ellis renuevan sus leyendas y su romántico pasado. Allende la penín-

sula, en la América latina no hay aún sitio para lo ideal. Si alguna vez surge entre ellos, como en Portugal, un genial artista, Eça de Queiroz, es para sobresalir en la sátira que mata y esteriliza.

Recuerdo, entre los muchos profundos decires de mi padre, el de que nunca había comprendido la cervanteolatría por parte del pueblo español. Nada, en su pensar, había sido tan funesto á España como el *Quijote*, fijando en un tipo único, conciso, profundo, toda el alma amedrentada de una nación. Y aquí cabe al punto una de las paradojas de Oscar Wilde. Pensaba que el arte, lejos de imitar á la Naturaleza, la creaba y modificaba á su antojo.

Uno de los más grandes españoles contemporáneos, Miguel de Unamuno, también lo reconoce en un estudio que, por carecer de él, no lo cito. Atribuye, y esto viene de perlas á esta experiencia personal, todas las calamidades sobrevenidas á España á su falta de fe en el ideal. Fuera de su fanatismo católico ó liberal, el español ó su descendiente americano es el más materialista. Avaro de sus bienes, misoneísta, rara vez cree sino en lo inmediato y palpable. Extiéndese aún esta observación al sacerdocio, incrédulo en el fondo. Todo lo ingenuo y conmovedor aportado al catolicismo por la Edad Media, ha desaparecido del nuevo credo. En el bajo pueblo se mantienen vivas las supersticiones más absurdas; en realidad el clero sólo se preocupa del poder temporal de la Iglesia.

La fe verdadera, la pujante, aquella que mueve valles y montañas, está del lado de muchas sectas protestantes, que sin cuidarse de la política actual, tratan de desarrollar la espiritualidad hasta el punto de hallar dentro el reino de los cielos.

No es menester mucha erudición ni largos alcances para comprobar que los pueblos de más fe en sí mismos, en el todo poder creador de la idea, de la organización social y del deber altruista, son, hoy por hoy, los más poderosos del mundo. Y estas no son realizaciones de nuevas leyes históricas ni fórmulas vistosas á la Edmond Desmolms. No fuera por bañarse mucho, ni por la práctica del sport ú otra exterioridad, por lo que el inglés haya hecho de su insignificante isla la maravilla del mundo. El pueblo alemán, con otras características, va sentando un gran imperio. Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, se han consagrado naciones eminentes en territorios pequeños y poco poblados.

El arte, la grandeza, la expansión nacional, breve, la civilización no sabría desenvolverse sin la fe en un mundo superior á construir con nuestro esfuerzo. ¿No pedimos acaso, todos los días, al rezar el *pater*, que Tu reino advenga en la tierra como en el cielo? Por fe entiendo, en la aceptación sociológica, si se quiere, el místico poder que nos mueve en alas del altruismo á realizar las aspiraciones más elevadas. La religión, si bien una de las formas de que se ha valido el espíritu humano para divinizarse, suele ceder su puesto al arte, á

la ciencia, al imperialismo cual ideal social, para no mencionar sino algunas de esas ideologías, que lanzan á individuos como á pueblos á empresas de sublime temeridad.

El poseer ideales vuélvenos poderosos y fuertes. Es la aureola de la mística belleza.

En sus divinos parlares con Eckermann, Goethe expresa algo de esta idea al referirse á los cuadros de Claude Lorrain:

*«Voilà un homme complet, ayant pensé et senti le beau, dans le sentiment duquel vivait un monde qu'on ne trouvera pas facilement ailleurs. Les tableaux ont la plus haute vérité, sans aucune trace de servile copie.»*

*»Claude Lorrain connaissait le mond réel jusque dans ses plus minces details; il s'en servit comme d'un moyen de représsenter le monde qui vivait dans sa bèle áme.»*



## XIX

**¡Dulce ciudad del pensamiento: Oxford divino!**

Bajo de un cielo vasto y estrellado  
abrid mi fosa, descansar pretendo  
marchar resuelto á la tiniebra eterna;  
viví feliz y satisfecho muero.

Grabad sobre mi losa estas palabras:  
«Descansa aquí donde dormir quería  
marinero llegado del océano,  
cazador que bajó de la colina.»

ROBERTO LOUIS STEVENSON.

Comprendo sutilmente por qué, al abrir este capítulo, he musitado estos versos del amable cuentista escocés. Hay sitios, ocasiones de la vida tan dulces, tan insinuantes por las emociones despertadas, que fácil no es sólo entonar un himno de algazara, sino renunciar por completo lo existente.

Una puesta de sol, ideada por el Ticiano y ejecutada por Turner; un valle que de súbito termina en un abismo, donde al través del blanco rocío emergen rocas fantásticas; una tarde plácida pasada junto á un amigo favorito del espíritu que se aviva por el diálogo chispeante: tras estos privilegios nace el deseo del reposo descrito por el poeta.

La imaginación apasionada sufre estas alteraciones profundas que sugirieron á Taine al compararla con los efectos del opio.

Entre mis visiones de arte urbano, Oxford ocupa el lugar predilecto, provocando esa emoción.

Sugestionado por el encanto del pintoresco Támesis, papá se propuso con otros dos amigos subir el río á remo. Una hermosa mañana salimos de Eaton, remando enérgicamente. Presto subimos el histórico río, dejando en lontananza el castillo de Windsor, amplio y espléndido en su conjunto. Por encima de las almenadas torres perfilábanse las flechas de la capilla de San Jorge (1). El enorme edificio surge de un marco formado por prados de verde incomparable y nobles árboles respetados por muchas generaciones. Á su pie la ciudad se extiende, como paje sentado en las gradas de un trono.

Debido á las risueñas curvas dibujadas por el río, cambia á menudo la perspectiva, y á veces llega á fundirse con este panorama imponente la gótica estructura de Eaton College con su aspecto vetusto y venerable.

Al contemplar desde el timón tanto vestigio del pasado—jalones de una serie de generaciones esforzadas en perpetuarse por lo bello y lo útil—, no puedo sino pensar en la Francia, menos felix, carcomida por la insensatez radical. Y aun vuela mi

---

(1) Donde está sepulto el muy amado Eduardo VII.

pensamiento á la Hélade, donde es tan difícil seguir el paso de los dioses. Placentero nacer en el seno de un gran pueblo donde, como aquí, tierno amor por la evolución social, ha perpetuado el pasado en sus formas más pristinas. Cada rincón evoca un recuerdo, hilo con el cual se descorre el prosaico telón del presente y nos allegamos al pretérito, rico por su arte, simpático en su electo romanticismo por las pasiones más intensas, el heroísmo más heroico y el hombre más varonil.

Nuestro bote salvaba sereno las aguas tranquilas, donde se miraba un cielo límpido como un diamante. De vez en cuando cruzaban por nuestras cabezas pintados pajarillos. Rumor alguno rompía el silencio encantador, á no ser el acompasado ritmo del remo, suave al oído cual son de lejana serenata. Ningún rasgo inarmonioso quebrantaba el paisaje de Arcadia.

Á un lado crecía bosque de pinos, suavemente trepando la colina, coronada por un palacio, desde donde la vida debería parecer bien dulce. En la otra ladera se alzaba, allende dilatados prados, la mansión de sir Arthur Barry, Saint-Leonard's Hill, soberbia en su aislamiento. Lo pintoresco del río aumenta á medida de sus donosas meandras. Pasa ante la aldea de Old Windsor, rica en preciosos recuerdos. Por estos sitios trasunta *Las alegres comadres de Windsor*, comedia de las más espirituales de Shakespeare y saturada de la poesía insinuante de esta región.

La desierta isla de Runymede nos confronta. Aquí fué firmada la Magna Carta en 1216. ¡Qué cuadro animado debió presentar la isla, rodeada de coloreadas embarcaciones de los más altos dignatarios del reino! Aquí descubriríamos, ceñudo el cejo y esforzándose por ser amable, el cruel Juan sin Tierra; allá, el delegado papal en su veste purpúrea, destacado por esa aura que la piedad aun mal entendida y el místico poder de ejercer influencia sobre los demás forma alrededor del sacerdote; acullá, los barones en sus cotas de malla, singularizando atléticas constituciones y mostrando caras sombreadas por pasiones mal comprimidas. Agregad á todo esto los numerosos escuderos, los estandartes flameando al viento sus invictos colores, el séquito sin fin de imberbes donceles, en sus libreas multicolores, irradiando la fresca arrogancia de la valiente juventud. Sobre este cuadro, dramático en extremo, las graves preocupaciones del momento histórico, el orgullo, la conciencia del propio valor personal, afirmándose sobre la astucia monárquica. Sitio alguno más solemne para grandes juramentos. Templo hecho por mano de hombre no podía contener episodio de tanta trascendencia. Necesitábase la bóveda celeste, su luz resplandeciente, la Natura sencilla é ingenua para celebrar un pacto que garantizaba los derechos inalienables del individuo. La luz encendida aquel día nunca se oscureció por completo en Inglaterra ó sus dominios...

Al anochecer empezó á llover con fuerza. Aceleramos la marcha para ganar la esclusa más propinqua. Nos perdimos en una especie de laberinto, formado por un remolino del río, adjunto á una cascada artificial para engendrar fuerza motriz. Después de dar vueltas y revueltas, poco faltó para que desapareciésemos para siempre en el glauco fondo de las aguas. Por fin pudimos amarrar el bote á una orilla con dificultad. Saltamos á tierra y levantamos nuestra carpa contra un cerco. Como Ulises después de haber escapado á la terrible venganza de Calipso al salir del río, pudimos abrazar la tierra «que conserva y nutre á los hombres». Diluvió la noche entera. De vez en cuando el blando sueño era dispersado por los pasos de algún ternero ó vaca que venían á olfatear nuestra empapada humanidad. No nos dejamos impresionar por tan pequeño contratiempo.

El día siguiente amaneció también nublado. Continuamos el itinerario trazado, bajando en Reading, capital del condado de Berkshire. Es esta la ciudad de las galletitas, que inundan las despensas del mundo desde Alaska hasta Ceylán. En sitio alguno las hacen mejores. Goce de jóvenes y viejos, el *biscuit*, bajo las miles de formas que afecta en las hábiles manos del artista culinario, es producto netamente inglés y hasta ahora inimitable.

El río serpentea más allá de Reading, entre riberas cada vez más rústicas, enlazadas por vetustos puentes de piedra, acariciados por la hiedra,

la glycina ó la aromática madreselva . El paisaje consta bien de poética aldea, exhibiendo á veces en la ribera el cementerio parroquial con su gótica iglesia; bien de alguna abadía destruída ó convertida en aristocrático hogar, reverberante todavía de asociaciones históricas.

Al cuarto día divisamos á la ciudad del pensamiento, Oxford, serenísimo y silencioso. El Támesis se bifurca aquí en varios brazos. Nunca se ha desvanecido por completo el recuerdo de esta ciudad con la cual sueño siempre, como el sitio más apropiado á la meditación pensativa. En uno de sus colegios, impresionantes como palacios ancestrales, vivió Shelley, el divino cantor de la raza por venir. «Sus facciones respiraban una animación, un fuego, un entusiasmo, una inteligencia vívida é innata, que jamás encontré en otra cara alguna. Y no era la expresión moral menos hermosa que la intelectual, pues existía en él una suavidad, una delicadeza, una gentileza, y especialmente (ello sorprenderá á muchos) ese aire de profunda veneración religiosa que caracteriza la mejor obra, y en manera notable los frescos (y en ellos los pintores habían infundido toda su alma) de los grandes maestros de Roma y Florencia.»

¡Oh, cómo en semejante comarca, frecuentada por los hombres culminantes de la patria mía conscientemente elogiada, comprendo profundamente la felicidad «del que abandona el vano ruido mundanal y á su pecho aprieta un amigo»!

En ciudad alguna es el amador más un divino amigo, si he de renombrar junto á Goethe el amado Platón.

«Como era puro, capacitaba la lealtad y sabía apreciar el reposo que gusta un corazón sincero en el seno de un amigo», escribe divinalmente el creador de *Wilhelm Meister*, al referirse á Hamlet. Todo eso que es la idealidad santa de mi existencia, toda esa visión de fraternidad que tuvo genialmente el cósmico amador Walt Whitman: ello todo me fué sugerido de manera inolvidable en este asilo de la juventud y de la sabiduría.

¡Oh, cómo me encantan de la divina faz los rasgos bellos! ¡En ellos sorprende el amor, el esfuerzo, la aspiración, el coraje, la gloria!

¿Quién fuera escultor para fijarlos? Allí cabe el río, las altas sombras de la Magdalen Tower tras, vi una fisonomía que jamás olvidaré. La cabeza cubierta de lacia cabellera, caíale graciosamente por detrás de las orejas como caricia de mujer hermosa. La forma del cráneo era bien redondeada; de esa forma vigorosa que oculta el pensar poderoso y el viril sentir. Los rasgos eran finos, los pómulos algo salientes; hermosos y arrogantes sin malicia los hondos ojos. Semejaban rayos de luz que reflejasen no sé qué emoción de belleza infinita. Marcadas ojeras violáceas las contorneaban, estolas parecían de supremos deleites. El cutis era suave y marmóreo, vetado de un tinte ligeramente sonrosado, cual tenue velo que escondiera una

sangre dulce, propicia para las suavidades del placer estético.

¡Cómo no amar lo bello ante un ser tan pleno de la abstracta belleza que asómale la misma suerte en el cielo, en la tierra y en el mar y que en el humano ser es donde se luce más perfecta porque palpita allí la vida!...

Oxford, más que otra cosa alguna, salvo Shakespeare, Shelley y Pater, me apasiona por Inglaterra. Esta peculiaridad suya, de ennoblecer y divinizar la cultura mediante el arte más docto, la vuelven para mí la patria ideal.

Así como hay una moralidad más avizora del fondo eterno que de la forma transitoria, existe el patriotismo del artista. Es en él un sentimiento filial, por cuanto eleve el espíritu y acerque á las almas en ascensión á una meta, desde donde la vida humana sólo sirva para glorificar á Dios. *¡Te Deum laudamos!*

En Oxford fraternicé de inmediato con cuanto vi. Ciudad de la Edad Media arrebuja en poesía medioeval, seméjase á la hermosa durmiente del bosque encantado. Aguarda aún al príncipe que la modernizará, despertándola al inquieto siglo XX.

Con cuidado sacrosanto, la arcaica ciudad de Minerva británica ha sido preservada del desgaste temporal. Se han respetado en todo su primor los edificios tal como salieron de la mano del arquitecto. Como veste protectora recubren las construcciones guirnaldas de viña y hiedra. En redor de



las torres y sobre los pórticos ó al pie de las esbel-  
tas ventanas ojivales, se extienden parterres es  
maltados de anémonas y rosas. En los patios de los  
colegios, surtidores cual en la morisca Granada,  
musicalizan la melodía de estos retiros seculares.  
De la *Radciff Camera*, rotonda estilo Renacimien-  
to, dase un espectáculo que deleitara al propio  
Sandro Boticelli.

Compónese el imponente cuadro de góticas  
flechas, cúpulas y almenados. El todo presenta  
una visión encantadora de palacios, claustros, ca-  
pillas é iglesias, entre verdeantes jardines y árbo-  
les añejos, bañados por las claras aguas del Isis,  
Cherwell y Támesis, propiamente dicho.

No en balde el alma proteiforme de Taine se  
abre á las perspectivas de lo eterno bello, en con-  
templándolo, después de discutir á Stuart Mill:

«Salimos. Y como sucede en semejantes casos,  
cada uno de nosotros había hecho reflexionar al  
otro sin persuadirlo, mas esas reflexiones duraron  
poco: ante una hermosa mañana de Agosto caen  
todos los razonamientos. Los viejos muros, las  
piedras roídas por la lluvia, sonreían al sol levan-  
te. Una luz tierna se paseaba por el dentellón de  
las paredes, sobre el festonado de las arcadas, so-  
bre el exuberante follaje de la hierba. Las rosas  
trepadoras, el trébol, subían á lo largo de las al-  
menas, temblaban sus corolas y resplandecían al  
ligero soplo del viento. Murmuraban las fuentes  
en los grandes patios silenciosos. La encantadora

ciudad surgía de la bruma matinal, tan ornamentada y tranquila como un palacio de hadas, y su ropaje, de blando vapor rosáceo, remedaba á una enagua festonada del Renacimiento, estaba realzada por un bordado de campanarios, claustros y palacios, rodeado cada uno de su parque y flores. La arquitectura de todas las edades confundía sus ojivas y sus trefles, sus estatuas y columnas; el tiempo había fundido sus tintes; el sol los armonizaba con su luz, y la ciudad semejava un joyero al que todos los siglos y los genios hubiesen traído á cincelar su joya. Por fuera el río corría ampliamente en grandes sábanas de plata reluciente. Los prados estaban repletos de alto pasto; penetraban en ellos los segadores hasta más allá de la rodilla.»

En este amoroso tenor sigue su descripción el filósofo-poeta. Poco le falta para convertirla en un soneto á la bien amada.

¡Cuánto he meditado en esta sugestiva villa! Su beldad no sólo previene de lo visible, sino de la luz interna. Hay un áura de serenidad y saber por el ambiente. De los paisajes insinuantes, como la caricia de una virgen, ¡cuántas viñetas podían hacerse para difundirlas por todos los países que necesitasen construir universidades!

¿Olvidaré yo jamás estos hogares del saber en un edén terrenal?

Se me figura aquí la vida *laber et gloria* y el *no existir mors requies*.

Por una de esas ironías que tanto abundan en la vida, Oxford no es exactamente un paraíso de intelectualidad y especulación científica. En su mayor parte, estos grandes centros—que tomaron origen en donaciones, hechas ya por la corona, ora por poderosos nobles, en favor de las clases intelectuales menesterosas—se han desvirtuado de su propósito inicial, y son más bien hoy deliciosas casas de campo, donde una juventud privilegiada, aristocrática y atleta, espera el momento de ingresar á la vida pública. El profesorado es el que más aprovecha esta quietud única para adelantar la obra del conocimiento. Soledad y concentración realizan el milagro que no lograría jamás la precipitación vertiginosa de la vida intensa, cuyo profeta es Teodoro Roosevelt. Los profesores, sin embargo, notablemente los rectores, son más bien hombres de negocios y organizadores, que cultores del saber por el saber mismo. «Donde no hay visión, la mente perece.»

Como centro de cultura sacerdotal, Oxford no tiene rival. La enseñanza está compenetrada de una fe muy ritualista, que sin oponerse á la ciencia, la hace servir a sus aspiraciones subjetivas.

Para el artista estudioso, Oxford es perfecto. Junto á Salamanca, Coimbra, Upsala, La Sorbonne, Heidelberg y Cambridge, ofrece la preciosa imagen de una urbe radicada en la Edad Media y dedicada sin interrupciones á los intereses superiores del espíritu. Aquí Platón, desde tanto tiempo

relegado al mísero olvido en la latinidad, todavía reina soberanamente. Aun el amor que sugería con tanta autoridad es el nombre del deseo y la busca afanosa de la totalidad.

Felices, ¡oh cuántas veces felices! los que en la hora actual aclaman la verdad y lo bueno tal cual lo revela el *Symposium*, bajo las divinas especies de la belleza, alcanzada al través de sucesivas iniciaciones.

Vida de ideas, de visiones, de deseos inmaculados, de lumínica terneza para el alma, fluye como los rayos de una aurora serena de esta tierra intelectual.

. . . . .

En la capilla clásica de Brasenose College, puede leerse bajo el ventanal occidental una lápida en memoria del más elevado producto de esta estética moral, Gualterio Pater. Filosofía es la más elevada de las músicas, reza una de las inscripciones. «Su gran cara pálida, su espeso bigote, su firme barbilla, su encorvación, sus ojos inclinados hacia el libro en verdadera *custodia oculorum*, todo ello impresionaba profundamente y en verdad reflejaba la solemne preocupación que le llenaba.» El perfecto prosista, cual le juzgara Paúl Bourget, la materialización de un joven de Platón vivirá siempre inseparable del encanto literario de Oxford. Semejante á un duende, su personalidad, de una finura *vincesca*, perdura en estas recordaciones y vuelven, como el ritmo de una deliciosa melodía

conciliadora y honda, las palabras finales de su obra maestra, el estudio sobre el mago de Florencia, *Leonardo*:

*«Wo lose ourselves in especulating how one who had been always so desirous of beauty, but desired it always in such definite and precise forms, as hands or flowers or hair, looked now into the vague land, and experienced the last curiosity.»*

«Nos perdemos especulando como uno que siempre había estado tan ansioso de belleza, mas que la deseó toda vez bajo formas tan definidas y precisas, cual manos, flores ó cabello, haya anticipado el vago país y experimentado la postrer curiosidad.»

La incontestable hermosura de nuestra Universidad en Atenas, edificio que por los efectos arquitectónicos y de policromía remeda las obras del pasado, está aminorada por el sitio poco feliz donde se encuentra. Debiera haberse construido en lo más alto del Acrópolis, sirviéndole de *hall* el actual Partenón restaurado. Con ello no sólo se restituiría á Pallas Atenea lo que los bárbaros le arrebataron, sino se realizaría el simbolo del presente: el interés científico prevaleciendo sobre el teológico, sin excluirlo.

Mancebo del perfil hermoso que se deja admirar como un ánfora griega, esteta joven ó viejo, recordad en todo momento fugaz que vuestro desván y

vuestra mente se hallen siempre munidos de pequeños objetos perfectos. Su suave belleza, una de las materializaciones de la fruición, refrigerará el corazón vuestro y os enseñará á imitarlos para dejar tras sí una vida regocijante y magnífica. El malestar que causa la industrialización del momento actual se cura en contemplando las divinas joyas de este relicario mental.

Lugar alguno nos aleja más de la política embrutecedora... Nos vuelve á llevar á esa religión del arte, que se va perdiendo, como todas las religiones, ante la alta marea de la democracia... La filosofía nos explica la vida, la intuición nos la muestra.

La visión del artista no debe ser moral ó inmoral, sino sincera y espontánea. El espíritu de sistema crea la atmósfera más hostil que darse puede al gran arte.

La democracia es igualitaria por naturaleza. Busca ella las desemejanzas entre los hombres y sólo se inquieta de la tropilla. La individualidad de las cosas y de los seres, que percata el artista con tanta agudeza, le escapan, ó si no busca aplastarla por una semicultura igual para todos. Ella desconoce el sentimiento de la jerarquía universal que percibía Teófilo Gautier, nos dice Baudelaire, de arriba para abajo de la Naturaleza, en todos los grados del infinito... Utilitaria es la democracia, mientras que el artista se desliga de la vida para reflejarla...

Si el único progreso que importa es el del alma, si vivir en tiempos de Mecenas ó de los Médicis fuera—¿qué duda cabe?—el ideal de la mentalidad superior, Oxford es uno de los pocos símbolos que perduran todavía del supremo vivir.

Adiós, dulce ciudad del pensamiento,  
hogar de soñadores, cual Gualterio,  
no volveré jamás á contemplarte  
ni disfrutar de tu claustral silencio.

Amé á Pallas Albión; cerca de ti  
comprendí su romántico idealismo  
en solitario círculo fantástico,  
sólo por el que piensa comprendido.

Mi ensueño y mi deleite tiempo fuiste,  
de nobles sabios retirado asilo.  
¡Nunca pude pensar sin evocarte  
en cosas del saber, Oxford divino! (1).

---

(1) El original está en griego, en versos de cuatro estrofas. Debido á la concisión de este idioma, la versión resulta analítica en vez de sintética.—(*Nota del albacea literario A. N. F.*)

## XX

«Souviens toi de rever et de penser!»

Años después de este acontecimiento, Oxford debía de adquirir para mí un nuevo atractivo. En él pasó sus días Wálter Pater, el más renombrado de los prosistas ingleses. La lectura de sus libros me reveló un mundo que creía inefable y en el cual había meditado no poco.

Este solitario, el más artista de los ascetas y el más asceta de los artistas, avivó en mí los afectuosos recuerdos del adolescente. Gusto pensar de él como precursor de Dorian Grey; su autor realizó en la vida lo que el otro soñara. Los roles se invirtieron. Pater puso genio en sus escritos, poco ó nada de su talento en el vivir; Wilde ornó su existir de todas las fantasías.

No se da, excepto en Flaubert, una dedicación más absoluta al arte del buen decir.

Lo que me le volvió interesante, y esto por ser una característica helénica, fué su pasión por la juventud armoniosa, de cuerpo y alma. Enamorado de la Roma de Marco Aurelio, del Renacimiento, del Auferklärung, describió siempre al joven de



la época. Y aun más, en sus estudios sobre literatos y pintores del Renacer italiano, sólo describe aquellos en cuyas vidas hay indicios de apasionamientos extraños. Con placer marcado, encuentra las frases más tersas y más veladas para ofrendar á la amistad romántica. Ello se desprende de su impecable versión de la leyenda de Amis y Amile; de las vidas del Sandro, Leonardo ó Winckelmann. Esta tendencia, no desprovista de elevación, acaso tomó su origen en el desempeño del profesorado. Sus relaciones diarias con tantos jóvenes cultos, pudo haberlo llevado á considerarlos, como en la antigua Hélade, el símbolo máspreciado de la vida y del Estado. El personaje reinante de Grecia era el adolescente en su donosa inocencia, convertido en el efebo de la palestra, el caballero de las panateneas ó el portador de la tea sagrada, en el festival de los lamphodarie. Pater así también lo pensaba, á pesar de que autor alguno haya hecho obra más impersonal é impasible. ¡Vano empeño el ocultar lo que amamos!

Sus libros son motivados por la simpatía á los jóvenes de Platón, de los cuales Taine hace una descripción encantadora, en el ensayo del mismo nombre.

Los heroicos Leandros, los alados mensajeros de Maratón, los Antinoés también le seducían. No hay nada de ambiguo en este culto: es en Pater manifestación de pureza de alma. En su solitario aprecio de la forma corpórea como indicio de una

bella mentalidad, es acaso el último discípulo de Píndaro, cuyas odas servían de apología á la juventud victoriosa. Muchos genios le acompañan en esta religión.

El paisaje oxfordiano incita á esta clase de sentir.

Ausente el elemento sensual, el alma puede comunicar mejor con los que fueron. El joven taciturno, supersensibilizado por los refinamientos del pensar ó bien el doncel todo entregado á la actividad física, apareciéronle como los más acabados tipos de humanidad. Brotó en el alma de este pintor, en palabras, ese afecto que David sentía por Jonatán y que el rey-profeta ha descrito, sin que se le pueda superar, al llegarle la noticia de la muerte del hermano. En afinidades de almas semejantes, hay que buscar la razón de estos hechos. Todavía aún, yendo más allá, podían rastrearse los diversos estímulos que necesitan los seres para la producción mental ó artística. El más eminente de los biólogos modernos, Metchnikoff, ha escrito un libro acerca de la longevidad, donde hace resaltar la influencia de la sensualidad sobre el cerebro humano. En su pensar es motivo fecundísimo en efectos.

¿Quién puede contradecirnos de que la contemplación de un cuerpo humano, en su radiante belleza, no establezca el conexo mental, mensajero de realizaciones potentes?

En este sentido nada interesa en la historia del

arte como esa infinita variedad de retratos de personas desconocidas.

No es raro sorprender al artista, superarse á sí mismo, en estos trabajos, donde acaso han ocultado la llave de sus actos. Ved en las telas del Sandro Boticelli la persistencia del tipo de mujer, que la crítica señala como Simonetta Vespucci, la amiga de Juliano de Médicis.

La encantadora fisonomía de la joven, el ambiente de gracia y juventud en que se movía, están en esas telas. En el mismo caso se encuentran la Flora del Ticiano y el mancebo desconocido, trazado por Giorgione, él mismo, joven ardoroso, consumido por trágicos amores.

En los climas fríos, donde la niebla, casi perpetua, tamiza tanto la luz solar, al punto de aparecer evanescente, el alma se repliega sobre sí misma. Ella busca la luz en sí, la orientación y la pauta. Hijo del sol jocundo de Andalucía es don Juan Tenorio. Nació en tierra de huertos y vergeles, Sevilla, donde se vive en la ventana, entre claveles rojos ó en la acera, espionando el pasar de una beldad. El pensador es un fin en sí mismo; da más al mundo de lo que recibe. Pide poco, porque mucho tiene. Si alguna compensación halla en la vida, fuera el sentimiento de la libertad en el corazón y en el cerebro.

¡Pensadores, hondos caviladores de la idea, deteneos ante el amor; no es para vosotros, como tampoco el oro! Cierta pureza de vida, una casti-

dad amable es el apanaje de estos seres. Privados de expansiones naturales, los afectos sombríos se traducen en ellos por una sensibilidad exagerada. Flaubert pensaba que la disminución del sentido de lo bello coincidía con una bajante en la moralidad. Idéntico, puede decirse, fué el credo de Pater. Al terminar el estudio que Camille Mauclair ha dedicado á Poe, el más acabado de este notable crítico, puse al pie de la página á guisa de comentario: *Edgar Poe, idéologue ou comment le poète spiritualisa les éléments, les plus triviaux de nos milieux; sa manière de voir l'autre monde dans celui-ci.*

El autor de *Mario el epicúreo* participó de esta misión del arte. Señaló mundos nuevos á la juventud estudiosa, evocando imágenes encantadoras de antaño. Sus estudios de jóvenes de Roma; del Renacimiento de Holanda de la época de Adrián van der Velde; del Aufklärung alemán; de Luis XVI, incitan á existir más hermosamente, en un sentido cultural y del espíritu. Sus obras constituyen el mejor breviario para espiritualizarse en la juventud:

*O jeune homme qui tiens une victoire ailée,  
éphèbe nonchalant au torse harmonieux,  
rêves-tu d'enflammer du feu par tes yeux  
cette statue inerte en ta main éfilée?*

*Rêves-tu de poser ta bouche ensorcelée  
sur sa bouche de bronze, et de ton œil anxieux  
cherche-t il un secret au front mystérieux  
de la divinité qu'un Grec a ciselée?*

*Peut-être est-ce pour toi, cette couronne d'or  
que d'un geste éternel, elle veut tendre encor  
vers ton front incliné dont la splendeur nous hante.*

*Va, puisque les héros et les dieux sont morts,  
elle peut décerner désormais sans remords  
le laurier triomphal à ta Beauté vivante (1).*

La mirada de sus héroes está tendida hacia el azur. Se han sobrepuesto á los placeres de la carne; recuerdan al juvenil San Sebastián, de Antonio Bazzi, cuyo cuerpo, á pesar de la penitencia, presenta la imagen ideal de la viril belleza. No les inquieta el amor físico. Prendados de un ideal, han alejado de sí cuanto pudiera distraerlos del propio perfeccionamiento interior. Son monjes, si se quiere, mas teniendo por claustro divinal el gran mundo con todas las seducciones que brinda al artista.

En un poemita perfecto de Albert Samain, hallo la fórmula de esta modalidad:

*Dans mon esprit, ainsi qu'en un musée ancien,  
se dresse un peuple blond d'athlètes et d'hercules  
qui font, comme au pavé poli des vestibules,  
se réfléchir en moi leur calme olympien.*

El tesoro de la juventud y su irradiación en la belleza física parecen huir desde el momento que la pasión tumultuosa nos domina.

Cada día hay menos modos de expresión para

---

(1) Versos de Abel Léger.

el temperamento apasionado y romántico. A la guerra se la ha despojado de toda poesía con los armamentos modernos, que la reducen á un problema de álgebra. El amor, donde otrora tenía campo para ejercitarse la imaginación sentimental, vuélvese cada vez más prudente.

Wálter Pater nació asaz tarde, en una época harto materializada.

Incomprendido su modo de ser, no sintiéndose con fuerzas suficientes para combatir prejuicios, se dedicó á construir un mundo de su fantasía con seres parecidos á él.

Los biografiados, en sus *Imaginary Portraits*, mueren jóvenes, tan inseparable es de su felicidad de artista la contemplación de la juventud. Era ella su obsesión.

Cerca de la tumba del más heleno de los jóvenes poetas de la época moderna, un hoy genial discípulo suyo escribió estas líneas, que Pater no hubiese desdeñado:

«De pie al lado de la mísera tumba de este divino mancebo, me lo figuré como sacerdote de la Belleza, muerto antes de tiempo; y la visión del San Sebastián de Guido vino ante mis ojos tal cual lo vi en Génova, hermoso doncel moreno, la cabellera suelta, labios rojos, y amarrado á un árbol por sus enemigos. Y aunque traspasado por las flechas, levantando sus ojos en una mirada serena y divina hacia la Eterna Belleza de los abiertos cielos.»

En el libro citado, desde temprano, los héroes se ven presa de alguna enfermedad incurable. Y por una coincidencia nada baladí, como acontece en el terrible flagelo de la tisis, viven exaltados, inquietos, cual si la disminución progresiva de las fuerzas físicas despejara al espíritu. «Débil la carne, fuerte el espíritu», es pensamiento de la Biblia, confirmado por la consunción.

Al final del estudio sobre Antony Watteau, en pocas palabras revela la transverberación que puso fin á sus días:

«Había sido un enfermo toda su vida. Buscó siempre, en el mundo, algo para lo cual no existe medio de satisfacer, si acaso lo hay en alguna parte.» Watteau era feliz, al menos cuando trasladaba á la tela el mundo de su mente. Nervioso, melancólico y tísico, buscaba en viajes quiméricos las alegrías que el mundo no podía darle.

*Vers les îles d'amour sur les lacs bleus écloses*, musicalizaba Albert Samain, al pensar, «por una predisposición fraternal de temperamento», en los cuadros del artista que los Goncourt consideraban «el más gran poeta del siglo XVIII».

¡Qué imaginarnos de aquellos que no se refrigeran en la expresión y sienten sin embargo esa inefable amargura!

De las cuatro biografías, tejidos evocadores de épocas históricas precisas, *Sebastián von Stork* es la que más me ha encantado por varios motivos.

La vida mía es deseosa de vivir, y no obstante,

sólo puede expresarse sin violencia en el amor á lo bello y la contemplación.

Curioso el observar en la vida del artista cómo el futuro se le revela por símbolos. La obra de arte anticipa la alegría ó la pena por venir. Veo mi vida y sus accidentes bajo otro aspecto ahora. Recuerdo haber escrito, en París, una novela corta (1), donde un joven, llevado de intensa amistad, se sacrifica por una cortesana. Dos años después hube de atravesar por una circunstancia análoga. Casi naufragó cuanto había acumulado de reputación, de bondad, de belleza en la vida. Por muy poco me vi, de repente, sin hogar ni dinero.

El ambiente en que se desenvuelve Sebastián von Stork me seduce no poco. Es la Holanda, fría y brumosa, alumbrada apenas por un sol pálido. Holanda, semejante al planeta, que en la mitología descansa también sobre un titán, el esfuerzo inaudito para detener al mar, empeñado en tragársela. He ahí el sitio más encantador para oír música interior ó cultivar el espíritu. Entre la Naturaleza y el yo, por fuerza el hombre escoge su alma, siempre, como la más capaz de darle alegría.

---

(1) Erroll Lionel se refiere sin duda á la novela corta que escribió en París durante su convalecencia de una aguda bronquitis.

La motivó su amistad con un joven cubano. Es un episodio de la vida de este ser baudeleriano con mucha fantasía. Se titula: *La fuente envenenada*. Publicóla en la Casa Sempere: *La Novela del Renacimiento*.



Á pesar de ello, no contentos con sus hogares primorosos, pintorescos, radiantes en la meticulosa limpieza, este pueblo ha esparcido por el paisaje, naturalmente escueto y lánguido, tanto mejoramiento humano, que trozos suyos son las telas de Ruysdaël y Hobbéma. Taine se extasiaba contemplándolas.

El momento histórico de la narración es aquel, sublime, después de la emancipación de la siniestra España, á quien tan caro debía costarle el tiranizar á los pueblos.

«El ambiente estaba pleno de su reverberación y del gran movimiento.»

La casa de Sebastián, mansión ancestral de los Storks, era, en su minucioso y activo bienestar, un epitome de la propia Holanda con todo el acierto de su «genio económico»...

El país era poseído por la floriomanía, moda fantástica que tanto contribuyó á embellecer hogares y jardines.

El clima, la situación geográfica, el temperamento... predispusieron al amor de lo interior y su embellecimiento. La tonificante virtud de la victoria se convirtió, entre otras manifestaciones de prosperidad, en una notable escuela de pintura.

Sebastián ama el invierno «porque expresa perfecta impasibilidad, ó por lo menos perfecto reposo».

Sus intereses todos están en el alma, apasionada por una vigorosa gimnasia intelectual.

Todo lo posee este rico y distinguido joven: un padre que le adora, una madre que le adivina el pensamiento, la sociedad de los artistas más renombrados, que gratamente sorprendidos por su peculiar belleza, buscan perpetuarle como modelo. Refinada era su organización y aguda su inteligencia; Rubens y Metzu sus pintores favoritos. Doncella hermosa le quería; á pesar de todo «parecía, si aun así se puede hablar, enamorado de la muerte, prefiriendo el invierno al verano, hallando tan sólo motivo tranquilizador en la idea de que el suelo bajo sus pies se despojara para siempre de su vistoso calor cósmico...» Todo le era indiferente, salvo el ideal de serena indiferencia intelectual, de la que era juramentado caballero.

Durante espléndida reunión, en que generosamente corrian los vinos más finos, desapareció acaso en el momento que todo indicaba su próximo compromiso con Mlle. van Westrheene.

*«Les vies intérieures ou il ne se passe rien, sont peut-être celles que par leurs richesses intérieures, sont es plus étonnantes»*, siendo justo repetir con Jules Bertaud.

Había sido suficiente un encuentro con el teólogo judío Baruch de Spinoza para decidirse su vida. No era que el célebre panteísta hubiese convencido al sutil joven, sino confirmado los monólogos de su propia mente. Fué para el agraciado adolescente lo que para Narciso la tersa superficie de la fuente: vió su intelecto reflejado en el del

iluminado filósofo. Desde ese instante no podía dudar de la verdad de su idea. Experimentó «luz serena arriba y en torno suyo».

Como un altivo cantor moderno, Fred Bowles sintiera esta melodía con palabras:

*My ship fort on many seas  
uncharted and unknown,  
for o' my ship is my strong soul,  
and I am not alone.*

*Some harbour fair shall welcome me,  
some warn persuasive breeze:  
and with my pilot I shall be  
when God shall please.*

*My ship sails back at dawn of day,  
and storms may rage in vain;  
my pilot meets me in the bay,  
and I have hope again.*

*Torn sail, and naught to shleter me,  
tossed by tempestuos seas;  
but with my pilot I shall be  
when God shall please.*

Mi nave boga por sendos mares,  
sin plan y desconocida,  
pues ¡oh, vapor mío! es mi alma fuerte,  
y no estoy solo.

Algún refugio amable me dará bienvenida.  
Algún viento cálido y persuasivo,  
y con mi piloto estaré  
cuando á Dios plazca.

Mi nave regresa al alba,  
tormentas ulularán en vano;

mi piloto sale al encuentro en la bahía,  
y de nuevo la esperanza renace.  
Velamen destrozado y ningún amparo,  
batido por tempestuosos mares;  
mas con mi piloto estaré  
cuando á Dios plazca.

Su Dios interior le diría muy quedo al oído:

«Confundirse con lo absoluto es el deber y el goce del hombre que ha logrado despreciar así el mundo y sus miserias momentáneas.

»Pensando serás feliz.

»Mas cerca de mí, bien amado, porque oculta en el amor infinito tu mente conocerá la paz.

»¿No deseas tú ser el más hermoso pensamiento de Dios, su carácter, más noble, resplandeciente con todo poder?»

...Y el joven pensativo huyó á la landa solitaria y silenciosa.

«Sólo puede haber una substancia», se repetía. «Murió para sí», dice su historiador, «mientras que el intelecto, después de todo, había alcanzado su propia libertad por acto vigoroso que le aseguraba; así como Natura era sólo un pensamiento suyo, él era sólo una idea transitoria de Dios.»

El problema del hombre es un todo espiritual, y la desgracia mundanal proviene de que no quiere darse cuenta de ello. Esto no rebaja en modo alguno el avance material del mundo, pero sí lo subordina al factor psíquico. La materialidad es

medio, jamás finalidad. Adoremos á la vez el bienestar y el ideal.

Todas las almas han nacido con los mismos medios de arribar á todo lo grande y bello de Dios. «Sed perfectos como mi Padre», repetía el filósofo de Nazaret, mas el mundo, engolfado en la caza al oro, ha olvidado esta invitación á lo divino.

La diferencia entre las diversas personalidades sólo estriba en la diversidad de mentes, á las cuales el espíritu imparte su mensaje.

Hemos de afirmar el receptor por el saber, el arte, la voluntad. Todo se reduce á cultivarse. Nadie puede impedirnos el ser grandes y poderosos, á no ser nosotros mismos. Seré lo que me propongo ser, si en ello persisto, y edifico donde morará mi novel personalidad, más cercana de Dios.

Fuera principalmente por la ciencia ó el arte que el hombre se allega mejor á su *yo* superior y en ello va el por qué tanta grandeza acompaña á estas actividades. Dios es espíritu, mente; por esos medios le alcanzaremos.

En su aspiración á la *tabula rasa*, Sebastián, si acaso creyente, descubriría, en este instante de lucidez psicológica, al cristianismo como un proceso mental por el cual negamos, aun frente á apariencias contradictorias, el mal y afirmamos el bien, hasta manifestarlo.

Tan ardorosa y comunicativa resulta mi simpatía por esta alma hermana, que he buscado su imagen entre las que el arte perpetúa. No me ha

sido difícil visualizar al joven apuesto y henchido de tan majestuosos pensamientos.

Novalis, con una honda idea suya, excusará este antropofornismo.

«La obra de arte es un elemento espiritual. El artista descansa sobre él como una estatua sobre el pedestal.»

Hojeando el *Art Journal* de Londres, revista donde el arte es considerado con la seriedad de un culto religioso, hallé lo ansiado.

Fué la fiel reproducción del *Retrato de un hombre*, de Giorgione. Es Jorge de Castelfranco, en la pintura exuberante de Venecia, la personificación del *bell vivere*. La belleza encarnada en la esplendorosa juventud le cautivó siempre por completo. Tomó la vida á grandes sorbos, como vino puro y generoso. Murió en la primavera, habiendo sólo vivido para las cosas inocentes y hermosas de la existencia. En su concepto del vivir inteligente é iluminado nos recuerda á Goethe, sobre quien el mal nunca tuvo poder.

*How good is man's life, to mere living! how fit to employ.  
All the heart and the soul and the senses for ever in joy.*

Así podía exclamar, con el Saúl de Browning.

Color, realismo, belleza, todo se ha reunido en este símbolo de la frescura, del encanto, del poder de la juventud genial.

Creo—escribe entusiasmado Lewes Hind, ese crítico de arte el más sutil de todos, después de

Hipólito Taine—que Giovanni Bellini, con su retrato de *Dos nobles venecianos*, fué el iniciador de esos retratos graves, sin sexo y suaves, que Ticiano y Giorgione condujeron á la perfección. Mirad á esos dos jóvenes en sus vestes simplemente suntuosas. Me conmueven como la poesía elegíaca.

Finados, aun no hablan por su esplendor, como reyes sobre tumbas esculpidas.

¿Y qué pensáis del *Retrato de un joven* del Giorgione?

¿No es acaso perfecto en su serena belleza este sencillo busto de veneciano, colocado sobre un parapeto, descansando la mano sobre el borde?

Cuando visito una galería de pintura, busco llevar conmigo la impresión sobresaliente de alguna obra notable, como especie de recuerdo de la aventura pictórica. La última vez que visité el Kaiser Friedrich Museum, fué este retrato del Giorgione lo que me impresionó indeleblemente.

...Es uno de esos italianos, soñadores, poetas, de grandes ojos interrogantes, que Giorgione amaba pintar. No es la imagen del reposo, es el reposo mismo. Al mirarle, no sólo se siente palpitar el cuerpo bajo la casaca, la redondeada caja huesosa, la cabeza, larga, espesa, cuidadosamente recogida, sino que se es todavía consciente de la mente y del corazón de aquel que vive al través de estos rasgos calmos y reflexivos. Es el ápice en materia de retratos. Refleja la fruición cual si el artista tradujera en forma pictórica las líneas de Shak-

espeare: *Men must endure their geing hence, even as their comning hither ripeness is all.*

Cerca del mar, en la gran casa solitaria, Sebastián podía reflexionar á gusto sobre lo infinito y el encantamiento que sobre él parecía ejercer. Negra debió tornarse su melancolía. Y lo más singular de todo ello, era «que una abstracción metafísica pudiera apoderarse de una mente tan ricamente dotada para la percepción del mundo sensible».

¡Por qué, fuera el caso de preguntar aquí, encontramos en ciertas naturalezas tan encantadoras, predisposición al afecto más romántico posible, y sin embargo, imposibilitadas de hacerse amar!

¿Existe verdaderamente en el mundo moral la supervivencia de los más aptos?

Sebastián realizaba en su vivir ensoñado la forma de Dyonisos:

*Au sommet de l'être et de la conscience gouter l'ivresse de la vie dans l'holocauste de soi même.*

La mente infinita y amante se complace á menudo en reservar, para su culto augusto, los más hermosos ejemplares de la raza. Con ternura vela sobre el que se ha dormido para el mundo externo, ilumina al que le busca, fuera ello en las tinieblas.

Cuando el hombre trabaja en esta región del pensar absoluto, se siente alternativamente lleno de poder y de incurable tristeza.

«Como Sebastián permaneciera en este sitio con



uno ó dos criados, un vendaval repentino, cual podía suponerse, en el curso de algunas horas sombrías de tempestad, alteró la tierra en su derredor.»

El implacable enemigo de Holanda, la mar brava y sin escrúpulos, penetró todas las aberturas de la casa, llenándolas de infecundo silencio. Al joven filósofo, amado de los dioses, le encontraron ahogado en lo más alto de la torre. Cobijado entre las pieles que adornaban su manto, dormía un niño en pañales, vivo aún, entre los brazos del noble mancebo. «Y había sido en el salvataje de este niño, con gran esfuerzo, como lo indicaban ciertas circunstancias, como Sebastián había perdido su vida.»

Por esa ironía implacable que persigue á los mortales, la impasibilidad del empedernido joven finalizó en un acto de supremo altruísmo. Después de todo, el corazón había sido su facultad más saliente. No habiendo objeto para su devoción y terneza, su hipersensibilidad se encaminó á la busca del dios interior.

Esfuerzo alguno se pierde en el universo. Es la falta de éxito tan sólo aparente ó relativa. Las tristezas, las desilusiones, la desesperanza, los actos más triviales, van á formar el puerto, donde acaso pueda desembarcar alguna alma desconocida.

Lo que hay de mejor en nosotros mismos se salva siempre y nos redime.

Artista, lo ha dicho Barret Wendell, es todo hombre que consagra su existencia á la contemplación y á la expresión, por oposición á aquel que se entrega á esa especie de trabajo llamado productivo por la economía política.

Si estuviéramos perpetuamente satisfechos de nosotros mismos, no progresaríamos; sin la seguridad de un más allá, donde nuestro esfuerzo podrá florecer siempre, la vida se tornaría tan estéril como el constante llenar del tonel sin fondo de las Danaides.

Seres como Sebastián son tan necesarios á la sociedad, de la cual parecen diferenciarse tanto, cual el obrero más modesto. Las cosas más delicadas de la vida son símbolos. El heleno rodeó á la sensualidad de poesía, que con ellos debía desaparecer. Muchos han tentado renovar este sublime ideal, pero se han malogrado en el esfuerzo.

El amor á la belleza, sin otro elemento que el puro goce sensual, vulgariza á la larga y aniquila. Conduce á lo efímero y paraliza el desarrollo espiritual. Puede ser sólo una etapa en la ascensión del ser, nunca un amparo final. Sólo en la región del espíritu adquirimos la paz.

Construimos siempre para que otros moren en las casas de nuestra alma.

Morimos tan sólo para subir. El objeto de la vida es, al través de un *ricorsi karmico*, aceptar conscientemente nuevas formas de la belleza y santidad.

Pintor sin palabras, Van Stork fijó sus pensamientos en el aura mental de una humanidad á venir.

Á creer en la encarnación, que por la lógica acerada tiene hoy día tantos adeptos, diríase de Sebastián fuere el alma pura y encantadora de Fray Angélico. Privado de su mágico pincel, Guido da Vicchio, solitario en la plutocracia artista de Holanda, dióse á concebir las visiones de la razón pura. La sinfonía tumultuosa de las pasiones carnales no le pusieron al borde del abismo. La lucha había cesado en su psique. Los cuadros pintados en el asoleado claustro del valle del Arno, apacibles y serenos como los abismos estelares, habían depurado su mentalidad de toda impureza, su alma de toda ambición mezquina; su filiación con Dios era ya perfecta.

Sus padres le siguieron los pasos, presintiendo el suicidio del hijo adorado. Se consolaron en viendo la belleza insospechada de su alma.

Anticipando á Spinoza, dice Pater, consideraba la dicha como una pasión por la cual la mente pasa á un grado superior de perfección ó poder del pensamiento, así como la pena era la pasión en la que aquéllos eran disminuidos. ¿Qué había sido de su muerte, sino el abandono á ese principio que en la materia es ley, en el hombre amor y entendimiento? El postrer acto de su drama no simboliza otra cosa: es la mente infinita penetrándole por doquier.

«Sabio médico, sin embargo, se esforzó en consolar á la madre, haciéndole notar que, de cualquier modo, debiera morir antes de pasar muchos años, lentamente, acaso con dolores, de un mal que por entonces hacía su ingreso en el mundo, enfermedad engendrada por las nieblas de ese país, por aguas, observó que no estaban en su lugar, más allá del firmamento, y obrando sobre personas de una naturaleza harto delicada por los efectos del lujo moderno.»

Un canto flébil se eleva en mi corazón acongojado: «La concepción maestra de otra mundualidad debe hacer presentir siempre alguna dispensación futura en este mundo.» Esta biografía imaginaria no es tan sólo fantasía de literato. Se trata de un hondo estudio psicológico de ciertas peculiaridades humanas, aun mal comprendidas, pero cada día más accesibles por la patología mórbida.

*L'éphèbe aux pâles yeux, poème d'un instant  
fantome vaporeux, s'éteignit come un rêve,  
et son heure ici-bas fut la musique brève  
qu'une magique flute achève en sanglotant.*

*Le sinistre nocher parut, et l'envoutant,  
je le vis s'embarquer et rester su la grève,  
et longtemps ma douleur ne connut point de trêve,  
mais la vie est un baume et l'homme est inconstant.*

*Seulement, malgré tout, l'éphèbe de Novare,  
clair de lune nacré dont le ciel fut avare,  
remonte encors parfois, de l'oubli du tombear.*

*Le nocher qui le prit, le ramène au rivage,  
et je le revois frele, élané, pur et beau,  
et me revois pareil á l'amí jeune age (1).*

He ahí el epitafio envidiable de Sebastián. Vida dulce y sólo divorciada de todo pesar que pudiese disminuir la poética serenidad.

Hombre alguno podrá recorrer la obra de Wálter Pater sin adorar la juventud que, por cima de las embriagueces, clava su mirar en la región de los sueños informes. *Souviens toi de rever et de penser!*

¿Quién podrá oponerse á esa noble legión?  
Ángeles han pasado.

## XXI

### «Laus amoris»

Los seres sensitivos, aquellos en cuya alma el universo se refleja en sus mil aspectos, tienen modos extraños de expresar la plenitud de sus goces. Cuando niños, estos privilegiados no han menester para alcanzar goces superiores de un paisaje de Ruysdael; una cabeza de Guido Reni; una visión

---

(1) Alejandro Macedonski: traducidos del rumeno.

de Fray Angélico; un interior de Grecia ó de Roma, ideado por Alma Tadema; la dulzura irradiada por las madonas de Rafael, rodeadas de Jesusitos y traviesos San Juanes; del inquietante simbolismo de Puvis de Chavannes; de las inconclusas obras de Rodin ó monumento como el de Bartolomé, dedicado á los muertos, sobre los cuales resplandece la luz (1). El niño sabe vivir en la atmósfera de Dios y del amor que, cual su paz, sobrepasa á todo entendimiento. El conoce, por la adaptabilidad de su espíritu crédulo, á «la luz en la sombra de Dios» (2).

El niño artista observa con clarividencia la serena armonía esparcida en todas las cosas por la razón suprema. Dejamos de percibir las más de las cosas en torno nuestro por carecer de organización para ello.

¡Ah! el gran misterio, ¡la razón inmaterial!

Cuando nos sentimos enajenados de amor por alguien ó por alguna cosa, ¿acaso no perdemos cierta conciencia de nosotros mismos? Á menudo el motivo de esta figura de sensaciones es bien inferior á nuestro entusiasmo sublime. ¿No fuera que nuestra alma gozara tal vez en otra parte? ¿No pudiera participar, con su don de ubicuidad, en

---

(1) Leyenda sobre el monumento del Père Lachaise en París.

(2) Expresión de sir Thomas Browne: *Religio Medici*.—  
(N. del A. L. A. N. F.)

algo á que no asiste corporalmente? El misterio se plantea allí.

No obstante, nos persigue el deseo de confundirnos con la sapiencia constructora de toda belleza serena y augusta.

De todos los actos humanos, la adoración de Dios es el más solemne y á la vez el más tierno, en la infancia pensativa. Es el más comparable á la música más elevada.

Los mejores de entre nosotros modelamos nuestra vida sobre idealidades. Con el arte renovamos la creación. «Sólo se ve una cosa cuando se atisba su belleza.» Existía en mí una extraña aspiración hacia la pureza traducida por intensa emotividad religiosa. El santuario, medio alumbrado por la luz vacilante, el altar gótico de mármol blanco, los vasos bronceados, las azucenas y las palmas, el incienso ascendiendo en espirales fantásticas, las casullas lujosas: todos estos elementos del ceremonial me conmovían profundamente. La elevación de la hostia me transportaba á regiones etéreas.

Á mamá cabía el arreglo del altar del Corazón de Jesús. Los sábados se arreglaba con flores escogidas.

Sobre la cama pendía el Samuel de sir Joshua Reynolds, recordándome perpetuamente un trozo favorito de la Biblia:

«Antes de extinguirse la lámpara sagrada, Samuel dormía en el templo del Señor.» Los niños

son tratados con amor en la Sagrada Escritura, excepto aquellos que se burlaron del venerable profeta. La historia del hermoso guardatemplo, puro y dominado por el espíritu divino, ofrece saludable ejemplo á la juventud. La pureza, la humildad, la inocencia nos tornan portavoces de la sabiduría infinita.

Así avanzaba mi infancia en el culto de la contemplación que prefería á la acción. Vivía yo en la región de la imaginación, despierto á las impresiones de lo bello en derredor mío. La sutil palabra latina *umbratilis* define bien este modo de ser inocente, inactivo y serio. Semejábase mi vida á la preparación para el sacerdocio. Como el gallardo Jon (1) en la tragedia de Eurípides, que se deleataba con la limpieza del templo, me hallé siempre feliz en la casa de Dios.

Mi libro de oraciones se llamaba: *Holy Childhood*, la Santa Infancia: lo leía á menudo. Agradábanme las estampas en que figuraban las escenas más encantadoras de la vida de Jesús. El nacimiento y la Santa Cena me traían como misterios llenos de terneza. Como en la leyenda de Eros y Psyquis, en el acto de la comunión uníame, por

---

(1) Jon, niño de coro de Apolo, educado en su santuario y consagrado á su culto luminoso. En la tragedia de Eurípides, á pesar de su carácter hierático, interrumpe el ritual para apostrofar al dios á quien sirve. Es un espíritu bien moderno.



lazo inexplicable, á un ser imperceptible. Sentía después plena satisfacción, parecida á la descrita por Tennyson como «muerte en la vida». En acción de gracias, leía unas meditaciones por el autor de *Pailletes d'Or*. Era un librito primoroso, de tapas azules. ¡Cuánto me encantaba! En una prosa admirable, fruto de una gran pasión por el misterio eucarístico, se elevaban preces melodiosas. Aun después de no participar de esas emociones, amaba leerlo por su bello lirismo místico.

Estos sentires se cristalizaron en un himno, que por entonces compuse y cantábamos, al son de la tonada de Loreley:

¡Jesús, buenas noches!  
Al reposo voy,  
juegos y libros dejar debo,  
para tranquilo soñar de Ti.  
Cuando espeje la luna,  
tus ángeles enviad;  
en sus alas serenas,  
hasta el alba, quedar quiero.  
¡Adiós, adiós cuanto amo;  
el trabajo abandono;  
Jesús, el hogar vigila;  
buenas noches, hasta mañana Salvador! (1).

Fuerza social alguna produce más paz, más alegría, más conformidad que la fe en una inteli-

---

(1) Á pesar de lo sencillo del concepto, Erroll Lionel sólo tenía catorce años cuando los compuso; poseen mucha cadencia musical en el original inglés.—(N. de A. N. F.)

gencia infinita y paternal, siempre dispuesta á socorrernos. ¡El deleite profundo de sabernos libres en espíritu! En su luz conocemos la luz; en su sabiduría nos agigantamos; en su amor todas las dificultades se disuelven. El comunicar con el gran Todo centuplica nuestras fuerzas. Llega nuestro espíritu á lo hondo de sí, porque al afirmarse la semejanza con Dios, compartimos su poder. Sed religioso: es signo de poesía, de energía idealista, de progreso mental.

Extremadamente emocionado, Rodin, ese nuevo Miguel Ángel, exclamó: *Les vrais artistes sont les êtres les plus religieux du monde.*

*Une main de lumière a pris ma main dans l'ombre  
et m'a conduit le long du mystique sentier.*

. . . . .

*L'dûbe d'une clarté s'épanche dans mon âme,  
aux murs de l'horizon j'ai vu luire une flamme.  
Et j'ai senti passer la robe du Sauveur...*

Es el ser todo que palpita en un arrobamiento sensual ó el alma vislumbrando su patria. ¡Ah! si uno pudiera permanecer en uno ú otro estado... El encanto y el martirio del artista, está en ese vaivén eterno. Sus infidelidades sólo las excusa la sinceridad.

¡Ah! poesía de la vida interior: «vibrante y pura como un cristal».

Esta religiosidad no sofocó en ningún modo el amor á lo bello.

Ambas pasiones crecieron paralelas desde temprano, como dos hermanos queridos, sin recelos ni envidias.

¡Silencio! ¡el soñador avanza! Es como el símbolo: nada expresa á los que no lo sienten.

Amaba agrupar objetos de arte, colocándolos donde los pudiese contemplar á gusto. Poseía muchos iconos preciosísimos, y ante ellos, como ante Apolo, quemaba perfumes. Bustos de Shakespeare y Goethe, vasos japoneses imitaciones de Sévres, porcelanas raras y cálices de bronce, infolios de espléndida encuadernación, estaban esparcidos por la chimenea y mesitas. Expuestos á veces estos objetos junto á un ramo de flores, vecinos á un libro fascinador, irradiaban por la estancia un ambiente de serenidad, que todos se complacían en reconocer.

El amar lo bello siempre precede á su estudio consciente. Sin saberlo, practicaba el eclecticismo estético preconizado por Wilde. Entendía por ello el incomparable artista la genuina armonía de todas las cosas verdaderamente bellas irrespectivas de su época, sitio, escuela ó manera.

Mientras nos agitamos en nuestra morada carnal, la belleza importa más que la verdad. Y me mueve el preguntar, con Albert Samain, de si en el orden misterioso del universo la belleza no fuera sino la fijación material de la dicha.

Como en el cuento de los *Peregrinos de piedra*, fueron estos los hilos conductores para escalar la

montaña donde me esperaban la serenidad, la amplitud mental y el espíritu religioso.

Por ellos, á su debido tiempo, arribé á un concepto estoico y blando de la vida. Para conocerla á fondo, no es justo alistarse exclusivamente á la virtud ó al vicio. Sin decidirme como Hércules ó Sansón, cuya mutua desgracia proviene de su falta de malicia, caminé sereno por sendos caminos.

Así pudo William Sharp (Fiona Macleod), ese sutil enamorado del misterio de las cosas del cosmos, levantar un altarcito de piedras á la deslumbrante presencia tras el viento y el sol.

Esta pasión por lo desconocido, apenas vislumbrada al través de las cosas bellas y sugerentes, toma un significado importante en el futuro de mi vida.

La influencia de estas emociones, sensibilizando la imaginación, crearon en mí una nueva personalidad.

Jamás pude apartarme de esas visiones y de esos ensueños. Á ese *alter ego*, al camarada, me uno á menudo para vagabundear más allá de la apariencia de las cosas.

Allí mora la belleza por la cual suspiro... ¿Quién no posee, si su vida ha sido suficientemente activa y profunda, una personalidad dual?

Á veces pasan años sin conocerse las cámaras secretas de nuestro *ego* supremo; nos adormece el mundo de los hechos y nos embriagan sus realidades tangibles.

El que ama con coraje y entusiasmo su infancia, está más vecino á la amistad del invencible *ego*.

Ese genio benigno, esa sacrosanta idealidad, nos empuja á reaccionar contra la materialidad del ambiente, y cuanto peor es éste tanto más enérgica se alza la protesta.

El *ego* nos nutre de su saber en la hora de la duda y con su luz nos ilumina el laberinto del vivir. Enséñanos á interesarnos más por la vida que por nosotros mismos. En las meditaciones más hondas ó intrincadas nos da la sencillez del corazón de un niño.

En las meandras de ese infinito río que Hugo llamó *La leyenda de los siglos*, hay un recodo, florido refugio donde amo recostarme y adormecerme, al son de esta divina melodía:

*Me voilà, je suis un éphèbe,  
mes seize ans sont d'âzür baignes;  
guerre, deese de l'Erebe,  
sombre guerre aux cris indignes.*

*Je viens á toi quand la nuit est noire!  
Puisque Xerxes est le plus fort,  
prends moi pour la lutte et la gloire  
et pour la tombe mais d'abord.*

*Toi dont la glaive est le ministre,  
toi que l'éclair suit dans les cieux,  
choisis-moi de la main sinistre  
une belle fille aux doux yeux.*

*Qui ne sache pas autre chose  
que rire d'un rire ingénue,  
qui soit divine, ayant la rose  
aux deux pointes de son sein nu.*

*Et ne soit pas plus importune  
à l'homme plein du noir destin  
que ne l'est au profond Neptune  
la vive étoile du matin.*

*Donne-la moi, que je la presse  
vite sur mon cœur enflammé;  
je veux mourir ô déesse,  
mais pas avant d'avoir aimé.*

¡Cambiando uno que otro vocablo de esta prez  
candente, pudiera haberla dirigido á mi doble,  
amado Endimión!

Vivir es sencillamente un momento divino,  
cuando amamos lo bello por sobre todas las cosas.  
Si para el arte literario resulta axiomático el decir  
de Goethe: *In der Beschränkung zeigt sich erst der  
Meister*, falta á la verdad en la vida. La sabiduría  
surge de la experiencia y en ello seguimos á nues-  
tra curiosa madre Eva. La naturaleza del artista  
está hecha para vibrar al contacto de todo. Sin  
cesar va de un extremo á otro.

*C'est un cœur trop plein; c'est un cerveau dont  
la lumière déborde...*

Hubo una época, cuándo ni cómo acaso lo sabré  
jamás, en que Dios era solo. Vivía en el ambiente  
de su propia luz. Sucédiale, en escala infinita, lo

que al hombre de genio y afectos, en un medio sin simpatías: no sabía con quién compartir sus dones.

Quiso irradiar su ser. Anheló contemplarse como el cóndor en la superficie de un lago andino. Su espíritu se desdobló y el hombre, chispa de esa lumbré infinita, habitó los mundos del espacio. No podía crearlo enteramente á su semejanza, porque en pareciéndosele mucho, el hombre se confundiría de nuevo con él. El Egipto redujo á geometría esta sublime verdad, perpetuándola en la pirámide, cuya base simboliza á Dios; la cúspide al hombre.

En sentido descendente, las aristas de la pirámide significan etapas sucesivas de la vida humana. Es apenas la época en que surge la asociación humana; en cada plano, la vida es más amplia y elevada. Por la individualización, nos vamos diferenciando del mundo material hasta que, no necesitando en absoluto de sus manifestaciones, llegamos al seno de lo Eterno.

El mal en este sistema fuera un elemento enteramente relativo. El bien sólo participa de lo absoluto. Si así no sucediera, jamás triunfaría de su contrario. Pasamos de un plano á otro á condición de vencer el encantamiento con que Maya quiere cegarnos. La mayor parte de los cuentos de hadas presentan esta enseñanza bajo agradable fantasmagoría.

Un teclado ofrece cabal idea de ello; para pasar de una nota blanca á otra es menester tocar la negra intermediaria. Esta última figura el puente

entre las otras dos. El dolor, el mal, el sufrimiento, la contrariedad, tienen esa misión en el desarrollo humano.

Esta filosofía esperanza al hombre, le dignifica, ennoblece y orienta su esfuerzo. Nada se crea ó se pierde en lo físico como en lo moral.

Al debido tiempo la esfinge nos libra sus secretos. Ella sólo simboliza el poder, por el cual el despredicado ser humano sale enriquecido con todos los atributos. Entonces le sienta bien mirar calmo la eternidad. Transpuesto el mundo de la mentira, arriba el momento en que conocemos nuestro rol en la economía del universo. Somos entonces nuestros propios arquitectos y jueces. Los espíritus estrechos, los egoístas, los malvados, ascienden lentamente la cuesta sagrada. Su desconocimiento del amor, de la simpatía, limita su horizonte; vagan indefinidamente entre existencias muy materiales. Todos saludarán la luz. La paz está con nosotros desde el instante que sabemos positivamente la realización de nuestros anhelos más íntimos.

«Antes de llamar os contestaré», refiere Isaías de Dios. Desear una cosa es plantarla en el medio mental. Con su clara mentalidad, abierta á cuanto el mundo podía ofrecerle, fuere ó no favorable á un sistema preconcebido, Goethe llegó á esta interpretación del cristianismo:

*«Nos désirs sont le pressentiment de nos facultés, les précurseurs de ce que nous prouvons devenir, notre imagination nous représente comme existant*



*dans l'avenir, ce que nous voulons, ce que nous pouvons; et c'est ainsi que le besoin de posséder en réalité ce dont nous jouissons déjà idéalement, fait de chaque pas dont nous avançons dans la vie, l'accomplissement d'une partie de nos désirs. Si le sort nous favorise, nous y arrivons en droite ligne; s'il nous est contraire, nous y arrivons par de longs détours, mais enfin nous y arrivons.»*

Nadie puede, so perjuicio para sí mismo, detenernos en la ruta. A hombre alguno le será dado el cortar por completo nuestras alas, y si lo hace, se prepara á recibir el daño tan siniestramente destinado á otros.

Todo esfuerzo se aprovecha y suma en el caudal dado para aumentar é igualar al espíritu en belleza. Cada arte, actividad, cualquier vocación, desde este punto de vista elevado, revelará la senda perfecta.

Toda actividad puede moverse en dos planos: el puramente físico, limitado, ó el espiritual, progresivo infinito. El arte podrá elevar, como en Grecia ó Egipto, á las alturas más etéreas, ó sumir en la lascivia, cual en ciertas agrupaciones de la Francia contemporánea. El culto á la belleza mueve la vida titánica de Miguel Ángel: ora le inspira admirables sonetos, ya le sugiere la cúpula más hermosa del mundo. Por otra parte, conduce á Oscar Wilde, uno de sus cultores más originales y apasionados, á la cárcel de Reading.

El artista oficia como hierofante en un santua-

rio, celoso de los arcanos que infunden la paz y armonía de los mundos.

Divídese la humanidad en dos clases de seres: los que llegan á comprender su parentesco con el alma universal y aquellos que ignorándolo buscan sus aspiraciones en los sentidos. De los primeros es el reino de los cielos. El corazón puro y el sentimiento de la armónica justicia entonan esas sinfonías internas, traducidas por el vocablo, entusiasmo é inspiración. Los segundos rara vez alcanzan otra recompensa que el oro inquietante, el mandar sobre imbéciles ó vegetar como parásitos.

En mis paseos por Epiro recuerdo haber tomado un día un sendero poco frecuentado. Lo seguí sin preocuparme de adónde conducía. Terminó en una ladera á pique de la montaña. Allí, á mis pies, se desenvolvía uno de esos paisajes que Da Vinci, cediendo á la plétora de su fantasía, da como horizonte de su *Mona Lisa*.

Quedé sin habla por algunos instantes.

Bebía á sorbos pausados aquella virgen majestad. Volví al mismo punto unos días después, fascinado, y lo contemplé largamente en todos sus contornos.

La neblina que medio lo encelaba antes habíase levantado. El cielo se presentaba sin una nube. Nada interceptaba el abismo de lo infinito. Imágenes é ideas me inundaron ante aquella metamorfosis.

¡Oh Naturaleza reveladora de los arcanos! Tú

eres un símbolo, un mágico espejo sobre el cual el cerebro iluminado lee el conjunto de las cosas y las comprende. Olvidadas las iniciaciones severas sobre las cuales se erguían gran fuerza moral y selección mental, sólo nos restas tú, santuario inviolado, cuya bóveda es el firmamento y los pilares las montañas tenebrosas. ¡Tú nos despiertas del letargo animal! ¡Tú nos devuelves lo que una sociedad frívola quiso arrebatarnos: la intuición, la voluntad, el raciocinio!

¡Oh diosa, he leído algunos de tus pensamientos en las facciones serenas; he creído levantar la orla de tu velo fino como celaje de la aurora!

. . . . .

Semejante á los dos aspectos de este paisaje es la vida del hombre.

Nace en las tinieblas y sale purificado por su esfuerzo, ser de luz.

Como la esfinge, vencedora de todas las civilizaciones, asiste en espíritu al desarrollo humano desde la animalidad, sólo perturbada por informes ensueños á la divinización.

«Los hombres son dioses mortales; los dioses hombres inmortales.»

Ya no te temo: ¡Amor, Sabiduría, Justicia, Ciencia, Esplendor, Inmortalidad!

Cuando volví en mí, ayudado por aquel espléndido cielo como una inmensa turquesa, comprendí el mito de Isis y Osiris.

Oasis, hijo mayor del Cielo y de la Tierra, se

encarnó en un rey de Egipto, donde reinó con su consorte la celestial Isis. De su unión, modelo de las armonías, proviene la sabiduría de este país. Enseñaron las artes al hombre inculto, que vivía adormecido al borde del Nilo augusto.

Deseoso Osiris de esparcir por todas partes la luz de su cerebro, partió para el Asia dejando el gobierno á cargo de su esposa.

En las sombras de su abismo, Set-Typhen, el envidioso hermano, meditaba destruir tanta belleza. Fué secundado en el siniestro propósito por su mujer Nephtis. Sabedor de la vuelta triunfal de Osiris, rebeló á Isis su mágica veste.

Engañado por este ardid, creyendo ver en Nephtis á su divina esposa, la abraza con la ternura propia de quien regresa de un largo viaje. De esta infausta unión salió Anubis, el jefe de los espíritus elementales. Mientras el rey estaba bajo el imperio lánguido de la voluptuosidad, Set Typhon le asesinó cobardemente.

Después arrojó al río su cuerpo hecho trizas. Advertida Isis de lo ocurrido por el lamento del dios fluvial, bajó la corriente en busca del cuerpo arrebatado tan prematuramente á su hondo amor. Á la vista de la admirable faz, bañóla en lágrimas. Enternecido el esposo, abrió los ojos relucientes y como rayo de la naciente aurora, traspasó su mirar el corazón de la reina. Así fué concebido Herus, el salvador. En tanto, el usurpador reinó en Tebas cual malvado.

En el sereno retiro de Abydos, crecía el libertador educado por Isis.

La belleza y el poder de su padre pasaron á él aumentados. No tuvo Natura secretos para él. Hombre ya, conseguía atraer á su lado á la esposa de su mortal enemigo. Tras larga y cruenta lucha lo venció, debido á la intercepción de Isis; el usurpador se salvó de la muerte.

Victoriosos, madre é hijo convocaron á los dioses á su palacio de Tebas para mostrarles el sepulcro de Osiris. Palabras de invicto amor fueron pronunciadas sobre los restos. Á su conjuro, resucitó Osiris revestido del esplendor de ultratumba. Al instante la esposa fué también transfigurada, brillando de súbito como una estrella. En eterno consorcio se elevaron á las regiones de la perenne luz. Consternada la corte, reconoció en las palabras pronunciadas por Herus el verbo de Osiris, y en sus pupilas rutilantes reflejóse la suprema bondad.

No pudiendo Dios expresarse en su totalidad, se divide en el espacio y en el tiempo. Refléjanle en su infinita multiplicidad, las cosas del universo de manera parcial. Isis, el *alter ego*, el alma universal, el éter de los físicos que todo lo penetra y enlaza, vive sin variar. El ser humano, al reconocerle como su mediador, se une con el espíritu infinito.

Ese mito apunta la existencia de la luz astral «que permite á los dioses el bajar y á los hombres el subir».

El hombre reduce su poder astral por la materialidad. Ingresa únicamente al verdadero plano, cuando, digno como el antiguo neófito, reconoce la realidad tras el símbolo. Concebido en el dolor con vagos indicios de su presunta divinidad, busca en el mundo, cual la divina y desolada Isis, los fragmentos del cuerpo del adorado esposo. Esta alma del universo sólo se nos revela cuando el corazón se ha serenado por completo. Ella exige que nos una constante devoción y maravilloso esfuerzo.

La resurrección de Osiris ó segundo nacimiento, simboliza el perdón de todas nuestras faltas. Al compartir la divina esencia en su más elevado aspecto, sufrimos un cambio total. Somos entonces traducidos al estado de profeta, genio médico ó reformador á la manera de Jesús.

En el mundo anglosajón hay un gran despertar en ese sentido. Esta sublime filosofía busca abrirse paso de nuevo en el cerebro humano.

La teosofía, las ciencias mentales, el *Christian Science* y *Unity*, entre otros sistemas innumerables, son tantos otros caminos hacia ella.

¡Eskate Bebeloil!... ¡Fuera de aquí los profanos!... Aun pocos conciben el Evangelio como tratado de la ciencia de las ciencias.

Iluminar el entendimiento es su fin. Trata del alma, la llave del universo.

Primero el reino de los cielos, breve, lo psíquico; después las manifestaciones de la materia.

Se descansa únicamente en el espíritu. Cuanto

de él nos aleja, causa tristeza, malestar, inquietud, muerte...

Al despertar Geroncio (1) del sueño de la muerte, en la eternidad, fué su primer pensamiento: «¡Qué tranquilo es todo esto!»

Amo concebir á Dios, tal como le sugiere un cuadro moderno. Representa á la esfinge gigantesca, plateada por la luna. Mira, cual desde tiempos inmemoriales, los nuevos mundos y los cielos renovados. El desierto egipcio se refresca á la pálida lumbre de la noche. Entre los grifos del monstruo, obsérvase á la Virgen María durmiendo plácidamente; en sus maternos brazos Jesús reposa.

Así me deleita pensar en mi alma: soñando en las faldas del Padre querido.

Escapa su gloriosa presencia á mis sentidos, mas sé positivamente que vivo en él.

---

(1) Nombre de un poema del cardenal Newman, autor de *Fabiola*, puesto en música por Elgar, el más genial de los músicos ingleses contemporáneos.

## XXII

‘*Princeps juvenis; idola amicitiae,*

*Oh to be in England  
now that April is there,  
and whoever wakes in England  
sees, some morning, unaware,  
that the lowest boughs and brushwood sheaf  
round the elm tree bole are in tiny leaf,  
while the goldfinch sings on the orchard bough  
in England-now.*

ROBERT BROWNING.

Quién me diera estar en Inglaterra  
ahora que se ha puesto el Abril;  
el que allí despierte  
atisbará inesperadamente algún amanecer,  
que las más bajas ramas y gavillas de jaral  
en derredor del talle del olmo están cubiertas de pequeñas  
[hojas,  
mientras canta el pinzón sobre la rama de la huerta  
en Inglaterra ahora.

¡Cuán caras á mi corazón son las escenas de mi infancia!

¡Niño aún amé divinamente lo que siendo adolescente adoré!

Sentí temprano la dignidad, la belleza, la dulzura de la amistad.



Jamás pude leer el primer libro de los *Reyes* sin cierto estremecimiento afectivo. Sobre el fondo trágico, sangriento y desalmado de aquellos tiempos rudos se destaca como un lirio en un erial este idilio de la amistad: «El alma de Jonatán estaba unida á la de David, y Jonatán lo amaba como á su propia alma... David y Jonatán labraron un pacto, porque le quería como á si mismo.

»...Lo que mande tu alma, eso haré por ti, exclama el magnánimo hijo de Saúl.»

La amistad aportóme los deslumbramientos de la vida. En ella se originó el culto por la forma física como exponente de la belleza de adentro. Ser hermoso y asociarme á seres bellos me perseguía como un instinto. Sólo cabíame pensar de la juventud perpetua y la belleza cual cosas dignas de inmortalización. «*Most sweetly slumbering in the gates of dreams.*»

Mi primer amigo, si tal puedo llamarle, fué un jovencito de diez y seis años, nuestra *valet de pied*. Destinado, como todos los segundones de una familia, jardineros de Manresea Mouse (1), al servicio del duque de Nórfolk, sus padres lo colocaron en casa hasta alcanzar la estatura requerida por el noble señor para su servidumbre. ¡*Charito Belparos!* Era lo más parecido que he visto á un mancebo griego como Tryphon, hijo de Eutychos. Su fragante adolescencia semejaba desprendida de

---

(1) Colegio de novicios jesuítas en las afueras de Londres.

un estelio de Atenas, donde puede apreciarse esa belleza—«donde el alma se mueve en la superficie»—juvenil, pura, perfecta, fijada por Grecia como modelo del tipo humano. Por este efebo entreví una juventud idealmente fuerte y hermosa, animada por místicos deleites y el *ascêsis*, dominio sobre sí mismo. Al evocarle hoy, cual un vivo á un muerto, pues acaso jamás nos volveremos á encontrar, pienso en la obra maestra de Antonio Rossellino, la tumba del joven cardenal de Portogallo (1).

Nunca el sueño del morir ha paralizado formas más perfectas. Duerme serenamente; despertará un día para dar al mundo entorpecido un nuevo mensaje de *elagrias libertas*. Todo arte que no se alabora extáticamente en el santuario del alma, reducida en último análisis á la Naturaleza meditando sobre sí misma, pierde su alto linaje, así como el gigante Antêous al abandonar su madre tierra. Rossellino, Rafael entre los escultores del Quattrocento, se ha prendado de esa vida angélica antes de traducirla á la diva majestad del mármol. El cincel de ese artista tan penetrante y dulce ha sabido fijar las admirables virtudes de este prelado salido de la casa real de Portugal.

Vespaciano, su biógrafo, nos dice que había determinado conservar su virginidad, á pesar de ser el más bello de los de su época. Esquivaba, por consiguiente, cuanto podía impedir el cumplimen-

---

(1) En la iglesia de Sanminiato, cerca de Florencia.

to de su voto, como conversaciones libres, la sociedad femenina, los bailes y las canciones. Vivía en la carne como si estuviese emancipado de ella, y podemos decir llevaba la vida de un ángel más bien que la de un hombre. Á escribirse su biografía desde la infancia hasta la muerte, no sólo aparecería como ejemplo, sino para confundir al mundo. La mano de su monumento fué modelada sobre la suya, y la fisonomía es muy parecida, pues era bellísima su persona, pero aun más su alma.

El joven cardenal amanecía en mi amigo. Me transportaba la armonía de su cuerpo casto, complemento del alma serena hasta la impasibilidad.

No puedo resistir de referir esta imagen inspiradora, á la del *Adán* de Miguel Ángel: donoso, fuerte, musculoso, eurítmico, animándose al contacto del divino dedo. «Levántate y anda», acaba de significarle Dios. Gentilmente abre Adán sus ojos á la luz. La nobilísima cabeza está inclinada hacia el torso poderoso en un abandono de extraordinario efecto plástico. ¡Qué poema de belleza física resulta este ser ideal, respirando el goce del vivir más alto! ¡Cuánto conforta la imagen del hombre antes de quebrantarlo el destino!

Cual los discípulos de la antigüedad helénica, que el Renacimiento hizo revivir apenas, me complacía la hermosura excepcional y apacible de este compañero de mis juegos. Olvidaba la isla brumosa y cabalgaba por la Grecia clásica, de la cual mis antepasados eran hijos doctos. Aun no había leído

á Platón, máximo deleite no experimentado hasta los veintisiete años. Participaba, no obstante, de su idealismo elocuente y sublimes enseñanzas.

Á haber muerto en el momento de aquel efecto, hubiese vagado mi alma por la tierra como la del doncel Elpenor, que «volvía para pedir á Ulises le enterrase con el debido rito: «Pon el remo sobre mi tumba, aquel remo con el cual me ejercitaba cuando vivía, al andar con mis compañeros».

¿Puede visualizarse reunión más sugestiva, más donosa y límpida que estas amistades entre adolescentes? *Dilexi Decorem Domus tuae*.

Á pesar de cuanto presuma nuestra mente, siempre acrecentamos el valor personal por la comunión con espíritus fraternos. El amor fructifica nuestros poderes latentes. Púsome la amistad en la tierra de hadas donde despertó Alicia (1) y compuso Shakespeare el *Sueño de una noche de verano*.

¡Á Dios gracias, fui dotado de aspiraciones tales, que sólo lo más elevado y zahorí pueden calmar!

El pone un amigo en la senda del bien amado, más dulce que la hidromiel y más valioso que todo el oro de Rockefeller.

Veo las pupilas azules y húmedas del amigo fraterno, su boca y nariz de fino dibujo, los blondos cabellos enrulados, la frente rectangular y espaciosa, la sonrosada encarnación. Á medida que

---

(1) Se refiere á *Alice in Wonderland*, por Lewes Carrol.

cincelo el mármol del recuerdo, me ataraza la congoja:

*Oh for the touch of a vanished and,  
and the sound a voice that is still! (1).*

¡Oh, mi amigo de la infancia! Tú eres soberbio y eximio como un semidiós rubio y luminico. Departe conmigo desde donde moras. Sospecho nos amariamos como antaño. Tú y yo somos de la estirpe de Aquiles y Patrocles, Nicias y Euriale, Dámón y Pytias, Cástor y Pólux.

¿No rememoras cuando saltábamos sobre el mismo canapé, narrábamos cuentos ó se tarareaba algún trozo popularizado por el órgano del italiano nómada?

¿Recuerdas las tardes espléndidas en casa, cuando reinaba el helado invierno? ¡Qué bien se estaba entonces en la pieza, abrigada por las pesadas cortinas verdes! Afuera se debatía la tormenta de nieve.

Atizábamos el fuego del hogar, escuchando el chisporroteo incesante del carbón y pensativos quedábamos ante el kaleidoscopio de las llamas. Nuestras manos se encontraban á menudo.

*« We touch heaven when we lay our hand upon a human body. »*

¡Cuántas veces permanecíamos dormidos, abrazados, olvidando juguetes, conversación, planes del mañana!

---

(1) Líneas de Tennyson: *Hark, Hark, the breakers roar...*

¿Conservas memorias de los floridos parques, llenos de insectos danzando en la trémula luz del sol? ¿Cómo corríamos y saltábamos por los senderos de Regent's é Hyde Park!

¡Hermosos días aquellos! Todo era luz y goce; el aire estaba aromatizado por las hierbas chafadas. Sobre las sábanas de agua estaban suspensos nenúfares blancos y vagaban los cisnes majestuosos. Aquí y acullá hayas rojas, cuyo follaje violáceo rompía la monotonía verde del paisaje. Estos jardines son creaciones de la alegría del vivir vigoroso y lógico, poemas coloreados de un lirismo conmovedor. Los caminos bordeados de oxicante y rosales, custodiados por dos jovenzuelos en bicicleta. Eran David Strathmore y Leonello Eroll. Iban los ardorosos camaradas á Virginia Water, Staines ó Aldershot.

¡Cuánta nostalgia por esas campiñas esmeradamente cultivadas; por esos *homes* exornados de hiedra ó madreselva; por los robles y los frutales en flor breve, por ese paisaje inglés, tan nítido y estético, equilibrio perfecto entre el romanticismo medioeval y la interioridad moderna, *innerlichkeit*, *heimlichkeit*. Me deleita evocar las colinas sinuosas, los rústicos caminos, *Lover's lanes*, la casa paterna tendida á corta distancia del polvoriento camino, perfilándose sobre un fondo de vetustos árboles con su sencillo pórtico dórico. Por una escalinata se ganaba el atrio; á uno y otro lado se extendían las grandes ventanas subdivididas en

tres. El piso superior constaba de tres piezas de lanteras, y sobre aquél se reproducía otro, en menor escala, coronado por techo de pizarra. En vez del tradicional *salve*, se hubiese podido esculpir sobre el frontón aquella fórmula eleusiana que Alejandro Severo grabó en su palacio:

«Que se abstenga de entrar aquí aquel cuya alma no sea inocente y pura.»

*Numen inest.*—La divinidad estaba allí.

Mi noble padre, en medio de esta paz y venturera, habría recordado conmovido el cuadro doméstico del Renacimiento, trazado por Agnolo Pandolfini (1).

*« While other possession causes work and danger, fear and disappointment, the villa brings a great and honorable advantage; the villa is always true and kind; if you dwell in it at the right time and with love, it will not only satisfy you, but add reward to reward. In spring the green trees and the song of the birds will make you joyful and hopeful; in autumn a moderate exertion will bring forth fruit a hundredfold; all through the year melancholy will be vanished from you. The villa is the spot where good and honest men love to congregate. Nothing secret, nothing treacherous, is done here; all see all; here is no need of judges or witnesses, for all are*

---

(1) *Trattato del Governo della Famiglia*, escrito en 1472 por el peregrino ingenio L. B. Alberti, aunque atribuida á Pandolfini.

*kindly and peaceably disposed one to another Hasten hither, and fly away from the pride of the rich, and the dishonour of the bad. O blessed life in the villa, O unknown future.»*

El sol de estío alumbraba escenas sonrientes sobre las orillas del Támesis. Por la mañanita, apenas el parque vecino emergía de la humedad opalina, salíamos con cañas de pescar y mochilas con comestibles. En el recodo de un puente, donde los sauces inclinaban sus largas ramas hasta rozar el césped, nos sentábamos sobre la grama, abandonándonos muy pronto á la algazara juvenil. Veíase en la ribera opuesta un trozo cálido de cielo garzo y como retoques de una paleta invisible, manchas uniformes de casas y jardines, elevando en la diáfana atmósfera lo pintoresco de sus líneas. ¡Qué sueño azul un día así!

Las horas dulces y serenas de la infancia huylene nos embelesaban:

*Je me souviens de ma jeunesse  
je manquais un peu de raison,  
mais j'étais rempli de tendresse  
j'étais un bon petit garçon.*

*Je n'avais pas besoin de fêtes;  
mon âme était plain de chants;  
je vivais avec les prophètes  
loin de la foule et des méchants.*

*Et dans la maison paternelle,  
qui m'a si longtemps abrité,*



*j'étais l'enfant doux et fidèle,  
je la remplissais de gaité!*

*Je voulais rendre des services  
avec de généreux travaux,  
j'avais horreur de tous les vices  
et la pitié de tous les maux.*

*Perdu dans mon rêve stoïque  
j'étais heureux, j'avais la foi!  
et j'attendais la République  
sans en attendre rien pour moi! (1).*

Pasamos un verano en Dover, uno de los antiguos *Cinque Ports*, cuya importancia estratégica data de los romanos. Kent, el condado á que pertenece, es el jardín de Inglaterra. Entre las excursiones efectuadas, recordaré siempre la visita á la catedral de Canterbury. Con mi pasión por la arquitectura, este edificio me fascinó. Sencilla y armónica joya de piedra, brotaba como ramillete de *muget* de entre verdes prados. Noble perspectiva la de esta iglesia, rodeada por muros y arcadas almenadas. La pátina ennoblecedora le infundía una digna serenidad: *sapientia aedificabit sibi domum*. Aquí se concentra todo el catolicismo medieval de esta *Isla de Santos*. Hasta la Reforma, fué teatro de grandes peregrinaciones, espectáculos pomposos, á veces viñetas para adornar cuentos de Boccacio. La vida eclesiástica, dulcemente in-

---

(1) Versos de Henri Becque, el Molière del siglo XIX.

terrupta por *beffas* y traviesos apartes, ha sido immortalizada por Chaucer en los *Canterbury Tales*, garba recordación de los momentos áureos del Medievo.

La alucinante luz que por altas naves filtra, hace refulgir la ornamentación normanda.

En el sacro recinto, sólo violado una vez por mano armada, se vieron tiaras pontificias, coronas de reyes, fulgurantes capas de arzobispos y el oro candente del relicario que contenía los huesos de Tomás à Becket. Ese digno prelado sacrificó su vida en defensa del fuero sacerdotal.

No soy ajeno al embeleso que ejercieron *Notre Dame* sobre Víctor Hugo y *Chartres* sobre Rodin y Huysmans. *Cum deis communis.*

Estas catedrales levantadas por el ingenio humano, evocan remotos ensueños, espléndidas ideas. ¡Cuánta vida potente, energía soberbia y gimnica voluntad lucen obras como éstas: *Lamento dell'amore ó la preghiera agli dei.*

Canterbury, *beata urbs*, encarna un gesto de eximia quietud.

Nada realza tanto el poder y la genialidad del hombre cual estos soberbios edificios, resultado de la sabiduría colectiva.

¿No presentan el mejor ejemplo del socialismo superior, la imagen de abnegaciones sin frases, el efecto benéfico de la democracia de las comunas? ¿Podemos hallar sus iguales en la época moderna? La democracia de los egoístas sin cultura, se me

antoja todo lo que no es arte, todo lo que no es la Roma de los Antoninos ó la Atenas de Pericles. ¿Por qué no adorar lo ejemplar en nuestros antepasados? Acaso así se renovará ese espíritu de grandeza patriótica y confraternización, evidenciado en el notable documento suscrito por el pueblo florentino, cuando resolvió reconstruir su iglesia matriz en 1294.

*« Since the highest mark of prudence in a people of noble origin is to proceed in the management of their affairs so that their magnanimity may be evinced in their outward acts, we order Arnolfo, headmaster of our commune, to make a desing for the renovation of Santa Reparata in a style of magnificence which neither the industry nor the power of man can surpass, that it may harmonize with the opinion of many wise people in this city and state, who think that this commune should not engage in any enterprise unless ist intention be to make the result corredond with that noblest sort of heart which is composed of the united will of many citizens! »*

El más duradero recuerdo del viaje fué esta visita durante una tarde estival.

Experimenté siempre el deseo de dibujar é interpretar la catedral en el ambiente asoleado que la distingue del resto de la ciudad arzobispal.

Sueños de la mente infantil: luminosos como una aurora y alucinantes cual un crepúsculo. *For the dreamer there is always a safe heaven. His nerves can naver be entirely bad. Invisible hands from*

*the lands of dreams help him out of difficulties and keep him in touch with the temple of beauty...* La vida misteriosa de la naturaleza esteta, activa entre nosotros esas visiones de arquitectura por las cuales nos elevamos á una vida más sutil.

Dios ofrece á su amado un amigo.

El placer de la amistad era intensificado por el deseo de la belleza. David me acompañaba á todas partes. Alegre, inquieto, sin la menor traza de cavilosidad, sano, contrastaba con mi reserva y angustia superior, que sólo se aquietaba por los goces de la mente ó un grande amor. Asceta nato, yo prefería el espíritu al cuerpo, la serenísima pena crepuscular á la leda pureza auroral, las imaginaciones de los libros á las glorias del sol y de la atmósfera.

Éramos buenos camaradas, mas nuestras almas vivían apartadas.

En la movediza belleza de este mosaico reminiscente, David remeda esos motivos arquitectónicos cuya repetición escancia armonía y gracia al conjunto.

Amaba en él cuanto de su raza orgullosa y modesta—egoísta al extremo y no obstante capaz de inquebrantables afectos—constituía el viviente ejemplar. *J'amais, á l'aimer. Su naïveté*, la diafanidad de sus acciones, la anestesia de su alma fuerte, la gran nobleza de la fisonomía tan frecuente en los jóvenes ingleses, me atraían hacia él. La magnífica contextura del adolescente, donde esplen-

dían donosura y euritmia, se insinuaba como una creación clásica. Una concepción tan peregrina sólo podía ser el fruto de un espléndido amor, crecido á la luz de Dios en la paciencia, la elevación moral y la dignidad humana.

Nunca había de obliterarse esta imagen de esa juventud que asistía á los ágapes de Charmides, departía con Platón por las avenidas de cipreses ó glorificaba á los dioses de sus polis, concurriendo á Olympia. Cuando la luz hería de lleno su faz, se esperaba que el areopagita descendiera de la tribuna del estadio y posara sobre la frente apolínea del doncel la corona del vencedor.

*Opera veramente bella ó molta de laudare*, como escribe Vassari del San Sebastián de Sodoma, púedese invocar en su loor.

Por estos motivos siempre existió en mí un *modus vivendi* entre el amor de la virtud y la pasión por la belleza: *kagaton, kalon*.

Estas categorías, divorciadas por el mundo al interpretar erróneamente á Cristo, convivieron en mí de la misma suerte que los tres aspectos de Dios en la Trinidad.

La belleza física se me hacía con encantadora y fácil naturalidad la *domus aurea* de la virtud, belleza de adentro. La una enseña la melodía del alma; la otra su armonía. ¿Para conservarse bello, joven con todos los órganos y músculos en ordenado juego, no es necesario usar de todo con moderación? Queda librada á la mentalidad superior el

empleo eximio de cada parte del cuerpo. Es él la lámpara maravillosa y el mágico anillo de Aladino.

Sabiéndole disciplinar, se postra como esclavo á nuestros pies. ¡Glorioso, divino templo! toda hora invertida en su culto puede evaluarse una hora sagrada!

«Quien desea ver á Dios, tiene que llegar á tener semejanza con Él» (1).

Entendido así, el epicureísmo conduce á una comprensión más amplia, si no á un asentimiento completo de la doctrina cristiana desarrollada por Pablo.

*J'ai rêvé que comme autrefois, j'étais entouré de beaux adolescents. Dans nos traits luicafient la divine douceur et ette fierté de se savoir fort don Michel Ange a empreint son Adan de la Sixtina. Le fils direct de l'Eternel vient de s'éveiller au sonfle puissant du Père.*

*Qui t'a plus aimé? oh adorable adolescencel*

Quizá, caro lector, pueda chocarte esta amistad entre un niño bien y otro que la convencionalidad humana clasificaba como sirviente. Desde pequeño me habitué á juzgar á la gente *sub-especie aeternitatis*. Excogité siempre mis amigos independientemente de vínculos de familia ó motivos interesados. En el carnaval, que es la vida en sociedad, si las personas se quitasen la máscara, de muy pocas permaneceríamos amigos.

---

(1) Expresión de Plotino.

Sólo las preferencias basadas en alguna excelencia moral ó intelectual son duraderas y genuinas. Id siempre al alma, buscadla en todo...

Miremos otras escenas de la fraterna y ardorosa amistad, de todas las cosas la más amada.

¡Qué aura de paz rodeaba la fraterna casa!

Semejante al viejo roble de Ornans, en el cuadro de Courbet, que abarca todo el paisaje sonriente, esta mansión, en la ideal dignidad de su concepto, prima por sobre todo en estas recordaciones. ¡Eterna es para mí su fascinación!

Villa Atlántida Hypnos la había estilado papá, sugiriendo quizá con el doble apelativo el mito platoniano y la broncea cerviz del Dios-sueño. Inmóviles en el mundo sensitivo, las preciosísimas facciones del Hypnos de Praxiteles reposan mansamente. En el silencio y la soledad se agiganta su beldad. Mira hacia adentro, mientras el materialista, el frívolo, el pródigo, pasan adelante sin atender la sapiencia de aquel que cantó:

«El, el Logos eterno, á su amado dará el sueño.»

*Closed to the world of sense, the beautiful features of Hypnos lie in stillness. His beauty is at its best in solitude and silence. E looks within while the materialist, the frivolous, the reckless pass by unheeding the wisdom of Him who sang:*

*He giveth his beloved sleep!*

Durante el invierno solemne, cuando crepitaban los tizones, la vida en casa era una radiante ilusión.

Desasosiego adolescente, juegos, rencillas, imagerías magníficas, sueños desvanecidos, apenas entreabiertos al igneo claror: recordándoos tan sólo, soy feliz, felicísimo.

Atardadas y poéticas, llegaban hasta nos, en esta ciudadela, las visiones del invierno: los árboles deshojados de patrones rectilíneos como los que adornan los frescos de Puvis de Chavannes; el escaso bosque alfombrado de nieve; el cielo grisáceo, veteado de rayos solares á manera de quebradas líneas; las solitarias mansiones ancestrales... cuadros hondos y elevados de un pueblo llegado á su fruición. Cielo y tierra se han alistado para embelecér á Inglaterra.

Por la modalidad protecea, el invierno inglés sea acaso el más bello del mundo. Las heladas van y vienen como las nubes del azur ó se agrupan y disuelven las emociones cual celajes. En ocasiones brilla el sol, por la mañana, derritiendo, no sin atravesar por arabescos extraordinarios, el hielo de las colinas y las matas. Cual se dice cuando se acallan varias personas, un ángel de belleza tierna y móvil ha pasado por el paisaje amado. Por un momento únicamente el cielo se ha cargado de promesas primaveriles; las nubes sombrean de nuevo el cénit y la niebla bordea el arbolado.

Ni verano ni invierno son estaciones bien definidas aquí. Se pasa bruscamente de la una á la otra. Encanto evanescente arrebuja los edificios, enropados en la neblina. Las cosas toman propor-



ciones psíquicas, apariencias fatuas que nos acercan ó alejan de los objetos.

El verano avanza, y entre sus esplendores, riela ese verdor único de los prados ingleses, marco poético de las construcciones de ladrillo rojo.

Los geranios ostentan su propio bermejo. Agrada entonces el reposo al borde del mar.

En parte alguna el artista ha connotado más á la naturaleza externa. Así como los pintores venecianos reprodujeron sin cesar el horizonte zafiro, las grandes nubes azuleñas, el perfil corintio de los pórticos de su urbe, el inglés se ha embebido de la naturaleza de su isla.

La calma gris con su infinita niebla, rodea á la ciudad en un gran misterio.

¡Cuán halagüeño el interior entonces! el calor artificial pone un dedo de primavera en todas las piezas. El hombre se repliega en sí mismo.

Por esta circunstancia física, el inglés conoce también su alma. Esa intimidad le vale su aire independiente y libre. Se fortifica el espíritu á expensas de los sentidos, los grandes perturbadores de la vida. El clima invita al ejercicio físico, al método, al orden y apasiona por la vida activa. Iniciado por estas amorosas visiones en el arte y el alma, los años subsiguientes de la vida tornáronse, para el fuero íntimo, un viaje en busca del amigo: *La wandering to find a friend*.

¡Qué dulce, qué luminosa una fiel amistad entre dos seres jóvenes! Por ella vislumbro un mundo

futuro en el cual todos serán hermanos por el libre consentimiento de la mente y del corazón!

Mi infancia es lo mejor de lo que estimo una vida feliz.

Diez y seis años después de estos acontecimientos, como un muerto silencioso se me apareció el adorado amigo. Le vi transfigurado en un cuadro de John S. Sargent: el retrato del hijo de Asher Wertheimer.

Murió joven esta brillante promesa del más envidiable porvenir. Soberbia efigie, en arte alguno es dado hallar representada más tersa la donosura juvenil, el atractivo virtual de una fisonomía velada por las tinieblas del morir. Sobre la vista se posa una alucinante fosforescencia; la tristeza contenida del despedir trasciende toda esta juventud anhelosa de dinamismo estético. La muerte está ya cautiva en la vasta pupila.

Joven mártir, joven héroe, joven vencedor, coronado de la más encantadora virilidad, me lo imagino al lejano amigo de la infancia.

Todos perdemos lo que más amamos.

Lo bello, lo noble, lo grande, presto desaparece para el alma amante, vencida siempre en la lid del mundo.

*English youth thou!  
Of the tranquil and manly brow  
the scene may change, time may lapse,  
but thou will ever be  
the promisset love and beauty,*

*droy from thy vanished self.  
The tender charm of the bygone day.  
My musie is still, my arms rust  
Since I roamed from my soul's natime home...  
England, my comely England  
o race familiar with all that's good  
o genial isles, the wandering lover  
sighs for Thee in vain  
my friend, my brother'tis of Thee I sing <sup>(1)</sup>...*

Joven inglés, ¡oh tú mi amigo!  
De la viril y quieta frente  
podrá cambiar la escena,  
pero tú siempre serás  
la belleza, el amor soñados.  
Vierta tu disuelta forma  
la gracia tierna del día fenecido.  
Música no oigo, mis brazos descansan  
los dioses se fueron para mí  
al abandonar del alma el nativo hogar.  
Inglaterra, ¡oh mi hermosa tierra!  
¡oh raza apta para todo lo grande!  
¡oh islas geniales! El amador errante  
por vos suspira en vano...  
¡Mi amigo, mi hermano, de ti canto!

. . . . .

En tus grandes y serenos ojos garzos, mi suerte lei;  
en tu labios ardientes de adolescente, la dicha presentí.  
Tú fuiste el auriga de mi alma;  
sobre los recuerdos caros bordo los felices instantes todos  
[de mi vida.

¡Dios mío! ¿no procede de Ti todo amor?  
No me digas entonces que pecado es mi afecto hondo,  
porque junto á él, sentíme más cerca Tuyo.

---

(1) Versos originales de Goroll.

## XXIII

## ¡Hora divina!

«Apenado por mi soledad,  
quise darme un compañero:  
escribí SORDELLO ANDREA,  
mi otro ego de fascinante be-  
lleza.»

A. N. F.

«La transmisión del pensa-  
miento por medio del arte,  
como la transmisión de la  
vida, es obra de pasión y de  
amor.»

EUGÈNE CARRIÈRE.

¿Conocéis el llamado de Pau? ¿La Naturaleza desplegando sus galas más íntimas sobre el mar esmeraldo sinfonía de tonalidades? Sobre las colinas ricas que circundan la bahía, el sol se ha puesto.

El gran disco áureo, medio interceptado por nubecillas garzas, va descendiendo lentamente hasta desaparecer en el refrescante mar.

Todo afecta medias tintas amarillentas. Una calma beata sume á la tierra y á los seres en una ensoñación misteriosa.

Se sobrecoge el espíritu hondamente importunado por el indescifrable enigma... *favete lingua...* Es la hora divina, el confuso rumor de la vida cósmica suba hasta nos. ¡Qué solos entonces! El inconmensurable universo pesa con todo el pavor de lo absolutamente ignoto. «Continúa brillando, alumbraos aún», quisiéramos aullar á la luz huyente... ¡Hora divina! el terror se mezcla á la dicha, porque saberse espectador de esta pompa del cosmos, no es poca cosa.

¿Conocéis en el alma el ocaso de todas las esperanzas é ilusiones, el crepúsculo de todo afecto?

¡Hora divina!... Entonces Mnemosyna, la hija predilecta de Apolo, se nos presenta en su peplo diáfano, visión de grácil juventud, fraterna amistad. Danzan en su redor—*horæ serenæ*—las ninfas de las artes. De repente se detiene la corte virginal, la diosa despliega su clámide y con gesto despejado al aire silente: «Mira y describe luego», dice el joven acongojado que la ha evocado del Olympo secular. Vitales, frescos, trémulos se suceden los episodios de la infancia, sueño de belleza á la belleza. En tanto la aparición hundía la mano en los sedosos cabellos, me acariciaba y departía de esta suerte:

«Sufres, no eres feliz; te agitas en una baraúnda de aspiraciones y deseos; observa: he aquí tu

paz, tu consuelo, contra las amarguras del presente.»

Emocionado, contestéle suplicante:

«¡Oh Mnemosyna sagrada! librame el secreto de la ventura de entonces.»

Nació así y creció el argumento de SORDELLO ANDREA. Se elaboró en lo más recóndito del ser, como una fuente alimentada por todo lo excelso imaginable.

Fué la vida inspiradora del arte.

Algunos autores interesan por el trasunto de lo leído y meditado, otros puramente por revelar el último proceso de su espíritu. Nos cautiva en estos últimos el alma, la música de su pensar, los latidos de su corazón.

SORDELLO ha significado para mí, en el tedio y desamor, un viaje al través de la infancia color de rosa, una meditación sobre la adolescencia gallarda en compañía de un maravilloso camarada: el poético Ego superior. Por el romance he analizado los humores pasajeros, el entusiasmo vibrátil, fijándolos en cálida prosa. La vida cobra cadencia, belleza, sapiencia raudal, si alejándonos de la apariencia de las cosas penetramos su sentido espiritual.

Instruídos en la estética superior, se logra por momento hospedarse en el mundo de las verdades eternas. ¿Seré comprendido? Consigno allí la reforma anímica á que debe someterse toda alma joven y patriótica, si anhela cambiar la faz de este con-

tinente, encallado en el desorden político y embotado por la lujuria. Compuesto de todos mis ensueños, aspiraciones y luchas silenciosas, quizá SORDELLO encamine la juventud por las vías de la civilización superior, «belleza, bondad, razón». En este *hortus deliciarum* la vida habla y el símbolo ilumina. Al escribirla he deseado insistir una vez más en que por la infancia debe comenzar toda obra de renovación social.

Escribo porque vivo. La vida fuera el testimonio irrecusable de la idealidad descrita. Artistas existen de una cultura reflejada, que proviene de afuera; ésta emana del alma. El vivir, en este caso, semeja el fuego sacro cuyo estertor aparejaba la existencia de la vestal encargada de atizarlo sin desfallecimiento. La pluma, el buril, el lápiz, el pincel, personifican á la doncella sacerdotal.

Para combatir apetitos malsanos y bajos no concibo disciplina mejor que la ejecución de un vasto proyecto cuya poesía y grandeza hacen olvidar los sentidos torturantes.

El artista se confunde con sus creaciones. Su vida infinitesimal se apaga en los rayos de lo eterno bello. Cuando crea se aleja de las orillas del dolor, para vagar por la eternidad del goce y de la vida sin fin.

Hay un momento, entre todos, cautivador y divino: la vida proclama libremente sus hechizos y sobre todas las cosas se esparce luz esplendente. El mañana no existe; el porvenir para nada cuenta;

el pasado sólo se recuerda como aparente dicha. La juventud nos estampa un abrazo incitante y embriagador. El amor, el éxito, el poder, se nos brindan. Vive el joven de su rica vida interior. No piensa, sueña. Anda por el mundo cual un sonámbulo, salvando abismos. Los músculos pletóricos de esfuerzo, los nervios frescos, las venas por donde galopa sangre ardiente, el cerebro potente, la imaginación que trabaja por sobresaltos, la mirada fogosa, todo ello se resuelve en un ser de poderoso magnetismo personal.

La primavera, la fortuna, el mando, no halagan tanto como este estado. SORDELLO aspira retenerlo en las alas de la fantasía literaria. Reducido á sus términos más concisos, el problema de la obra sería el perfeccionamiento individual por el culto de la pureza.

El esfuerzo moral de vencerse á sí mismo abre las perspectivas más quiméricas. Vuélvenos ingeniosos y precisos el saber, mas ese holocausto de lo sensual y particular nos torna reyes. Magno pensar aquel de Cristo: «Sólo los puros de corazón verán á Dios.» El deber del artista es fijar para la sociedad una nueva imagen de sí misma, porque tal vez sólo él tenga una mentalidad creadora.

Desde la cátedra que cada vida, vivida superiormente, forja con sus titubeos de exaltación y melancolía, SORDELLO arroja sus perlas á quien le escuche en el divino silencio.

Ten confianza en ti mismo.



Si por un intervalo breve se obscurece tu visión luminosa, sábetelo sólo durará mientras Psiquis renueva el aceite de su lámpara auroral.

Tú triunfarás, porque en el lejano, misterioso conjunto de las cosas todo armoniza con la ley del bien.

Anda en la vida animoso, ardiente, bondadoso, delectando tu mente con diáfanos pensamientos.

Si por la ruta alguien osa detenerte, no resistas furiosamente; tú lo pasarás, tarde ó temprano.

Tú perdurarás, porque has sabido amar. Tu recuerdo flotará, como el sabroso perfume del almendro, por donde hayas pasado.

Quien palpita en la plenitud del bien y lo bello no debe, no puede desesperar jamás.

Vete, garboso mancebo, ajusta tus sandalias, recúbrete de la armadura más brillante y el casco luciente. No temas, pide al mundo cuanto esconde en su seno de amores y nobles sensaciones. En la ciencia desaltera tu sed de verdad; en el arte, tu afán emotivo; al ruego demanda intangibles realidades de la razón se despeña. Para el cerebro no existen columnas de Hércules.

Pierde el miedo. Una vez conocida tu alma, serás amado, te lo garantizo. Fraterna compañía velará tus pasos.

*Deo gratias semper.*

No escuches el clamor de la angustia ó la ansiedad.

Pon á la adversidad un corazón ebúrneo.

No hay vena abierta para el dolor impuesto para la cual no encuentres restaño.

Vete, hijo de Dios, á luchar de frente con los valerosos.

Acércate á los grandes héroes consignados en la historia.

Muere antes de ceder á una bajeza ó abdicar tu libertad interior.

. . . . .  
Fausto, frizando la más extrema edad, obsérvase hastiado de todo, á pesar del saber. Ha vivido en la vida sin importarse de ella. El ansia del monumento ha absorbido todas sus fuerzas. Al oír las campanas que anuncian con la resurrección de Cristo el retorno vernal, una ola expansiva le abre el corazón á ignoradas dichas, cuya dulzura presiente.

Por el mal, se redime de la senectud, y lanzado luego á la caza del placer reúne así la angustia, la tortura, el malestar de otrora ante retortas y signos cabalísticos. Ni la ciencia, ni los apetitos animales disuelven la inevitable neurastenia que vibra bajo las frentes lívidas y vastas.

SORDELLO, en su peregrinar, atinje otras cumbres. Evita la senda del desdichado sabio. En las cualidades, aparentemente negativas de la pureza y la sinceridad, atisba el camino de la superioridad humana.

Esas evidencias de un natural templado, robusto, enérgico, concentran la vida interior.

Prudente Andrea, conserva brillante é impoluta la llama de su lucerna; penetrará, cuando menos lo sueñe, al festín de la mística esposa. Después de leer á Teócrito, escribió Millet: «Nunca se es tan griego como al pintar ingenuamente la propia impresión.» He cifrado la mayor felicidad en ser griego de alma. Por la cultura y la contemplación desee renovarme. Claramente percibí en ese instante la finalidad de la vida para la psicología individual. Bajo esa máscara grecoflorentina, *life touching life wit immortality* (1), consulté el silencio, Natura, Grecia, el Renacimiento, Cristo, América, la romántica, sapientísima, idealista Inglaterra, los amigos y maestros amados entrañablemente.

¡Oh la divina aventura! Resurgi alborozado, estaba ganado á la sabiduría antigua — *anima rerum* — sapiencia, aquella que columbraba en el arte la única revelación de Dios; en la ciencia la esclava del hombre, y en el altruismo la realidad más tangible del bien.

Había sorprendido la verdad más allá del burdo velo, ya sólo podía morar en el santuario ofrendando á los héroes de otrora.

¡Qué bellos y qué artistas eran!

• Con lucidez lo concibo ahora: SORDELLO es un acto mental de renunciamiento. Representa el abandono de ligamentos ancestrales con un mundo

---

(1) Dante Gabriel Rossetti.

incomprendido y que no comprende. Por fin, *Dea Dia*, he dado lares y genealogía á mi espíritu.

El cultivo de las artes es el más elevado de los sacerdocios. Por el estudio minucioso de las artes plásticas y la visión perenne de cuadros clásicos, la mente se sustrae de todo lo vulgar y grosero. Vívase luego en un mundo armonioso, música lineal compuesta para deleite de la vista.

¡Hora divina!... la vida como producto de arte... la literatura, un libro de oro.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Petrópolis, Junio á Diciembre de 1910.

FIN

# INDICE

|                                                                                | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| LA COPA DE ORO: pórtico, por María Eugenia Vaz Ferreira. . . . .               | V            |
| ESTUDIO SOBRE EL AUTOR Y SUS OBRAS, por Juan Mas y Pi. . . . .                 | VII          |
| JUICIO SOBRE LA NOVELA, por el profesor David Allen Greeve. . . . .            | XXIII        |
| SORDELLO ANDREA: sus ideas y sentires (novela de la vida interior). . . . .    |              |
|                                                                                | 29           |
| <i>Cæsis et vigilibus oculis</i> .—Á manera de prólogo. . . .                  | 31           |
| I.—Una noche del plenilunio. . . . .                                           | 40           |
| II.—Ya por esa época... leal y fehaciente.. . . .                              | 45           |
| III.—No muy lejos... . . . .                                                   | 48           |
| IV.—Al cabo de un año... . . . .                                               | 50           |
| V.—En la primavera... . . . .                                                  | 52           |
| VI.—El triste día llegó... . . . .                                             | 56           |
| VII.— <i>Auf der dunkeln Erde</i> : bajamos en Plymouth. .                     | 59           |
| VIII.—«Su fuerza era como la de diez, porque su co-<br>razón era puro».. . . . | 65           |
| IX.—La mente está tranquila... . . . .                                         | 68           |
| X.— <i>Ex forti dulcede</i> . . . . .                                          | 77           |
| XI.—En un vallecito sagrado, en clima dulce y<br>sereno... . . . .             | 80           |
| XII.—Navidad: <i>Lux eterna lucet</i> ... . . . .                              | 84           |
| XIII.—Tres años han pasado... . . . .                                          | 88           |
| XIV.—Como no quiero ser ajeno... . . . .                                       | 97           |

|                                                                                                 | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| XV.—Al comenzar el verano... . . . . .                                                          | 106          |
| XVI.—Nuestra vida era tranquila.. . . . .                                                       | 111          |
| XVII.— <i>Donne-la moi, que je la presse, vite sur mon</i><br><i>cœur enflamme...</i> . . . . . | 119          |
| XVIII.— <i>Je suis un éphèbe d'azur baigné:</i> Influencias<br>morales y literarias. . . . .    | 126          |
| XIX.—¡Dulce ciudad del pensamiento: Oxford di-<br>vinol. . . . .                                | 135          |
| XX.— <i>Souvins toi de rever et penser!..</i> . . . .                                           | 150          |
| XXI.— <i>Laus amoris..</i> . . . .                                                              | 171          |
| XXII.— <i>Princeps juvenis: idola amicitiae.</i> . . . .                                        | 190          |
| XXIII.—¡Hora divina! . . . . .                                                                  | 210          |

---

## OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

---

- En el país del arte** (Tres meses en Italia). — *1'50 ptas.*  
**Cuentos valencianos.**— *Una peseta.*  
**La Condenada** (cuentos).— *Una peseta.*  
**Arroz y tartana** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Flor de Mayo** (novela).— *Tres pesetas.*  
**La Barraca** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Entre naranjos** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Sónnica la cortesana** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Cañas y barro** (novela).— *Tres pesetas.*  
**La Catedral** (novela).— *Tres pesetas.*  
**El Intruso** (novela).— *Tres pesetas.*  
**La Bodega** (novela).— *Tres pesetas.*  
**La Horda** (novela).— *Tres pesetas.*  
**La maja desnuda** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Oriente** (viajes).— *Tres pesetas.*  
**Sangre y arena** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Los muertos mandan** (novela).— *Tres pesetas.*  
**Luna Benamor** (novela).— *Tres pesetas.*

## ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Precio: 25 pesetas

---

C. O. BUNGE

*Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata*

## LA EDUCACIÓN

Forma un abultado volumen en 4.º de cerca de 600 páginas, y es un acabado estudio de todos los sistemas de educación conocidos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Precio: 6 pesetas

# BIBLIOTECA CIENTÍFICA

---

## OBRAS PUBLICADAS

- Ernesto HÆCKEL.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.º
- P. LANFREY.**—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.º
- A. RENDA.**—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º
- J. FOLA IGÚRBIDE.**—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º
- David-Federico STRAUSS.**—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de J. Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º
- P. J. PROUDHON.**—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica).—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.º
- Luis BUCHNER.**—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.º
- Augusto DIDE.**—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.º
- Rafael ALTAMIRA.**—*España en América.*—Un tomo en 4.º
- C. O. BUNGE.**—*La Educación.*—Un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas: Seis pesetas.



# HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

POR J. MICHELET

---

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducida por primera vez del francés.—Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

---

*Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela,  
á 10 pesetas cada uno.*

---

# HISTORIA SOCIALISTA

POR JUAN JAURÉS

---

Esta obra, en la que han colaborado, bajo la dirección de Jaurés, los eminentes publicistas Julio Guesde, Gabriel Deville, Brousse, Henri Turot, Viviani, Fournière, Rouanet, Millerand, Andier, Herr, Dubreuilh, John Labusquière y Gérault-Richard, consta de 73 cuadernos, que forman cuatro abultados tomos, impresos en excelente papel satinado é ilustrados con numerosos grabados. La encuadernación es lujosa y sólida, y lleva en la cubierta una artística plancha dorada.

**Precio de los cuatro tomos encuadernados, 40 pesetas**

También se sirve por cuadernos de 40 páginas al precio de DOS REALES cada uno.



